

The background features a stylized illustration of a woman with long, dark, wavy hair, her eyes closed in a peaceful expression. Below her is a silhouette of a city skyline. In the foreground, a pair of hands with red-painted nails holds a letter that says "Dear me!" and "YOU ARE LOVED". The hands are wearing red sleeves. Scattered around the hands are various items: a white envelope with a red wax seal, a purple envelope with a heart cutout, a red lipstick smudge, several postage stamps, and small pink and white flowers. The overall color palette is warm, with shades of yellow, olive green, and red.

NEREA ERIMIA

MANUAL PARA CONQUISTAR A LA SEÑORITA *Rochester*

Manual para conquistar a la señorita Rochester

Nerea Erimia



Manual para conquistar a la señorita Rochester

ISBN: 9788419941039

ISBN ebook: 9788419941589

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Nerea Erimia

© de esta edición: Colección Mil Amores.

Lantia Publishing SL CIF B91966879

MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.

Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.

41001. Sevilla

info@lantia.com

www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para todas las señoritas Rochester.

Para las que no saben que lo son.

Pero, sobre todo, para las que no quieren reconocerlo.

En este manual recojo todo lo que fuimos,
sin importar que nunca quisiéramos serlo.

A. P.





El incidente

«Nunca te acuestes con una desconocida»

Los incidentes tienen la capacidad de, en su inefable existencia, alterar el lógico desarrollo de las cosas. Mi incidente favorito, en este caso, tiene nombre, apellido y muy poca vergüenza.

Sin más preámbulos, me presento como la voz de esta historia. Me llamo Andrew y durante algún tiempo no me vi con fuerzas para tener una vida de verdad. Darle al *pause* puede ser un sacrificio que pocas personas estarían dispuestas a realizar por nadie, pero yo tenía un motivo de peso para hacerlo: mi hermana.

En el mundo que nos ha tocado vivir, la supervivencia del más apto no suele admitir esfuerzos demasiado grandes por los demás. Y tiene sentido, claro que sí. Cuando todo lo que te rodea es frío, ruidoso, doloroso, ¿quién tiene fuerzas para dedicárselas a alguien que no sea uno mismo? Pero eso nunca ha sido una opción para mí. Al fin y al cabo, si existen las personas con los pies en la tierra es porque podemos compararlas con aquellas que viven con la cabeza en las nubes y el corazón en la mano. Y mi corazón, por aquel entonces, todavía se estaba recuperando de otro incidente menos deseado.

Digamos que, durante un par de años, me ausenté del rumbo que ya había marcado en mis estudios y en mi vida para dedicarle más atención a mi hermana Emma, que nunca se sintió cómoda del todo por acapararme de aquella manera. Así pues, cuando se cansó de ver cómo desperdiciaba mi potencial —o eso decía ella, más convencida de mis capacidades que yo mismo— en trabajos que me permitían seguir existiendo y poco más, engarzado siempre a su brazo, marcó por fin en el viejo calendario familiar el día en que me obligaría a retomar mi vida. «Sin quejas, ni excusas», recuerdo que apuntó, más decidida que nunca.

Era de esperar que, después de tanto tiempo y de lo que nos había llevado a aquella situación, valorara su gesto de amor con ilusión, pero también con cierto miedo. El plan de Emma incluía rematar mis estudios y mudarme a otra ciudad donde, gracias a un contacto de su cosecha —nunca ha dejado de sorprenderme, ni un solo día— me esperaba un puesto como profesor de Lengua y Literatura en la prestigiosa academia Rosewood cuando yo quisiera.

El tiempo pasó como pasa todo lo bueno: veloz y de forma apabullante.

Recuerdo que un nuevo comienzo había encendido una chispa de ilusión en mis ojos, y mi sonrisa incontrolable daba muestras de ello para quien no supiera leer una mirada.

Si os soy sincero, nunca he sentido que tuviera grandes amigos, pese a la facilidad que escondo para encajar en los distintos grupos que la vida me ha presentado. Supongo que una sonrisa agradable y unas formas amigables atraen a todo el mundo, pero tampoco es que yo me haya sentido afortunado a la hora de conocer a las personas indicadas. Tal vez he sido demasiado exigente para rodearme adecuadamente, quién sabe. Sí que tuve un par de amigos —de esos amigos *amigos*, quería pensar yo, inocentemente— antes de que ocurriera el incidente de Emma,

pero rompí todo contacto con ellos después, y no es que tampoco los haya echado de menos en ningún momento.

De cualquier manera, Ronan y Luke, que no eran tampoco mis amigos, pero sí algo parecido a colegas de trabajo que estaba a punto de dejar también atrás, tuvieron a bien ayudarme con las cajas cuando mi momento llegó: el momento del traslado a Rosewood.

Me habría gustado que hubieran limitado sus funciones hasta ahí. Ya sabéis, llevarme en coche, ayudarme a subir las cosas, desempaquetar. Sin embargo, Ronan, que tenía un primo en Rosewood, no tardó en llamarle, y este, a quien no conocía de nada, decidió que necesitaba ser bautizado en las aguas estancadas de la decadencia que inundaba los bares de la zona y las discotecas del momento. Yo acepté porque, qué mal podía hacer salir después de tanto tiempo..., ¿no?

No recuerdo haber bebido tanto como lo hice aquella noche. El tiempo me llevó de la mano como quiso. Al principio estuve tranquilo, cómodo, llenándome el gaznate con pintas en un *pub* medianamente decente. Las dos horas siguientes no recordaba haber siquiera existido y, de pronto, vivía de nuevo las luces estroboscópicas de alguna discoteca húmeda y sudorosa donde solo podía intentar esforzarme para recordar quién era, cuántas copas había bebido o cómo había llegado hasta allí. Ojalá alguien me hubiera dicho que una de esas copas llevaba algo más que alcohol y que el primo de Ronan era muy dado a compartir.

A la mañana siguiente, desperté en una cama que no era la mía y escuché la alcachofa de una ducha que tampoco sonaba como la mía. Convencido de que mis compañeros de aquella noche me habían llevado a su casa, dado el estado en que me encontraba, rebusqué en el suelo mis pantalones y me los puse con intención de descubrir cuál de los dos había sido el más caritativo. La figura de una mujer sin ropa se reflejó en el espejo de aquel baño al que me asomé, y no tardé en alejarme de la puerta. Comencé a ver las pistas que mi cerebro había intentado pasar por alto mientras vivía la odisea de buscar mis pantalones: unas medias aquí, unas bragas allá. Dejé que mi mirada me llevara hasta una foto que descansaba sobre un escritorio bastante desordenado y fijé mis ojos en una mujer que sonreía. Tal vez fuera inocente, pero no estúpido. Sabía que esa imagen se correspondía a la silueta de la mujer que acababa de cerrar el grifo de la ducha. Sin saber qué hacer, convine en que lo mejor era coger mis cosas y desaparecer de aquella casa, por poco caballeroso que pudiera parecer.

El famoso paseo de la vergüenza no me ayudó mucho a desentrañar los misterios de aquella noche.

Tal vez, si mi personalidad hubiera sido distinta o no hubiera pasado por las cosas que por desgracia me han perseguido, no me habría importado tanto, pero no me sentía nada cómodo con la idea de haberme acostado con una desconocida. ¡Ya ni mencionemos lo de salir corriendo de su casa! Hasta valoré, por un instante, si aquello no sería una señal. La advertencia que amenazaba en las puertas que llevaban al infierno de Dante y que seguro Rosewood tendría grabado en piedra en la cancela que acompañaba al nombre de la ciudad: «¡Oh, vosotros, los que entráis, abandonad toda esperanza!».

Una semana después, los recuerdos de aquella noche ya casi se habían desvanecido en mi memoria, confundidos muchos de ellos con sueños a medias. Llegué, incluso, a fantasear con la idea de que solo habían sido eso, sueños.

La academia Rosewood —que respondía al nombre mismo de su ciudad— me abrió sus puertas por fin aquel lunes, después de acomodarme en mi nuevo piso, siendo la ilustre directora de este, Victoria van der Beek, cuyo aspecto se fingía serio, pero uno no tardaba en entender que rallaba lo estrafalario, quien me presentó al resto del profesorado.

—Lo siento —interrumpió una mujer que acababa de entrar y que escondía el rostro entre su pelo alborotado y unas gafas negras de pasta—, pero el coche me ha dejado tirada.

La mujer se sentó y de un gesto vago apartó el pelo, antes de fijar su mirada en la mía.

—No me jodas —se le escapó a aquella cara que era todo ojos y todo gafas, mientras yo intentaba pensar en el porqué de que semejante mujer me fuera tan familiar.

Entonces, mi cerebro, oportuno como pocas veces, decidió soltar una retahíla de recuerdos inéditos de la noche fatídica en que no imaginé que tomar unas cervezas me llevaría a semejante oda a la decadencia. Aquellos recuerdos me permitieron escuchar jocosos e inoportunos gemidos que provenían de dos cuerpos en pleno apogeo: el mío y el de mi nueva compañera de trabajo.

—Y la última norma de la escuela es, señor Palmer —continuó la señora van der Beek con una sonrisa, orgullosa de aquella directriz que estaba a punto de romperme la vida en dos sin yo saberlo—, que están prohibidas las relaciones entre los profesores.





La bienvenida

«Estás más guapo callado»

Abandonar la sala de profesores parecía la llave a un cielo soñado, la posibilidad de escapar de aquel inconveniente con gafas que no había dejado de observarme con mirada inquisitiva.

—Oye, tú —me asaltó mi futura nueva pesadilla, sujetándome del brazo y llevándome casi a rastras hacia donde nadie pudiera oírnos—. Como te llames.

—Andrew —interrumpí, sin dar demasiada importancia a aquellos escasos modales.

—Lo que sea. Silencio, ¿de acuerdo? Sé que a los tíos os encanta hablar de la última zorrita a la que os habéis llevado por delante, pero me ha costado mucho llegar hasta este jodido centro y no me da la gana quedarme sin mi trabajo por un triste polvo, ¿entendido?

Acostumbrado como estaba a los modales templados y cariñosos de mi hermana, o a la delicadeza de las mujeres que siempre me habían rodeado, no entendía cómo pude haber acabado en la cama con una mujer así. Demasiado directa, excesivamente malhablada, algo ofensiva también. Porque fuera cual fuera la belleza que desprendía aquella mujer, su comportamiento poco correcto nublaba mis ojos. «¡Menudo ogro!», pensé, como pensaría cualquier niño pequeño de su tiránica profesora.

—Gracias por la bienvenida, supongo —contesté, no muy convencido.

—Estás avisado.

Su dedo índice llevaba un buen rato amenazándome, pero terminó desapareciendo, al igual que ella.

En una escala de uno a infinito, ¿cómo de mal había comenzado esa nueva vida que me esperaba? Aquella en la que pretendía hacer borrón y cuenta nueva. Y, sin embargo, ¿qué importaba? Pues siempre he sido de los que terminan encontrando solución a todo, precisamente por haberme topado demasiado pronto con aquello que no la tiene.



Hablemos de Rosewood.

Esa pequeña ciudad, ese multitudinario pueblo que no aparece en los mapas y que, si le preguntas a cualquier habitante, te dirá que es para no tener que vérselas con demasiados extranjeros. Aunque, lo cierto es que Rosewood no aparece en ningún mapa porque a nadie le importa realmente. Y ellos, los que se bañan en su lago y compran en las tiendas locales, bien lo saben. Motivo por el que su ego les hace mentir de esa forma tan orgullosa, intentando demostrar que no les importa lo que pase fuera de las fronteras de su pequeño paraíso de rosas. Porque Rosewood no se llama así por casualidad. Semejante nombre florido no es más que una triste amalgama que Jebediah Wood decidió ponerle cuando lo fundó, después de arrasar con un

campo de rosas silvestres en favor del progreso —uno siempre hace sus deberes—. Pero ¿qué me iba a importar a mí por aquel entonces, que acababa de llegar y cada esquina me resultaba hermosa y acogedora? Esa información tendenciosa vendría más adelante, de boca de mi nueva compañera de trabajo, la de los modales deficientes. Alguien a quien no le pegaba nada vivir en una ciudad con flores dibujadas en cada uno de los paneles de madera que anunciaban el nombre de las calles. Y allí estaba, igualmente, marchitando cada una de las margaritas que no se atrevían a florecer a su paso.

El piso que había alquilado tampoco se quedaba atrás, pues era igual de acogedor. Y cuando digo acogedor, quiero decir, más bien, pequeño. Aunque nunca me he peleado con nadie por los grandes lujos que son tan demandados por algunos, y supongo que con tener un diminuto —cada vez que lo mencione será más pequeño, supongo, hasta que no entre en una caja de zapatos— despacho donde colocar mis libros y corregir exámenes, era más que feliz. Desde luego, tampoco soy un bicho raro, por lo que ni me alimento de libros ni duermo sobre ellos, mucho menos uso las enciclopedias como letrina. Lo que significa que, a la hora de elegir un hogar, preferí que tuviera un baño, una cocina y una habitación. Ya sabéis, porque uno tiene sus caprichos.

No olvidemos tampoco que, de la misma forma que cada rosa tiene su espina, Rosewood tenía también su academia. Y quien dice academia, dice instituto. El *communis institutus* —como habréis podido comprobar, se me dan mejor las lenguas vivas que las muertas— que aspiraba a algo más y que no había podido resistir la tentación de llamarse *academia* para sobresalir en cuanto a instalaciones de la zona dedicadas a la educación de los jóvenes, pero que terminaba pareciéndose más a un internado debido a algunas de sus absurdas normas. Supongo que los años me han hecho volverme algo resabiado y que veo con otros ojos —los de otra persona que me inspiraría más adelante, quizás— todo lo que me rodea, pero en aquel momento me creí realmente afortunado por poder formar parte de un lugar así. Un lugar donde los uniformes estaban a la orden del día, el alumno debía dirigirse a su profesor con un respeto ceremonial y a alguien se le había ocurrido la *brillante* idea de separar a los chicos de las chicas, esperando que así se metieran en menos líos o que podrían frenar con mayor facilidad el huracán de hormonas que revoloteaban dentro de ellos. Supongo que aquella medida tenía tanto sentido como prohibir a los profesores que se relacionaran demasiado y, como habréis podido imaginar, las prohibiciones solo incitan a una cosa: desobedecerlas.

Mis primeras clases en Rosewood resultaron absolutamente gratificantes. Había tenido la suerte de unirme al comienzo del curso —un curso que para los docentes y alumnos de la academia comenzaba antes que en el resto de los centros. Otra de esas ideas revolucionarias donde asistir a las clases con buen tiempo auguraba un mejor carácter, aplazando un poco la inevitable tristeza otoñal— y podía empezar desde cero con todos mis nuevos alumnos, conociéndolos uno a uno y a mí como profesor en el intento. De un vistazo localicé pronto a los más escapistas y no fue difícil saber que los de la primera fila estaban de mi parte. Tal vez fuera esa actitud idealista en exceso de quien todavía no ha sufrido los estragos de enseñar a quien no quiere aprender, pero me propuse significar un antes y un después en la vida de mis alumnos y alumnas. Ello me obligó a modificar a capricho el temario, quitando aquí y allá, y añadiendo de

mi propia cosecha, esperando mantener un perfil suficientemente bajo como para que nadie pudiera decirme nada.

Mis dos primeras clases —alguien hubiera creído que una era más que suficiente— las dediqué a hablar con ellos. Apunté sus nombres, aquello que les gustaba, les saqué toda la información que me dejaron sobre sus gustos, lo que detestaban, valoré quién necesitaba un vaso de pensamiento y quién descansar de una mochila demasiado pesada para su edad.

En el aula de cuarto curso, un día fue suficiente para que más de una alumna me eligiera como su futuro novio. Y aunque no terminaba de querer creérmelo, Emma no solo siempre me ha dicho que soy agradable o comprensivo con quienes me rodean, sino que tenga cuidado con mi mirada y mi sonrisa, porque son más peligrosas de lo que pienso. Desde luego, es innegable que soy demasiado alto como para ser el novio de ninguna jovencita de quince años, así que nuestro amor fue imposible incluso antes de empezar. Pero tenía sentido que aquellas adolescentes pensarán así, pues reconozco que la camisa azul de los jueves hace juego con mis ojos y que no he conocido a nadie que vista como yo un buen chaleco desabrochado.

—¡Palmer! —me sorprendió uno de mis nuevos compañeros en algún momento de aquellos primeros días—. Ven a comer con nosotros. Los profesores siempre vamos a una cafetería que está aquí cerca.

Ser sociable es algo que siempre ha sido en mí una práctica natural, así que me dejé engañar con velocidad y, cuando llegamos a la susodicha cafetería, unos cuantos profesores más estaban esperándome.

El nombre de la cafetería era Rosencrantz & Guildenstern y no pude más que entristecerme al descubrir, hablando con el resto, que ninguno sabía por qué. Los que se creían más listos, incluso, especulaban erróneamente con que era algún tipo de juego de palabras que tenía que ver con el nombre de la ciudad —¿y qué no tenía que ver con aquel nombre en esa ciudad?—. Tal vez el que estaba equivocado fuera yo, y crearme más erudito que el resto solo me convertía en más tonto que ellos. Aunque eso fue antes de conocerlos.

—Mirad a quien me he encontrado por el camino —señaló mi nuevo compañero, refiriéndose a mí.

No parecí suponer nada para dos de los profesores que comentaban el partido de baloncesto de la noche anterior sin apartar la vista de las noticias, pero el resto me saludó con ganas y volvieron a repetir sus nombres para ayudarme a tratarles de nuevo: Anabelle Cleves era la profesora de Tecnología, Ethan Haynes daba Matemáticas, Vera Harper enseñaba Dibujo, Priya Hamid hacía disfrutar a sus alumnos del piano con sus clases de Música y luego estaban los del partido que, a decir verdad, ni siquiera se presentaron.

Un par de mesas más allá, volví a ver a aquella profesora Rottenmeier con malas pulgas que me había abordado en el pasillo y sobre la que no pude evitar preguntar.

—¿Ava Rochester? —interrogó Haynes con relación a mi pregunta.

Rottenmeier, Rochester, estaba claro que por ahí iban los tiros, y ya podía decir por fin que conocía su nombre.

—La *señorita Rochester* —corrigió Zachary Fiennes, ese profesor de Ciencias demasiado

ocupado en los pases de la noche anterior como para presentarse—. Sí, nunca sabes de qué palo va.

—Nunca se sienta con nosotros, siempre se larga a leer. Cuando hablas con ella, nunca sabes si le caes bien o mal —añadió Haynes.

—Yo creo que le gusto —interrumpió Julius Cross, encargado de impartir la asignatura de Educación Física, dejando por fin su partido en segundo plano—. El otro día me pidió media hora más para que una alumna acabara uno de sus exámenes y os juro que se me insinuó.

—Sí, eso también me lo ha hecho a mí. ¡Qué puta manía tiene de pedirnos horas al resto! Si tus clases son demasiado largas, déjate de cuentos y enseña solo lo que tienes que enseñar.

Supuse rápido que, con *cuentos*, mi nuevo compañero se estaba refiriendo a mitos clásicos. Porque, si algo recordaba, aparte de aquella silueta en el espejo, era que Rochester se dedicaba a dar Latín y ello implicaba tocar según qué mitos y leyendas. Naturalmente, como profesor que estaba a punto de saltarse la guía didáctica, me sentí bastante identificado con aquel comportamiento, entendiendo, de igual modo, que no agradaba mucho entre el resto de docentes.

—De todas formas, no eres su tipo —le contestó Haynes—. A veces viene a recogerla un viejo en moto. ¡Parece su padre!

—Yo no, pero tal vez a nuestro nuevo compañero, aquí en Rosewood, se le dé mejor la Lengua que la Literatura.

Una carcajada se contagió alrededor de la mesa y las bromas continuaron mientras cada uno pedía su comida. Puede que no sintiera especial agrado por esa *señorita* Rochester, pero en condiciones normales me habría gustado decir algo sobre las bromas que comenzaban a formarse en aquella mesa donde ella parecía ser la protagonista. No obstante, como bien tenía presente aquellos días, era nuevo, y necesitaba encajar como cualquiera que necesita sobrevivir para superponerse a la soledad o el rechazo en un lugar desconocido. Reconozco que Ava Rochester parecía llevar eso mejor que yo. Pensé, incluso, que si hablaban así de ella, ¿qué no dirían de mí si terminaba imitando su comportamiento?

—Para nada. De hecho, a la única que le gusta mi lengua es a la literatura —contesté, devolviendo la broma.

—¿Qué dices? —preguntó Harper—. Ya quisieran estos tener las mismas posibilidades de meter su lengua donde seguramente llega la tuya con esa carita y ese cuerpo.

Tal vez debería estar más acostumbrado a ese tipo de comentarios y generar la seguridad suficiente para asumirlos sin atragantarme o sonrojarme cuando los oigo, pero lo cierto es que uno nunca termina del todo de ser ese chico tímido que no daba pie con bola cuando una compañera se acercaba a hablar con él.

—Ah, ya está. Eres gay, ¿no es eso? —continuaron con la mofa.

Sortear aquellos temas no fue fácil, pues el tiempo terminaría enseñándome que el resto de profesores acostumbraban a hacer siempre el mismo tipo de bromas, sin importar la edad que tuvieran, como si nunca hubieran dejado de ser estudiantes. Como si la madurez todavía llamara a sus puertas y ellos se negaran a abrir. «A veces —recuerdo pensar— el ambiente escolar puede ser confuso para quien no está preparado a dar el salto de alumno a profesor».

Una mirada bastó para que, pese a nuestras diferencias, aquella mujer que no se había dignado a sentarse con nosotros y yo nos diéramos cuenta de que ambos hablábamos otro idioma y entendí bien rápido por qué la profesora de Latín no siempre quería sentirse acompañada.

Por suerte, la hora de la comida, si bien tenía su comienzo, también se veía limitada y en más de una ocasión se prescindía de los postres dando prioridad únicamente al café, antes de abandonar el lugar y volver a zambullirse en las páginas de los libros de texto. Fue entonces cuando Haynes se acercó a hablar conmigo mientras regresábamos a la academia.

—Con respecto a la *señorita Rochester* —comenzó de nuevo—, no quería comentártelo antes por si acaso nos estaba escuchando, pero hay una apuesta entre los profesores.

—Ah, le estás contando lo de la apuesta —interrumpió Fiennes.

—Sí, llevamos un tiempo intentando ver *de qué pie cojea*. De momento, ninguno ha tenido suerte.

«De qué pie cojea», como sinónimo de meterla en caliente, me pareció bastante ridículo.

—¿Y no estaba prohibido lo de tener relaciones entre los profesores? —pregunté, inocente.

Haynes y Fiennes se miraron y después se rieron.

—Solo si te pillan. Aunque por la *señorita Rochester* merece la pena.

Seguían llamándola *señorita Rochester* de aquella forma que se presentaba tan veladamente educada, pero que se dejaba entender como todo lo contrario. Como si formara parte de algún mito inalcanzable y, al mismo tiempo, añadiendo ese absurdo tonito con el que siempre lo decían, buscaran rebajarla por no hacerle caso a ninguno.

Ava Rochester, desde luego, no era mi tipo, pero comenzaba a sentir cierta empatía por quien no quisiera tener mucho que ver con compañeros así.



La bibliotecaria

«Olvídate de Peggy Sue»

¿Que cuál es mi tipo, entonces? Emily Dickinson dijo en una ocasión que el corazón quiere lo que quiere, y no es fácil escapar a lo que otros han estudiado sobre pulsiones, subconsciente, traumas de infancia o deseos. Somos tan complejos como complejo es el mecanismo que nos vuelve simples, cortados por los mismos patrones.

No negaré que mi familia siempre ha sido muy afectuosa y que, de tal palo, se suele decir que sale tal astilla. Tampoco vengo aquí a engañar a nadie, pues soy lo que, en parte, la sociedad ha hecho de mí, como nos sucede a todos. Siempre he sentido predilección por las mujeres cariñosas, comprensivas y dulces. Reconozco que me encantan esos vestidos vaporosos de los años cincuenta y que las cabelleras rubias me arrancan más suspiros de lo que me gusta reconocer. Aunque eso fue antes de lo de Emma, cuando todavía era capaz de hablar con una mujer en esos términos.

Es por eso por lo que, cuando pisé por primera vez la biblioteca de la academia Rosewood y vi a Jolenne Collins, no tardé en ponerme nervioso, incómodo, deseoso incluso de evitar su presencia. La forma en que nos conocimos no fue la más acertada para ella, que casi se come el suelo al caerse de la silla a la que se había subido para colocar algunos tomos altos. A mí, sin embargo, me confirió un halo de héroe oportuno el impedirlo. Por desgracia, a la hora de la verdad, no podía evitar volverme esquivo o parco en palabras cuando una mujer me resultaba atractiva. Un miedo latente se hacía patente en mí y yo mismo me hacía eco de una actitud que confundía a cualquiera. Entendí, con la facilidad que tienen los cuerpos para hablar, que yo tampoco había pasado desapercibido para aquella mujer, pero siempre que intentaba sacar algún tipo de conversación conmigo, automáticamente mi lengua decía lo más inoportuno. ¡Peor incluso! Pues a veces me quedaba callado.

Un día nada especial, Ava Rochester se sentó a mi lado en la biblioteca y todo apuntaba a que no se trataba de ninguna casualidad.

—Tengo curiosidad —comenzó—. ¿A ti qué coño te pasa?

Yo seguía nervioso y, con esa *señorita* Rochester allí, me quedé en blanco.

—No entiendo a qué te refieres. No he dicho nada de lo nuestro.

Me chistó en medio de la frase para que nadie pudiera oírlo.

—No me refiero a eso, me refiero a que le gustas a Collins.

—¿Y qué? —pregunté, como podría haber preguntado qué hora era, absolutamente desacertado en mis palabras y en mis pensamientos, martilleados sin tregua por mis nervios.

—¿Cómo que «y qué»? Vengo todos los días a la puñetera biblioteca. A ti también te gusta, no dejas de mirarla.

—¿Y qué? —Menudo cortocircuito llevaba encima.

Rochester seguía observándome, esperando una contestación acorde a una conversación de adultos.

—¿Acaso no sabes ligar con una chica? ¿Eres idiota? ¿Te faltó aire al nacer o algo?

—Más o menos —fue lo único que contesté a tanta pregunta, sincerándome a medias, todavía no sé por qué. Digamos que la presión que estaba ejerciendo Rochester sobre mí tampoco me ayudaba a tener la mente clara y a preparar mi lengua para las mejores diatribas.

—Es difícil no notarlo, porque lo haces de puta pena, la verdad.

—¿Has venido aquí para algo más que para ponerme todavía más incómodo?

—Pues sí. También quería darte las gracias.

Le costaba decir aquellas palabras. Era imposible no notarlo.

—El otro día en la cafetería os escuché hablar. ¡Como para no, son todos unos bocazas! Gracias por no decir nada de nuestro *incidente*.

Aquello sí que era inesperado. Ava Rochester tenía cara de no haber dado las gracias a nadie en su vida y así lo demostró, con gran vergüenza y la mandíbula apretada a cada palabra.

—No te preocupes por eso, no habría dicho nada.

Aunque sí lo había hecho. Se lo había contado a Ronan y Luke en un vago esfuerzo por recordar qué había podido pasar aquella noche, pues nada tenían que ver con la academia, pero sí con abandonarme en manos de una mujer desconocida.

—¡Ya sé lo que voy a hacer por ti! Te voy a conseguir una cita con esa guapa Amy Adams.

Aquel ofrecimiento aparentemente desinteresado me sorprendió.

—Déjalo, no va a servir de nada. Además, se parece más a Isla Fisher, ¿no crees?

—Ni de coña. Déjame terminar de hablar. Te voy a enseñar a ligar con ella. Y con quien quieras. Te puedo enseñar a ligar con hombres, si es lo que quieres.

—¡Qué pesados, que no me gustan los hombres! —dije quizás demasiado alto, tanto que algunas personas se voltearon para mirarme. Para mirar quién era ese al que no le gustaban los hombres y parecía tan molesto porque así lo creyeran. Como si ello tuviera algo de malo—. ¿Porque sea sensible y tímido y no suelte burradas sobre las mujeres ya tengo que ser gay? Menos mal que la sociedad había evolucionado y eso.

Se rio de mí todo lo que pudo.

—Si te sirve de consuelo, no pienso que seas gay por parecer sensible, tímido o medio lelo —se sinceró con un halo de comprensión inusual en ella, pero que tampoco resplandecía demasiado en aquella ocasión—. A mí me gustan los hombres y las mujeres, así que pensé que podría pasarte igual. No es porque tú seas un *blandito*, sino porque yo soy una ególatra.

Sonreí a medias, más o menos satisfecho por aquella aclaración, muy a pesar de seguir sintiendo la mirada de la bibliotecaria sobre mí y tener todos los músculos del cuerpo agarrotados.

—Me tengo que ir —advirtió Rochester, levantándose—. Ah, y espero que no uses esa pequeña información que te he dado para hacer amigos o —Aquello era una biblioteca, así que hizo las veces de respetuosa acercándose a mi oído— el único amigo que tendrás en esta academia será mi puño en tu cara. Adiós, cielo.

Su mano se deslizó por mis hombros como una bruma escurridiza que me obligó a dedicarle una última mirada mientras desaparecía. Curioso en todas mis formas, intuí algo mágico en aquella mujer. «Mitológico, si nos ponemos tontos», recuerdo pensar. Pero tenía sentido. Sin gafas que la acompañaran, Ava Rochester tenía una mirada inquietante y siempre iba vestida de negro, con cierto estilo clásico a veces, dejado otras, misteriosa en toda su esencia. Si hubiera creído precisamente en esos mitos a los que ella se dedicaba a dar voz, habría pensado que sabía usar la profundidad de sus ojos azules para que cualquier marinero encallara en su roca.

Mientras me miraba, sentí que no podía ocultarle nada y eso me pareció terrorífico, pese a saber que no era posible tal cosa.



El beso

«Relaja la mandíbula»

Al día siguiente y sin más noticias de aquel ofrecimiento, me acerqué al aula de Latín no sin antes preguntar dónde estaba, pues todavía no sabía moverme con soltura por Rosewood.

Me resultó cuanto menos curioso el hecho de que la tal señorita Rochester diera clases en un pasillo por el que casi nadie deambulaba nunca. Al principio pensé que Rosewood, como sucedía en todas partes, tenía a algunas asignaturas por asignaturas de segunda, pero luego me enteré de que había sido ella la que había solicitado aquella aula, precisamente por encontrarse alejada y porque nadie más la quería.

Una vez en la puerta, escuché su voz, más melodiosa que de costumbre. Me asomé y la vi declamar mientras varias alumnas le daban su correspondiente réplica. El libro que tenían entre manos era *Lisístrata*, y ya no estaban en ninguna clase, sino en la antigua Grecia, luchando por sus derechos de la forma más cómica que nadie pudiera imaginar. Parece ser que aquella señorita Rochester no solo ocupaba parte de las clases de otros profesores, sino que se dedicaba a quitarles el trabajo, pues aquella lectura se encontraba dentro de la guía didáctica de la asignatura de Griego y eso a Rochester le había importado bien poco. Meforcé a contener la risa, pero no pude, y tampoco esa extrañeza que sentí al ver a aquella mujer de semejante manera, casi maternal con sus alumnas.

Mi móvil no tardó en interrumpir aquel espectáculo por el que no había pagado: tenía una reunión de padres y no podía faltar.

Las reuniones con los padres siempre han sido algo así como el décimo círculo del infierno, pues la desgana en las miradas de aquellas personas que estaban allí por obligación y no porque estuvieran preocupados en la educación de sus hijos, me resultaba realmente ofensiva. Peor que querer enseñar a niños era tener que enseñar a los padres de estos, pues volverse adulto no solo tiene que ver con cambios hormonales y cumplir años. Muchas veces nos olvidamos de que la edad mental de una persona debería ir acorde a su edad física, y es maravilloso poder ver cómo una persona que cumple años se superpone a lo que se espera de ella, pero esa errónea ilusión de conocimiento y verdad pura que asalta a la gran mayoría de las personas adultas y que les convence falsamente de que siempre llevan la razón, de que ya es hora de que la tengan, de que la edad les ha hecho sabios... Siempre he sentido pena por aquellos alumnos y alumnas que tuvieran que aguantar semejante ineptitud en sus casas y verse esclavizados a ella. Debía de ser una sensación frustrante, y me hacía una idea cuando yo era el profesor y, sin embargo, asistía a la reunión uno de esos padres que quieren pasarse hablando toda la hora, como si no tuvieran otra ocasión de hacerse oír, marcando un territorio que, vamos a ser sinceros, nunca sería suyo.

Afincado en la puerta y acabando de hablar con las últimas madres —algunas, más que velar por la educación de sus hijos, parecía que solo querían a alguien con quien charlar—, volví a ver

a Rochester pasar por delante de mí y, cuando abrí la boca para preguntarle sobre lo que habíamos estado hablando en la biblioteca, se colocó el dedo en los labios en señal de silencio e introdujo una pequeña nota en el bolsillo de mi camisa. Lo hizo, además, con una seguridad tan serena como si se dedicara a esconder notas día sí y día también en los bolsillos del resto de educadores de Rosewood.



Una vez sentado frente a mi escritorio y tras leer la nota, no pude evitar sonrojarme. Los padres sabelotodo no eran tan frustrantes como sí lo era la actitud de aquella señorita Rochester, sin traba alguna para decirme que no había sido más que un triste polvo en una noche de borrachera un día y, a los dos días, escribirme «ven guapo, cielo». Pues claro que iba a ir guapo, porque la única profesora que se empeñaba en que no era atractivo parecía ser ella. «¡Como si esas ojeras de varios días que se molesta en ocultar detrás de las gafas resultaran más atrayentes! Tal vez para un personaje de Tim Burton» pensé, molesto. Ahora me doy cuenta de lo absurdo que fui y de que, tarde o temprano, yo terminaría teniendo parte de culpa en esas ojeras.

¡Y allí me planté! Con uno de esos trajes marrones que tan bien me sentaban, corbata a juego y camisa azul siempre en mi equipo.

El Red Rose era un club nocturno bastante conocido en Rosewood que formaba parte de un hotel con el mismo nombre. Elegante sin ser frío, sensual sin ser vulgar.

Ojeé la sala y no tardé en ver a Rochester. Según empecé a acercarme me fijé en que había dejado su *uniforme* de profesora colgado en alguna percha y que había decidido vestirse de forma más sugerente con un vestido negro que, hasta que llegué a su lado, no me di cuenta de lo bien que le sentaba.

—¡Vaya! Te lo has tomado en serio —me esputó de buenas a primeras.

—¿Estoy suficientemente guapo? ¿Acaso tenías miedo a que te hiciera pasar vergüenza?

—No, para nada. Eso ya vendrá cuando tengas que hablarle a alguna de las afortunadas de esta noche.

Puesto que el lugar era ciertamente distinguido, entendía la parte en que ir vestido de cualquier manera hubiera sido un error. Ambos compartimos barra en un rincón apartado, sentados en un par de butacas altas forradas de piel. Al fin y al cabo, aquella noche no iba a ser para nosotros únicamente y sentarnos en una mesa nos habría complicado llevar sus consejos a la práctica.

—¿Qué es esto? —pregunté cuando el camarero trajo dos copas.

—Ni idea. Es la bebida con más tipos distintos de alcohol que he encontrado en la carta. Además, tiene una sombrillita muy mona. Bébetela, necesito que estés bien lubricado.

—¿No sería mejor que mis capacidades estuvieran al cien por cien?

Rochester no dejaba de mirar en derredor y eso empezó a molestarme, como el que observa el reloj cada dos minutos. «¿No había quedado conmigo? ¿Por qué mira a todas partes excepto a mí?», me decía.

—Piénsalo, rubito. Mira cómo eres con las mujeres. La noche del incidente...

—¿La noche que nos acostamos, quieres decir? —interrumpí, aprendiendo lo que era poner incómoda a mi nueva amiga.

—Lo que sea. Esa noche dijiste o hiciste algo. Te comportaste de tal manera que conseguiste que me encamara contigo. He pensado que a lo mejor solo tenemos que sacar a ese Andrew y dejarle hacer.

Resoplé. «Ese Andrew —pensé—, el que no soy yo». Y no es que no esté orgulloso de quién soy o de cómo soy. Lo estoy, siempre lo he estado... más o menos. No obstante, en situaciones semejantes, no podía evitar sentir que nunca era suficiente y que los demás tienden a exigir de nosotros más de lo que realmente pueden digerir. Con lo fácil que sería aceptarnos tal cómo somos, con nuestras virtudes y defectos, sin intención de que todos aspiremos a ser perfectos. ¿Y perfectos para quién? Demonios, deberíamos aspirar a ser nuestra mejor versión de nosotros mismos y punto. Con nuestras capacidades y nuestras carencias. Os aseguro, además, que yo he saboreado las carencias de muchas personas y me he enamorado de ellas más que de sus virtudes. Así que, ¿por qué quitarnos tal cosa?

—De acuerdo, comprobemos mi teoría entonces. Acércate a esa chica que está en la barra, la que tiene un rollo a lo Lea Seydoux. Lleva un rato con el teléfono y acaba de ponerse de mal humor. Seguro que la han dejado plantada, así que necesitará alguien con quien llenar su hueco. Y entiende esta última frase como tú quieras, cielo.

¿Ya estaba? ¿Pensaba tirarme a la piscina? Así, ¿sin más? ¿Sin ninguna preparación?, ¿sin ningún consejo?

—¿Y qué hago? Me acerco a Lea Seydoux, ¿y qué le digo?

—Ah. —Rochester levantó las manos en señal de que, en aquella ocasión, pensaba lavárselas como Pilato—. *Alea iacta est*.

Para mi desgracia, terminé acercándome a la mujer de la barra y, antes de que terminara mi primera frase, ya se había ido.

—¿Lo ves? —me preguntó cuando volví con ella—. *In vino veritas*, cielo. Bebe.

Y así lo hice. Me bebí casi de golpe la copa que tenía enfrente y después hice lo mismo con parte de la suya para calmar aquella derrota que se había producido antes incluso de comenzar la batalla.

—Tranquilo, no te vayas a mojar el traje. No queremos que pierdas puntos.

—¿Y tú qué?

Aquella pregunta inesperada la hizo reír.

—¿Yo?

—Bueno, está claro que esta noche... también te has preparado.

—*También te has preparado* —se burló—. No es que me importe, pero ¿estoy bien?

—Para una película de Tim Burton, tal vez sí —contesté como si se me acabara de ocurrir y no

llevara horas pensándolo.

No pareció molestarse por semejantes comentarios. Algo en su rostro decía que casi los disfrutaba.

—No se trata de ninguna competición, pero yo podría llevarme a la cama a todos los hombres de esta sala y a algunas mujeres. Los que ya me han echado el ojo y las que todavía no. ¿Podrías decir tú lo mismo?

Pues sí que era una ególatra.

—¿Con los hombres? Pues no sabría decirte, pero hay un par que no dejan de mirarme —bromea con la seguridad que empezaba a darme el alcohol.

—Esto se pone interesante. Hola, señor Palmer con una copa encima —saludó mientras le hacía un gesto al camarero, pidiendo otra ronda—. ¿Qué te parece si esta vez te ayudo un poco?

La siguiente copa llegó antes de lo esperado, o tal vez fuera yo, pues el tiempo ya empezaba a antojárseme distinto mientras ella aprovechaba para acercarse a su butaca.

—Creo que deberías entrarle a esa, la que se parece a Kate Beckinsale. Tiene el pelo detrás de la oreja. Podrías decirle que se le está cayendo el pendiente y entonces colocárselo. Suavemente, ya sabes.

Pero no, yo no tenía ni idea. De hecho, aquel gesto que me recomendaba Rochester me resultó demasiado invasivo. Una de esas cosas que ves en una mala película *noir* y cuyo nivel de éxito te sorprende, pero que, aplicado a la vida real, resulta vergonzoso de observar, casi como ver un tren descarrilar lentamente.

—A ver, idiota —esputó mientras acercaba la mano a mi oreja, acariciándola con especial maestría y convirtiéndome con facilidad en la roca contra la que rompen las olas—. Házmelo tú a mí ahora.

Intuyó, veloz, que aquel acercamiento no saldría de mí con tanta facilidad. ¡Unas pocas palabras y ya sabía exactamente cómo era! Mi teoría sobre leer mentes cada vez tenía más fundamento. Cogió entonces mi mano y se la colocó en su propia oreja, esperando que, al menos, supiera cómo mover los dedos alrededor de ella.

—Suave —recordó. Y aunque era difícil acariciar a una mujer hecha de escamas, mi dedo índice encontró una curva bastante agradable que seguir—. Has aprobado por los pelos. Creo que vas a necesitar clases de apoyo.

Alegré mi mano de aquella mujer en cuanto pude y esta notó el frío viento que acompañó a aquel gesto.

—Estás tan nervioso que duele —me dijo.

—Ya, bueno, ¿no venimos a eso?

—¿Qué es lo que te pone nervioso exactamente? ¿Es el contacto? —preguntó posando su mano sobre mi pierna, cual Jane Goodall frente a un nuevo espécimen. A lo que yo, instintivamente, aparté la mirada y apreté la mandíbula sin querer dar más explicación—. ¡Sí! Es el contacto.

—De acuerdo, basta —advertí, apartándole la mano.

—Toma, bebe más —amenazó ella, veloz con su copa en la mano, dispuesta a llenarme el gaznate como la madre del niño que no quiere comerse las verduras.

Al instante, se hizo con mi muñeca y comenzó a vigilar el tiempo por mi reloj. No tardó en volver a colocarme la mano en la pierna y comprobó que cada vez me costaba menos aceptarlo. Aun así, seguía resistiéndome.

—¿Qué haces? Para ya —le pedí, incómodo ante aquella actitud.

Inesperadamente, Rochester subió la apuesta. Acercó sus labios a los míos y terminó besando lo más parecido a una estatua de piedra.

—Vamos, que no soy una gorgona, joder —musitó al separarse unos segundos. Alzó entonces la mano y me sujetó el mentón—. Relaja la mandíbula.

—¿Qué-qué haces? —volví a preguntar, cada vez más confuso. La mano de Ava sobre mi pierna era difícil de digerir, pero sus labios no solo me complicaban la existencia, sino que también resultaban contrariamente agradables.

—Relaja la mandíbula —volvió a insistirme mientras se reía—. Es un beso y se supone que debe ser suave, no tosco. Así que relaja la puta mandíbula de una vez.

Pese a su forma de hablar y aquel carácter intrusivo que solo conseguía que yo me encerrase más en mí mismo, Rochester terminó poniendo una nota dulce en mis labios mientras me besaba con la suavidad de un recuerdo fugaz, impregnando mi lengua de un regusto cálido que incitaba a repetirse eternamente.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté cuando se separó, manso como un cordero.

—Yo qué sé, estabas tan tenso. Solo quería ayudar. Es un beso, no se va a morir nadie.

El resto de la noche fue incómodo, ¿para qué negarlo? Pero yo ya no pensaba en mis escasas aptitudes de ligoteo. En contra de mi propia voluntad, me había pasado lo que restaba de nuestra *reunión* queriendo volver a besar a aquella señorita Rochester que había dejado su miel en mis labios y, cuando la acompañé a casa, creí que sería buen momento para repetir aquel ritual como forma de despedirnos, salvo porque ella no estaba tan de acuerdo.

—Solo ha sido un beso, cielo. No soy tu novia —contestó. Un gesto de confusión debió delatarme, porque continuó hablando—. De acuerdo. Si me dices que vas a entrar ahí dentro y me vas a follar hasta que se me pongan los ojos en blanco, te dejaré volver a besarme.

Ella sabía que no diría tal cosa. Tenía que saberlo para habérsela jugado de aquella forma, así que aceptó mi silencio y se dio la vuelta. Abrió la puerta de su piso y me dio las buenas noches, pero antes de cruzar el umbral para irse, volvió a mirarme. Resopló y se acercó a mí de nuevo. Me regaló entradas para otro pase privado en su boca y, cuando acabó conmigo, me dejó con las piernas temblando y desapareció al otro lado de la puerta.

Esa noche tuve bastante claro que aquella mujer nunca saborearía mis carencias, ¡cuán equivocado estaba! Pero no me gustaba Ava Rochester. No podía gustarme. Solo me gustaban sus besos, como podrían haberme gustado los de cualquiera, eso era todo.

O eso pensé.

Más tarde descubriría que, todavía en el Red Rose, alguien más parecía haber disfrutado de aquel beso y se había tomado la libertad de sacar su teléfono móvil para inmortalizar semejante error de principiantes.



La agenda

«No seas un stalker»

Despertar en mi cama para variar podía considerarse como comenzar bien el día. Hacerlo tarde y no tener tiempo ni para tomar un café era incluso costumbre ya. El *cappuccino* que escondía bajo mi mesa y que me duraba casi todo el día —porque, de no ser así, significaría que estaba tomando demasiada cafeína y prefería dosificar— era ya mi asistente personal y me acompañaba a todas las clases.

Aquella mañana, sin embargo, sorprendí a la camarera del Rosencrantz & Guildenstern —al que los profesores apodaban cariñosamente como Rose Café— acostumbrada ya a prepararme siempre lo mismo, pidiendo un vaso extra que estaba destinado a ofrecer unas disculpas azucaradas a mi señorita Rochester, a la que encontré, una vez más, en la biblioteca. Así pues, sin mediar palabra, me senté a su lado y le ofrecí el café.

—¿De qué son? —preguntó ella.

—Este es *cappuccino* y el otro es normal. No sabía cómo te gusta, así que...

Antes de que acabara de hablar, Rochester ya se había agenciado el *cappuccino* que no le correspondía y no pude evitar torcer el gesto contra mi voluntad.

—¿Era el tuyo? —preguntó ya bebiendo de él—. Qué dura es la vida, ¿verdad?

La suya desde luego, si tenía que ser tan ruda con alguien que únicamente buscaba disculparse.

—Quería pedirte disculpas por lo de ayer.

—¿Disculpas por qué? —me preguntó.

—No sé, por si te molestó que intentara besarte al despedirnos.

—Ya te lo dije ayer: son besos, no pasa nada. Pero no te confundas, un beso de despedida no es un beso normal. Empiezas despidiéndote así de alguien por algún tipo de presión social y ¡PUM!

—Cerró sus manos cual mandíbula de tiburón y todos se giraron hacia ella al ser aquel un sonido inusual en una biblioteca—. Te atrapan en una relación como a un pajarillo en una jaula.

—¿Se puede ser más negativa? —pregunté, pasando la mano por los barrotes de mi jaula y escuchando el ruido metálico de un hambriento que pide más de lo que le corresponde. Y con razón, porque no había dejado de pensar en aquel beso un solo segundo.

—Ya te pasará. Disfruta de los besos que puedas robar mientras tanto —bromeó al mismo tiempo que recogía sus cosas y me abandonaba de nuevo—. Gracias por el café, cielo.

«Cielo —me repetí una y otra vez—. Cielo». Tan condescendiente y tan cariñoso al mismo tiempo que sentía el tira y afloja de mis ideas chocar entre sí en cuanto a la actitud de Rochester.

Fue después de un rato que me percaté de una libreta que acababa de olvidarse: su agenda. Decidido a devolvérsela, me hice con ella y recorrí el pasillo hasta el aula de Latín, pero, segundos antes de entrar por la puerta, mi cuerpo se desvió sin consultarme. Terminé entrando en los lavabos y sentándome en el inodoro, abriendo de par en par aquella agenda para saber

cualquier cosa que pudiera de mi señorita Rochester —a la que todavía no sabía por qué seguía tildando de señorita, pero aquella forma de dirigirme a ella se había instaurado rápido en mi subconsciente sin ninguna ayuda.

Clases, reuniones, a veces no se entendía lo que escribía. Otras, sin embargo, cuidaba más su letra. Encontré varias veces escrito *Publicar en El ojo de Minerva* y saqué mi móvil con la esperanza de que fuera un blog. Esa cosa que había quedado tan olvidada hacía varios años, pero que, parecía ser, Ava Rochester no había dejado de lado. Y, efectivamente, se trataba de un blog con una estética clásica, llena de libros. «Muy *dark academy*, profe», dirían mis alumnas más puestas en las redes modernas y todo lo que las envolvía.

Aquel mundo personal que se abría a mis ojos estaba repleto de críticas a libros, a películas únicas y, de vez en cuando, Rochester recordaba que tenía sentimientos y escribía algunos pensamientos. Cualquiera en mi situación hubiera usado aquella información buscando algún tipo de beneficio, pero yo decidí que no quería saber más de aquella mujer que lo que ella estuviera dispuesta a contarme y cerré su agenda, no sin antes echar un vistazo al día anterior, la noche del Red Rose:

Andrew.

Mi nombre, sin mayor artificio. Me sentí aliviado al leerlo de su puño y letra, como si hacerlo tuviera algún poder sobre mí, un gesto reconfortante. Me alegré de que no hubiera puesto algo tan genérico como «copas», o peor, «dar clases extraescolares».

Andrew.

Volví a leerlo una vez más y valoré que no se había tomado ninguna prisa al escribirlo. Había páginas en su agenda llenas de garabatos estúpidos que eran casi ilegibles, pero mi nombre..., mi nombre podía presumir de estar escrito con cierto cariño. «¿O no?», me pregunté, sintiéndome estúpido como el que más y esperando no estar rebasando la línea entre curioso y acosador. Así pues, me decidí por fin a devolvérsela y, cuando lo hice...

—No la habrás mirado, ¿verdad? —me preguntó.

Negué con la cabeza, esperando mentir mejor que ligar.

—Es una pena, porque en las últimas páginas había escrito unas cuantas cosas que me gustan de ti y otras cuantas que no tanto —bromeó mientras se iba, siempre con prisa, como si nunca tuviera tiempo para mí—. Gracias otra vez, cielo.

Y ojalá se me hubiera dado bien eso de entender las bromas de mi nueva amiga, porque lo cierto es que no dejé de pensar en lo tonto que había sido por no echar un vistazo a la agenda al completo. «¿Y si lo dice de verdad?», pensé, repitiendo una y otra vez en mi cabeza lo que acababa de hacer y lo que debería haber hecho, lo que habría podido hacer y las cosas que, quizás, habría podido descubrir.

Andrew.



El exnovio

«¡A la mierda Vincent Cassel!»

—¿Ya se ha convertido en costumbre esto? —me preguntó Rochester.

—¿El qué? —interrogué yo también, poco acostumbrado como estaba a los acertijos.

—Lo de seguirme a todas partes como un perrito.

Para quien no hubiera tenido el placer de haber tratado tanto con Ava Rochester como me ocurrió a mí durante aquellos días, semejante comentario podría haber resultado ofensivo, y estaba seguro de que eso era lo que pretendía al dejarlo deslizarse por su boca. Sin embargo, los días me habían dado una perspectiva distinta de mi querida señorita Rochester. Al observarla con un mayor detenimiento, era capaz de percibir una expresión juguetona que se manifestaba inequívocamente segundos después, por más que esta intentara ocultarla —que lo intentaba, ocultando también cuánto disfrutaba el hacerme sufrir—. Así, navegando entre ser una bruja y querer divertirse a costa de todo aquel que supiera apreciar su forma de ser, vivía mi jocosa señorita Rochester, que un día me humillaba y al siguiente me besaba.

—Vengo a coger el coche —señalé, pues estábamos en el *parking* de la academia.

—No me mientas, tú no tienes coche —me dijo.

—¿Y cómo sabes eso? ¿Me has estado espionando?

Creí, inocente, que la ausencia de una respuesta me otorgaba, en aquella ocasión, el puesto de ganador en esos tira y afloja entre los dos, pero lo cierto es que Ava se había parado en seco una vez hubo reconocido al hombre que acababa de aparcar su moto frente a nosotros.

—Mierda, vámonos, vámonos —advirtió acelerada, mientras me cogía del brazo e intentaba que me volviera para salir de allí.

¿Y qué habría hecho cualquier otro? Seguirle la corriente, supongo. Ah, pero no yo, que me moría de curiosidad por saber qué cosas harían recular a mi señorita Rochester de semejante forma. O personas. Aquella en particular sabía su nombre de pila y, cuando habló, me contó más de lo que esperaba oír.

—Avie, he venido para que hablemos —dijo.

—No hay nada de lo que hablar, Jackson —le contestó ella.

—Pero, nena...

Supuse, erróneamente, que Ava Rochester habría sido capaz de comenzar una cruzada llena de sangre y vísceras únicamente porque cualquier persona del mundo se atreviera a llamarla de aquella forma. ¿Quién tan osado para convertir a una mujer así en una jovencita con coletas llamada Avie? ¿Quién para dirigirse a ella como *nena* y seguir todavía respirando?

—¿Qué tendrán los hombres, Andrew, que no escuchan cuando una habla? —me preguntó. Y yo, que había perdido esa capacidad aprendida para entender lo tácito, no supe captar que no

esperaba ninguna respuesta a aquella pregunta, así que comencé a pensar en una hasta que alguien me interrumpió, no muy amigablemente.

—¿Quién es este? —inquirió el tal Jackson—. ¿Te lo estás tirando?

Yo no era cómico, tampoco actor. No me subía todos los días a un escenario a improvisar y reconozco que cuando, en cuarto curso, no me esforcé lo suficiente por aprenderme el libreto de la obra de teatro del instituto, lo pasé bastante mal. Así que no solo lo de improvisar no era lo mío, sino que en situaciones más o menos tensas, como ya habréis podido comprobar, terminaba bloqueándome. Aun así, el cerebro todavía me funcionaba, y no fui tan tonto como para no entender que estaba en medio de algo parecido a una... ¿discusión de pareja?

«Jackson», pensé. Y luego lo observé con detalle. Era un hombre mayor que nosotros —tonto de mí, cuento tan mal las historias que no se me había ocurrido mencionar el hecho de que mi señorita Rochester y yo rondamos la treintena y que, pese a sentirme relegado a observarla desde mi posición inferior como mortal, le saco dos cabezas. Tampoco que ella tiene tres años más que yo, aunque a veces se comporte de una forma algo más infantil—, peinaba canas y estaba bastante delgado, pero intentaba ocultar aquella complexión compensando con la pose de motero siempre de mal humor.

—¿Y este quién es? —pregunté yo también. Al fin y al cabo, tenía derecho a hacerlo, si el tal Jackson había decidido comenzar a faltarnos al respeto.

—Soy su novio.

¿Me sorprendió aquello? Lo cierto es que ni siquiera recuerdo si terminé de creérmelo. Miré a mi señorita Rochester y pensé en la noche del Red Rose. Me pregunté si Ava era de esas, de las que mete su lengua en la boca de sus compañeros de trabajo aunque tuviera novio.

—No sabía que salieras con Vincent Cassel —bromeé en su oído, puesto que no parecía que nos fueran a dejar tener una conversación privada, y aquel tipo se daba un aire al susodicho.

—Cállate, no seas idiota —contestó ella, detestando que la hicieran reír en aquel momento, pero se rio de igual forma. No perdió el tiempo, sin embargo, para volver a dirigirse a aquel hijo de la anarquía—. Mira, Jackson, ya no hay nada entre tú y yo, ¿de acuerdo? Cuanto antes lo aceptes, antes pasaremos página todos.

¡Así que era cierto! El tal Jackson salía o había salido con Ava. Eso me sorprendió. Me sorprendió que una mujer que parecía tener las cosas claras en su vida, que era profesora, inteligente y atractiva, pudiera estar con la sombra de lo que dejaba entrever el tal Jackson, de quien, en aquel momento, desconocía nombre de pila alguno. Creo que, de hecho, nunca he sabido cómo se llama en realidad. Aunque también me adelanté demasiado pensando que mi señorita Rochester tenía las cosas tan claras en su vida solo porque su actitud parecía segura y decidida. Me sorprendería al descubrir, más adelante, que yo tenía las ideas más claras que ella.

—¿A qué te refieres con todos? —preguntó Jackson, fulminándome con la mirada—. Es eso, ¿no? ¿Ahora estás con este?

—No, yo... —intenté contestar antes de que la lengua de Ava se topara con la mía otra vez, pero no me dejó demasiado margen para aquel choque inesperado.

Podía haberme tapado la boca con su mano o haberme hecho un gesto para que entendiera que

debía callarme y dejar que ella aclarara todo, pero no, volvió a dejarme sin palabras de aquella forma tan intrusiva.

—Pues sí —contestó ella una vez me hubo liberado—. Así que ya puedes irte.

—No me lo creo. Lo estás haciendo para ponerme celoso, pero no cuela. Míralo, pero si es un puto *boyscout*.

—Pues este *boyscout* y yo nos vamos a mi casa —afirmó sujetándome de la mano y haciéndome esa señal que llegaba tarde para que entrara en su coche—. Pienso montarme en su tienda de campaña y dejar que se gane un par de medallas. Y, ¡quién sabe!, tal vez termine cortándome en dos con su enorme hacha o aprenda a hacer nudos marineros con mis miembros en lugar de con una cuerda.

Me habría gustado reír, pero estaba algo asustado preguntándome cuánto de verdad había en la última intervención de mi señorita Rochester. Porque, si bien el tal Jackson no había sido el primero en tildarme de *boyscout*, la propia Ava sí que se había ganado una medalla al sacarme los colores hablando tan a fondo sobre mis aptitudes al aire libre. Aptitudes que no conocía, pero que tampoco le hacía falta conocer para dejar que su lengua y su imaginación se soltaran a la par.

—Lo siento, siento que hayas tenido que conocer a este idiota —se disculpó ya dentro del coche—. Y lo siento doblemente, porque ahora te voy a tener que llevar a mi casa o, si no, no me va a dejar tranquila.

Ella sabía que aquel Vincent Cassel de pacotilla nos seguiría con su moto y que incluso esperaría en su puerta, intentando ver algo desde el portal, a través de la ventana de su habitación. Parecía tener ya demasiada experiencia con él como para intuir acertadamente sus movimientos.

Así fue como puse de nuevo los pies en su apartamento —llevando conmigo mi tienda de campaña y mi gorra de *boyscout* aplicado, claro está— y entonces se le ocurrió una idea.

—Date la vuelta y no se te ocurra mirar —me dijo.

—¿Qué pasa? —pregunté, dándole la espalda.

—Me estoy desnudando —y así era— delante de la ventana, para que vea que va en serio. ¿Puedes hablar con una mujer en camisón o tampoco?

—Depende de las transparencias —bromeé, nervioso, como cabría esperar.

—No te preocupes, Jackson te puede dejar los dos ojos morados si se lo pedimos, así tendrías excusa para no mirar. ¡Listo! Ya puedes darte la vuelta.

Por suerte para el Andrew más tímido que habitaba dentro de mí, Ava no había tomado el camino difícil, y encima del susodicho camisón se había puesto una bata que, aún con todo, no dejaba de sentarle realmente bien. Negra, como cabría esperar. Ligera, como sus piernas bajo un par de medias.

Ciertamente, se trataba de aquella habitación otra vez. El mismo cuarto en el que había despertado después de la noche del *incidente*. La misma puerta que daba al cuarto de baño, la misma fotografía encima de un desordenado escritorio. Aunque, ahora que por fin podía decir que conocía a la mujer de la foto, no estaba seguro de reconocerla con aquella sonrisa tan natural

y la ropa de colores. Nunca he sido muy asiduo al juego, pero habría apostado todo lo que tenía a que no eran la misma persona, a que un antes y un después las separaba.

La habitación era espaciosa, las cortinas brumosas y la cama tenía algo de señorial en su composición, con aquella colcha blanca y los rebordes dorados, perfecta de tamaño para que todos los maridos de Elizabeth Taylor pudieran dormir juntos y a pierna suelta mientras compartían anécdotas sobre ella. Bueno, tal vez he exagerado un poco, pero Richard Burton siempre podía irse al sofá. ¡También tenía un sofá en la habitación! Marrón, de cuero, enfrente de una televisión. Me sentí pequeño como pequeño era mi cuarto, del mismo tamaño que mi cama, en la que mi señorita Rochester nunca hubiera estado cómoda. «Esos pensamientos, Andrew», me dije inmediatamente.

—De acuerdo —me interrumpió la dueña de la casa, sentándose en el mencionado sofá y encendiendo un cigarrillo. También fumaba—, aquí estoy. No podemos salir de esta habitación hasta mañana y te debo una enorme, así que dispara.

Sus cualidades, además, incluían una gran clarividencia a la hora de entender a quien le rodeaba y podía oler mi curiosidad por ella desde el otro extremo de la habitación. Me froté las manos metafóricamente y me uní a ella en el sofá. Fingí valorar mi primera pregunta como el que decide tomar la píldora azul o la roja con intención de martirizar a mi compañera.

—¿Quién es Jackson? —pregunté por fin.

—Jackson es un tipo con el que salía —contestó.

—¿Y por qué lo dejasteis?

—Porque ya no quería salir con él.

—¿Y por qué saliste con él en primera instancia?

—Porque quería salir con él.

Era frustrante, era hermética. Era el diablo con medias.

—¿Ese es tu tipo?

—¿No puede serlo?

—Claro que puede. Es solo que... no sé, esperaba más —confesé.

—Oh, ¿te he decepcionado, cielo? Las personas no somos ningún galimatías, ¿sabes? Solo somos traumas con patas y eso hace que en el fondo todos estemos cortados por los mismos patrones. ¿O me equivoco? Apostaría lo que fuera a que hay un porqué para ese miedo irracional a las mujeres tuyo. ¿De pequeño eras feo o gordito y nadie quería salir contigo? ¿Fuiste el pajillero del grupo hasta que te salieron los abdominales? ¿Fuiste la Molly Ringwald de tu pandilla, con vestido rosa y todo?

Aquel no era un tema que quisiera tratar a la ligera, así que hice lo necesario por evitarlo y rodee la montaña como pude para que semejante buitres en camión no sospechara que todavía había más carnaza y soltara de una vez mi cuerpo medio muerto.

—No era muy guapo que digamos. Tenía granos, mi pelo era muy rizado, estaba demasiado delgado y puede decirse que era algo inocente.

—¿Solo algo? Porque si cumpliera uno de tus deseos y terminara haciéndote todo lo que Jackson piensa que estoy aquí haciendo contigo, me da la sensación de que antes de acostarnos

me tocaría darte clases de Biología.

—Hice muchas tonterías por gustarle a muchas chicas.

—Cuéntame una —me ordenó bajo el manto de una confianza extraña que mi señorita Rochester ya lograba intuir.

—Pues, por ejemplo —sí, yo también podía intuirlo—, me apunté a clases de baile.

—No puede ser.

Ava se alimentaba de mi vergüenza como los dioses en el ágape más succulento.

—Sí. Y cuando aprendí a bailar swing, merengue, vals, yo qué sé, terminé descubriendo que para la gente de mi edad bailar era restregarse en una discoteca.

—*Beatus ille*. El buen restriegue en la discoteca —contestó volviendo la vista atrás y recordando, obviamente, sus mejores momentos subida a alguna tarima pegajosa—. No me quiero imaginar cómo aquello acabó con tus ilusiones de mojar.

—También me apunté a teatro —empecé a cogerle el gusto a eso de reírme de mí mismo y no me resistí a continuar—, y cuando creí que podría besar a Jessica Klaus, la chica más guapa de mi curso, ¿qué crees que pasó? Fue la única vez en la historia de *Romeo y Julieta* que ella prefirió morrear con Mercucio mientras Romeo se comía los mocos.

Aquel chiste consiguió un rebuzno bastante vergonzoso por parte de mi señorita Rochester, que hasta entonces había intentado reírse como una persona normal y que ya no podía contener más su auténtica risa. Sí, de acuerdo, puede que me hubiera reído de aquel rebuzno, ¿quién no lo hubiera hecho?

—Lo más gracioso de esa anécdota es que tú fueras Romeo y no el apuntador —me reprochó con maldad.

Por desgracia para mí, Ava Rochester parecía ser de esas personas vengativas que no dejan pasar una, así que acepté aquel hachazo como un hombre y seguí adelante.

—¿Y por qué le tienes miedo a las mujeres? Todavía no me ha quedado claro.

—Te recuerdo que estamos aquí para hablar de ti, no de mí. Cuando yo te pida que te hagas pasar por mi novia, entonces podrás preguntarme lo que quieras.

—Así que es un tema delicado. Me interesa.

Coloqué de nuevo sus cartas sobre la mesa y retiré las mías.

—¿Por qué te gustan ese tipo de tíos?

—¿Esa es la pregunta que quieres hacerme? ¿No preferirías preguntarme directamente por qué no me gustas tú?

Tenía un don para colocarme en medio de un escenario, en esa terrible función de cuarto curso, sin libreto cerca que poder leer. Tenía un don para borrar de un plumazo todo lo que sabía sobre lenguaje, sobre interacción con otras personas, ¡incluso cómo usar ese mecanismo que lleva a uno a pensar! Me dejaba sin palabras cuando quería y cómo quería, y no le costaba nada.

—Déjame pensar: no —respondí.

Puede que ambos nos fuéramos a pasar toda la noche en aquel lugar pero, como la Cenicienta, yo tenía una hora límite para interrogar a mi príncipe.

—Lo estás disfrutando, ¿verdad? —preguntó ella, antes de valorar qué quería contar y qué no.

Lo cierto era que, y no quiero parecer demasiado presuntuoso, aquel *boyscout* del que tanto se reía había comenzado a convertirse en una de las pocas personas con las que podía hablar en Rosewood. Como era de esperar, Rochester no era una persona que hiciera amigos fácilmente, y lo más parecido a una amistad se había quedado en su ciudad natal, que visitaba lo menos posible por cuestiones personales que no sabía si contar o no.

—Cuando era pequeña —comenzó, mirando a la nada con hastío. Conocía de sobra la historia sobre su propia vida y volver a ella parecía gustarle tanto como a mí una patada en la entrepierna, así que prefirió contarla casi ajena a sí misma y a toda emoción, casi como si fuera poco más que el resumen de un pésimo drama televisivo que se convierte en una comedia todavía peor—, mi padre nos abandonó. Y mi madre, en lugar de ser una madre, empezó a traer hombres a casa. Supongo que después de criar a una mocosa, debía pensar que le tocaba disfrutar su vida de nuevo, o quizás es que no sabía estar sola —resopló, antes de continuar—. Pero una niña de trece años está de todo menos criada, ¿no crees?

¿Qué podía aportar yo, que siempre había tenido una familia realmente unida? Eso hizo que me limitara a escuchar.

—Mi madre tenía un gusto horrendo. Traía a hombres de la peor calaña y a mí me acababan de crecer las tetas, así que esos tíos me prestaban más atención que mi propia madre.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pues ya me imaginaba lo peor.

—Por suerte nunca me hicieron nada. Supongo que siempre he dado miedo, hasta de pequeña. Pero no sé, creo que me empezó a gustar que me hicieran caso ese tipo de tíos. De todo lo que podía heredar de mi madre, me dejó el mal gusto en hombres y las mismas ganas que tenía ella de no tener hijos.

—¿No quieres hijos? —pregunté, sin creérmelo.

—¿Como soy mujer tengo que quererlos? Arruinarle la vida a un niño no está entre las cosas que quiero hacer antes de morir.

—Me parece bien que no quieras tener hijos, no lo decía por eso. Es que... —no sabía si decirlo— te he visto dando clase.

Rochester abrió los ojos de par en par y se mofó de mí.

—¿Me has visto? O sea, que me has espiado.

—Solo quería hablar contigo, nada más.

—¿Y qué estaba haciendo para que te sorprenda que no quiera tener hijos?

—No es lo que estuvieras haciendo. No sé, supongo que fue la sensación que me dio viéndote tratar a tus alumnas.

—Andrew, no soy Jolenne Collins, que seguramente querrá tener cinco hijos pelirrojos como ella a los que ya les habrá puesto nombre.

Los dos empezamos a fantasear con lo mismo —o eso creí en aquel momento—, de forma inevitable. Y de forma inevitable también nos lo comunicamos el uno al otro con la mirada antes de hablar:

—Jonathan, James, Joseph, Jill y Julia —me adelanté a decir, esperando una réplica a los nombres que, seguramente, Jolenne Collins ya tendría planeado ponerle a sus hijos.

—¡Qué va! —me contradijo ella—. Escucha y aprende: Lestat, Polidori, Mortdecai, Van Helsing y Ada.

Si la risa porcina de mi compañera había sido mofante, no esperaba nada distinto de la mía en aquel momento. Yo había intentado bromear sobre los cinco nombres que Jolenne Collins le habría puesto a sus hijos y creí que Ava me sorprendería con mi mismo pensamiento, pero casi parecía que estaba citando los nombres que ella misma le habría puesto a sus propios hijos en ese circo de sarcasmo absurdo que era siempre su vida.

—¿Ada? ¿Qué tiene de gracioso Ada? —le pregunté.

—Nada, es bonito. Y se parece a Ava.

—¿Llamarías a tu hija Ava?

—No, la llamaría Jolenne —bromeó.

Una bola de pelo marrón con la barriga blanca se acercó a nosotros y descubrí que mi señorita Rochester vivía con un minino.

—Hablando de nombres —me dijo—, el suyo es Eyre. ¿Este lo pillas o tampoco?

¡Así que así sonaba yo cuando me creía más listo que el resto por saber de dónde venía el nombre de una cafetería que no le importaba a nadie!

—¿Como tú eres Rochester, ella es Eyre?

—Veo que no hace falta que te lo explique —me contestó mientras acariciaba a su gata, rota a ronronear.

—Que poco confías en mis conocimientos, te recuerdo que yo soy el de Lengua y Literatura.

—Sí, pero como se te da tan mal la lengua, pensé que a lo mejor la Literatura se te daba igual de mal.

Puse los ojos en blanco mientras Eyre vagaba por el sofá reclamando la atención de su dueña, que la colocó finalmente sobre sus piernas. Volví a ver, allí mismo, a esa señorita Rochester maternal que ella misma se negaba a aceptar.

—Bueno, ya te he contado mis miserias. Supongo que lo bueno de la edad es poder mirar las cosas con perspectiva y entender lo que eres, basándote en lo que tuviste o te faltó. Como armar un puzle o ser psicólogo o jugar al jodido cluedo. Yo qué sé.

Me sorprendió que no solo se le diera bien leer a los demás, sino que supiera hacerlo también consigo misma. No todo el mundo es capaz. No muchos se atreven a mirar dentro por miedo a quedarse ciegos. La gran mayoría prefiere no pensar, generar un ruido blanco continuo que les ponga a salvo del silencio revelador de sus almas: salir, emborracharse, el gimnasio, las discotecas, las drogas. Y Ava Rochester, a quien hacer todas esas cosas le hubiera venido como anillo al dedo, prefería entenderse a escapar de sí misma, conocerse antes que huir de lo que era, por si alguna vez su comportamiento la pillaba desprevenida o sus decisiones le generaban las situaciones más descabelladas. Aunque no había tenido mucha suerte con ese autoconocimiento, pues algo me decía que no por ello su capacidad de toma de decisiones funcionaba como la brújula que apunta al norte.

De nuevo, retomó aquella mirada perdida y yo, tonto de mí, me acerqué a ella con intención de abrazarla. Como si no hubiera aprendido ya la lección.

—¿Qué coño haces? Ni te me acerques. No soy una niña a la que puedas mimar cuando está triste. No quiero un abrazo tuyo, lo que quiero es que me cuentes tu mierda para no sentirme sola.

Ni una sola palabra cruzó mis labios y noté que mi señorita Rochester comenzaba a sentirse realmente estúpida, demasiado vulnerable por haberle contado sus penas a alguien que no podía ofrecerle lo mismo, generando en ella de todo menos confianza. «Muy bien», musitó mientras abandonaba el sofá, quitándose la bata, abriendo la cama, metiéndose dentro y apagando una luz que ocultó el halo de rencor que la rodeaba.

Me convertí en una silueta en la oscuridad, vislumbrada solo a medias gracias a los reflejos de la luna. Entendí, después de unos minutos, que no era fácil saber lo que una persona ajena a mí podía estar pensando realmente y que tenía la suerte de que mi señorita Rochester era tan directa que hasta dolía.

«Lo que quiero es que me cuentes tu mierda para no sentirme sola», fue una frase que resbaló por las paredes de mi cabeza con el eco profundo de la voz de aquella mujer. Ni siquiera Eyre, que no dudó en unirse a su dueña en la cama, quería estar con un idiota como yo.

Al amparo de aquel silencio y dejando que la luna nos observara, me acerqué a la cama y me senté a su lado. Todavía me daba la espalda.

—Tengo una hermana. Emma, se llama Emma —comencé.

Ava, que había cerrado los ojos, volvió a abrirlos. Escuchó como escucha el destino cuando jugamos nuestras cartas: en silencio y atentamente.

—Una noche salió con unos amigos. No es que sea una santa, siempre ha sido como cualquier otra chica de su edad, haciendo cosas impulsivas a veces, siendo responsable otras. Esa noche salió, como hacen muchas, y volvió sola a casa, como también hacen muchas.

Todavía podía dejarlo. Todavía podía no decir nada. Entonces mi señorita Rochester notó aquel alto en el camino, la enorme roca que debía sortear. Se dio la vuelta y, todavía agazapada, se pegó a mí. Cosa que a Eyre no le hizo mucha gracia, pues la estaban sustituyendo por un desconocido.

Al contrario que parecía sucederle a la esquiwa de Rochester, cualquier gesto era siempre de agradecer para mí, y aunque mi compañera no fuera como yo, estaba aprendiendo a escuchar la melodía de mi corazón y añadía una segunda voz con sus gestos en las partes donde yo no llegaba.

—Yo estaba con una chica. Ligando, cuando todavía sabía hacerlo. Entonces me llamaron del hospital. Me llamaron una y otra vez al móvil, en medio de una discoteca a todo volumen y yo..., ni siquiera sentí la vibración. Estaba ahí, bailando y bebiendo como un idiota, y a mi hermana la acababan de violar.

No importaba lo mucho que Ava intentara no dejarse llevar por sus emociones la mayor parte del tiempo, porque lo cierto es que cuando violan a una mujer es algo que les duele a todas.

—Sé que es egoísta poner el foco de atención en mi sufrimiento y no en el suyo, pero durante algunos años no fui yo mismo. Solo quería estar allí. Ayudarla, hacerlo todo más llevadero.

—¿Y cómo está ahora? —habló por fin.

—Bien, creo que bien. Tiene novia y... bueno, lo cierto es que fue ella la que me consiguió el trabajo en Rosewood. La muy idiota debe sentirse mal porque aplazara mi vida por aquello.

Sentí un silencio pesado y pensé que tenía que ver con su siguiente pregunta, pero lo cierto era que Ava detestaba que a otros les regalaran las cosas por las que ella había tenido que esforzarse. Como su puesto en aquella academia, por ejemplo.

—¿Y tú? —me preguntó.

Se incorporó, posando una mano en mi espalda y apoyando su mejilla también en ella.

—Yo estoy bien.

O eso quería creer.

—¿Estás bien, pero tu cuerpo y tu mente no son capaces de lidiar con una situación en la que debas acercarte a una mujer de forma romántico-sexual?

—Es que... —volví el cuello y la miré. Al menos, esa versión translúcida de ella que la luna me permitía captar, tenue como un fantasma— cuando pasó no dejaba de pensar en que yo mismo había insistido a mujeres en más de una ocasión hasta la extenuación para que me hicieran caso o para conseguir algo de ellas. Porque al principio solo quieres eso, ligar, y siempre es más inocente, pero cuando pasan los años y ves que todo sigue igual y que sigues siendo el mismo pringado que no consigue nada, ni siquiera que le tomen en serio, terminas pasando por alto comportamientos propios que no deberías con tal de conseguir *tu objetivo*, ¿me entiendes? Y pensé que con demasiadas copas encima todos nos parecemos más de lo que me habría gustado reconocer —hice una pausa que ayudó a mi señorita Rochester a entender a qué me estaba refiriendo exactamente, la dolorosa comparativa que estaba intentando plasmar—. Ese sentimiento me hizo enfermar. No es tanto el miedo a una mujer como...

—¿El miedo a ti mismo? —concluyó mi frase, extrayendo aquel pensamiento directamente de mi cabeza.

La habitación estaba fría, pero aquello no era excusa para que mi cuerpo comenzara a temblar levemente como bien hizo. Algo que Ava sintió con suma facilidad, apoyada en mi espalda como estaba. Yo sé que le costó, pero me envolvió con sus brazos casi sin pensarlo, con una naturalidad genuina y generosa, que terminó tumbándonos a los dos sobre la cama. Y sé que si la luz no hubiera estado apagada, si la oscuridad no nos hubiera ayudado a despegarnos de la realidad, es algo que nunca hubiera hecho.

—Qué exagerado estoy siendo, ¿verdad? —pregunté, acomodado ya en sus brazos—. Es tan fácil como marcar una línea entre lo que está bien y lo que no, y cumplir con lo que uno se propone.

—No siempre es tan fácil cumplir con lo que uno se propone, o no atravesar esas líneas que nos autoimponemos. ¿Crees que a mí me gusta ser como mi madre? Joder, no. Y mírame, perdiendo el tiempo con idiotas y renegando de querer hijos.

Semejante conversación habría dado más de sí si ninguno de los dos hubiera caído en las redes de Morfeo, pero, en ocasiones, es irónico cómo uno puede sentirse tan cómodo aún en las conversaciones más incómodas.

Lo que es innegable es que liberar lastre siempre ha sido reconfortante para el alma y que es

imposible no encontrar cierta paz tras ello, sea en los brazos de quien sea. Y si es en los de quien no deberías, casi mejor.



El funeral

«Consuélame si quiero.
Y si no quiero, también»

Un par de días sin tener noticias de mi señorita Rochester fue más que suficiente para que me sintiera inquieto, preocupado incluso. No la había visto por los pasillos, tampoco en su clase. Hasta volví a entrar en su blog, culpable por colarme en lo más parecido que podía leer a un diario, pero nada. Temí incluso que aquella noche tan confusa de confesiones inesperadas hubiera conseguido alejarla de mí. Porque si yo no estaba contento conmigo mismo, ¿cómo conseguir que ella sintiera algún tipo de simpatía? Me pregunté también, intentando abarcar todas las posibilidades, si no tendría miedo de mirarme a la cara después de haberme contado ciertos detalles de su vida que, seguramente, no tenía intención de confesar a nadie de su trabajo, mucho menos a alguien que acababa de conocer.

Y entonces ocurrió:

—¿Qué tal está Rochester, Andrew? ¿Sabes algo? —me preguntó la directora de la academia, la señora van der Beek.

¿Saber algo sobre qué? Mi silencio y el gesto de confusión hablaron por mí.

—¿No te lo han dicho? Pensé que ya te habrías enterado por algún profesor. Su madre ha muerto, así que se ha cogido una baja. ¡Cuatro días nada menos! A veces le das la mano a alguien y te coge el brazo.

«Valiente pécora», pensé. Aquello era lo normal en caso de fallecimiento y, aun así, ¿quién es capaz de superar algo semejante en cuatro malditos días? Sin pensármelo dos veces, salí de allí intentando apurar la jornada lectiva todo lo que pude. Hasta aplacé reuniones con los padres para así poder presentarme en casa de Ava lo antes posible.

—Vaya —contestó ella al abrir la puerta—. Así que ya te has enterado.

Aquella tarde no llevaba camisón, sino uno de esos pijamas de franela tan horribles como calientes, y las enormes gafas negras que yo ya conocía.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Pero Ava no contestó. Se limitó a regresar a la mesa de su salón, que estaba repleta de papeleo, dejando que yo entrara por mi propio pie.

—¿Quieres un café? —me preguntó.

Asentí y la acompañé hasta la cocina, que estaba pegada a la entrada y conectaba con el salón —tal vez la habitación fuera enorme, pero nadie culparía al arquitecto que ideó los planos de querer aprovechar espacio—, siendo una copa de vino en la encimera lo primero que llamó mi atención.

—Oh, vamos, es de la cena de ayer —mintió—. No tengo el cuerpo para emborracharme. —Y luego lo pensó, después de mentirme por segunda vez—. ¿Debería? Significaría que me importa

mínimamente, supongo.

—Pensé que te encontraría peor, eso desde luego. O tal vez no, ahora que lo pienso. Uno nunca sabe con qué *señorita Rochester* se va a encontrar.

Supuse que no podía haber metido más la pata desvelando aquello, esa forma de dirigirme a ella que había terminado adoptando del resto de profesores, agarrándome al hecho de que su manera de hacerlo carecía de auténtico respeto y la mía casi lo desbordaba. Más adelante me daría cuenta de que todavía podía meterla un millón de veces más, y con cosas peores.

—*Señorita Rochester* —se rio—. ¿Me llamas así? ¿Como si fuera tu profe, cielo?

Ambos nos reímos sin poder evitarlo y no supe si preocuparme porque Ava estuviera riéndose después de la muerte de su madre o sentirme aliviado porque lo hiciera.

—¿Y cómo pasó? Si no es demasiado preguntar.

—Pues como debía haber pasado. Se emborrachó y cogió el coche. No era la primera vez, tampoco su primer accidente. Pero ¡sí el último! —bromeó, con una facilidad que daba miedo.

Lo visualicé enseguida: aquello no era bueno, y mi rostro así lo debió mostrar también, con un gesto de circunstancias.

—Anima esa cara —dijo, pasándome el café—. La que tiene que hacer un montón de papeleo soy yo. Ni muerta me la quito de encima.

Que Ava Rochester preparaba un café terrible fue mi descubrimiento de aquel día.

—Pero, ¿cómo puede saber tan mal este café? —pregunté, sorprendido, con mis papilas gustativas intentando lidiar con semejante agua de cloaca—. ¿Cómo puede ser que bebas esto y al mismo tiempo bebas el café que yo te llevo?

No pudo evitar reírse de mi descortesía.

—Pues porque este es de los normales, de los de mantenimiento, y el que tú me traes es de los buenos. Si el que tomo todos los días para funcionar fuera de los buenos, entonces no habría buenos, serían todos iguales.

¿Qué sentido tenía esa frase? Serían todos buenos y eso significaría no tener que beber ese agua de alcantarilla. Tendría el doble de cosas por las que dar las gracias en su vida.

—¿Sabes? —comencé—, estos días he pensado que estabas evitándome. Pero resulta que soy un paranoico y...

—Y mi madre se ha muerto, sí. Pues ya lo sabes. Aunque, si me hubieran dado a elegir, habría preferido darte esquinazo. Pero, espera, ¿evitándote por qué?

—Bueno, no sé. El otro día dormimos juntos y te largaste de tu propia casa antes que yo, que era el invitado. Da la sensación de que todo lo que signifique mostrarse mínimamente vulnerable es algo a lo que le tienes alergia.

—Es verdad, tienes razón —resolvió veloz, sin darle importancia—. Entonces es genial que se haya muerto mi madre y no tener que hablar sobre ese tema.

Algo fallaba. Ava sonreía, pero aquella pequeña cabaña de leños llamada subconsciente y alojada en su cabeza, echaba humo. Repetía sin cesar aquel hecho, como si todavía intentara terminar de creérselo. Las paredes de la cabaña se incendiaban y yo podía oler a quemado casi sin esforzarme, pero ella, atrapada bajo el techo que todavía seguía desplomándose, no olía nada.

Sabía que era inviable conseguir que mi señorita Rochester se dejara abrazar, así que valoré que la segunda mejor opción era dejarla sola. Sabía también que agradecía la visita, pero parecía igualmente molesta, con la cabeza en otro sitio. ¿Y cómo no? Su madre acababa de morir —que sí, que ya—. Así pues, alargué una vacua conversación unos minutos más y, cuando estuve seguro de que molestaba, me convertí en polvo y desaparecí.

Para mi asombro, cuando salí de aquella casa y ya en mitad del camino hacia la mía, recibí una llamada de mi señorita Rochester, que no sabía dónde había conseguido mi número de teléfono.

—Oye, se me ha olvidado preguntarte si vas a venir al funeral. Es en Arendtown —preguntó casi con todo el orgullo que le cabía en el cuerpo.

—Si no te molesta, pensaba pasarme en algún momento, sí. Aunque no sepa dónde está Arendtown.

—Recógeme y vamos juntos —sugirió. No, ordenó. Antes de colgar abruptamente.



La lluvia caló en los corazones de todos al día siguiente, muy a pesar del calor. Y gracias a Dios, pues hay situaciones en las que el sol resulta casi ofensivo, como ofensivos pueden llegar a ser los pájaros celebrando su dicha en mitad de un funeral.

Paraguas en mano, golpeé suavemente la puerta de Ava, que no tardó en salir. Aseguró que tenía el coche cerca y ambos nos acercamos bajo mi paraguas. Una vez dentro del coche, me fijé en ella. Llevaba un vestido negro bastante corto que se ajustaba a su cuerpo con suavidad, resaltando sus labios con el carmín.

—¿Vamos a una fiesta y no me he enterado? —pregunté.

—¿Por qué lo dices?

—Pues por cómo vas vestida.

—¿Qué pasa? La muerta es ella, no yo. Hoy más que nunca es cuando uno debe celebrar seguir vivo, ¿no te parece?

—¿Y eso vas a hacer? ¿*Celebrarlo*? —pregunté haciendo un gesto con la mano que se tradujo bastante bien como empujar el codo.

—Me estás juzgando. Para ya, ¿vale? —Ya no parecía del todo contenta por haberme invitado.

—Es solo que, no sé, quizás deberías detenerte un momento y permitirte sentir algo.

—El viaje es largo y no quiero escucharte hablar más —me interrumpió.

Manipuló la radio y se aseguró durante todo el viaje de que la música no se atreviera a hacerla sentir triste o culpable. Ese momento ya llegaría, desde luego. Ava solo estaba acurrucada en esa calma que precede a la tormenta.

Cuando el coche se detuvo frente a la casa de la señora Rochester, los dos salimos, y entonces me detuve yo también para observar la actitud de su hija antes de entrar. Casi sentí como propia la tensión que Ava generaba en su mandíbula, causa de todo aquel asunto peliagudo que ya no podía evitar más.

—¿Quieres que entre yo antes y te deje sola un rato?

—No —sentenció ella, sujetándome del brazo—. Preferiría que no me dejaras sola, la verdad.

Pero aquella petición parecía más sencilla de hacer que de cumplir. En cuanto Ava entró por la puerta, todos reclamaron su atención y ella se dejó convencer con facilidad, abandonando mi brazo a duras penas.

Tras una hora de velatorio, todos pidieron que su hija dijera unas palabras y yo intuí un enorme desastre como el que pronostica un huracán.

—¿Qué puedo decir de mi madre? —se preguntó ella en voz alta mientras todos los presentes la observábamos atentamente, intuyendo lo poco que le gustaba ser el centro de atención y cómo eso la obligaría a endurecerse todavía más y a bromear cuando no debía para fingir que no le importaba nada—. Me llamó Ava porque ella insistió, eso lo sé. Creía que ponerme el nombre de una estrella me convertiría a mí en otra. Tal vez pensando en que así podría vivir a mi costa como había vivido a costa de todos los hombres con los que había estado. La decepcioné pronto, cuando quedé segunda en mi primer concurso de belleza. Pero lo cierto es que ella me había decepcionado mucho antes, como madre. Así que podría decirse que estábamos en paz. Salvo, quizás, porque una niña puede permitirse cometer más errores que un adulto. Aunque los que la conocen saben que nunca fue muy adulta. Era manipuladora, egoísta, y no se le daba muy bien eso de querer a las personas. No, al menos, demostrarlo —como no se le daba bien tampoco a Ava hacerlo. Herencia familiar, parece ser—. Vivía como si se mereciera algo mejor, pero ahora está en una gran caja de madera.

Intuí que la intención de Ava con aquella diatriba era llegar a alguna parte, pero su discurso se torció cuando se quedó en blanco. No había nada que pudiera decir bueno de su madre, así que ¿para qué gastar saliva? Finalizó levantando su copa, sin llegar a término y, lentamente, el resto de invitados hizo lo mismo, sin entender del todo qué había salido mal en aquella intervención.

No pude evitar ir en busca de mi señorita Rochester. Piqué en el baño, miré en la cocina y, finalmente, subí unas escaleras que me llevaron a una habitación bastante pubescente.

—¿Me buscabas? —preguntó ella, sentada en la que había sido su cama, fumándose un cigarrillo y apartando el humo, como si intentara esconderle aquel vicio insalubre todavía a su madre, a pesar de no estar viva.

—Siempre tan egocéntrica.

—Y siempre tan acertada, supongo —dijo haciéndome un hueco y esperando a que me sentara para apoyarse en mi hombro.

—El discurso ha sido... espantoso, la verdad —le dije.

—Sabía que te gustaría.

—Así que esta era tu habitación. Pósteres de Evanescence y Victoria Francés. ¿Por qué no me extraña?

Y no lo hacía. No me extrañaba la idea de una joven Ava Rochester como el proyecto de una gótica frustrada que había terminado convirtiéndose en una adulta bastante cínica hasta para vestir colorida, con un alma oscura a juego con su yo adolescente. De esas que seguramente se divertía con una ouija todas las noches antes de irse a la cama y que esconde, en alguna parte de su cuerpo, sus tatuajes de niña rebelde.

—Algo tenía que poner después de que tú te quedaras con todos los de Barbie —bromeó.

—Qué tontería. Yo siempre he sido más de la Nancy.

—Sí, era más clásica, tu tipo de mujer.

La miré de reojo. No había tardado mucho en cuestionarme mis gustos desde que la había conocido.

—Bueno, nunca es tarde para madurar —contesté.

—Excepto para mi madre —me replicó ella—. La verdad es que han existido muchas Avas a lo largo de los años. Quiero pensar que soy la mejor de todas ellas, pero, en momentos como este, cuando debería estar llorando por una pérdida así, me doy cuenta de que a esta Ava le falta algo que murió en alguna de las anteriores.

Me decidí de nuevo a abrazarla, por peligroso que fuera aquel atrevimiento. Para mi sorpresa, no se apartó. Dejó su cigarrillo en un cenicero sobre una mesita y se hundió en mi abrazo.

—Llevo tantos años intentando que las cosas no me afecten, que creo que ya nada lo hace. O sí, no lo sé. No quiero tener que perdonar a mi madre simplemente porque haya muerto. Una parte de mí está luchando por beatificarla y eso me enfada y me frustra. Me parece injusto.

—¿Y por qué no intentas hacerlo? —contesté, intentando ser útil—. ¿Por qué no intentas ayudarte a ti misma? Si siempre te ha hecho tanto mal, su sombra tampoco te dejará avanzar.

—No puedo, Andrew. Porque no puedo volver atrás. Nadie me va a devolver esa infancia feliz que nunca tuve antes de que todo se torciera más con los años. Llegan los desamores, las desilusiones, el cinismo. Todo se rompe todavía más y es necesario una base bien sólida para no resquebrajarte del todo, ¿no crees? Algo que resista, que te sostenga. Supongo que tú sí tuviste una buena infancia y que tus padres y tu hermana te querían.

Asentí en silencio, casi culpable por hacerlo.

—Las personas —comencé de nuevo, muy a pesar de no entender por lo que ella podía estar pasando— no nos apoyamos únicamente en esas bases de nuestra infancia de las que tú hablas. Nos ponemos también en manos de las personas que nos quieren y nos cuidan, y dejamos que nos sostengan y que nos venden las heridas. Eso de la sangre y la familia solo es una mentira sobre la que muchas personas todavía necesitan apoyarse y por eso todavía no nos atrevemos a desmitificarlo con la boca bien abierta.

Allí, con mis brazos rodeándola, aquello casi parecía un ofrecimiento, *vendarle las heridas*. Ava contestó alzando el rostro para mirarme y noté cómo se preguntaba si no era a mí a quien necesitaba en aquel momento, como el sol que presta sus rayos a la gélida luna. No por un capricho sinuoso de dos cuerpos entrelazándose, sino por ese halo de familia funcional que imprime todo su calor en el ser querido, y que parecía rebosar en mí, usándome para nutrirse de ese fulgor acogedor.

Así fue como se acercó con cautela a mis labios y me robó el primero de varios besos. Y yo, culpable como me sentía por haberla incitado a besarme, me separé.

—No creo que sea el mejor momento —le dije.

—¿Por qué no estoy en mis cabales? El único día del año en que no he bebido una gota de vino.

Mentía. Como si no acabara de saborear aquella mentira de su propia boca.

—Da igual, Ava, no es justo. No estás bien y yo no quiero aprovecharme de ello.

—En realidad era yo la que pensaba aprovecharme de ti. Para sentirme mejor.

Débil como siempre he sido con las mujeres, me volví a dejar besar mientras pensaba en aquello, pero ella notó enseguida que mis besos eran cerrados, escuetos, hirsutos.

—Ayúdame —me pidió, sentándose sobre mí a horcajadas—. Por favor.

Sentí una responsabilidad que yo mismo me había cargado a las espaldas. No quería hacerle creer que por volar cerca del sol iba a sentir el calor de sus rayos calentando su corazón, saboreando así durante unos instantes el cariño familiar con que a mí sí me bendijeron, pero que a ella se le había estado negado toda su vida.

Volvió a besarme con una delicadeza íntima que me desconcertó. A través de aquel beso, Ava me había dejado intuir muchas de sus heridas, como el ciego que solo ve a través de sus dedos. De sus labios, en este caso.

La habitación, los pósteres, ese olor a infancia... Estaba seguro de que Ava se sentía casi como una niña en aquel momento, despertando una devoción prístina de épocas menos amargas. De cuando los amores eran puros e inocentes y una podía pasarse horas besando a la otra persona. De cuando el estómago dolía, no por el deseo de la carne, sino por las mariposas que revoloteaban.

La abracé de nuevo y después me dejé llevar por la línea de su cuello, depositando besos como el que planta semillas, esperando que algo florezca. Ella sintió pronto aquellas nuevas flores que nacían del contacto con mi piel y una sonrisa delicada bañó su rostro un instante. Me volvió a besar, tumbándome sobre la cama. Al cabo de unos cuantos besos más y al amparo de varios suspiros, Ava se descoyuntó emocionalmente. Yo la miré, intentando entender qué podía sucederle.

—Es que siempre hago esto. Esta es la forma en que siempre lo estropeo todo. Y tú, ahora mismo eres...

Le costaba tanto decirlo.

—Eres de las pocas cosas buenas que tengo y no quiero estropearlo.

La abracé de nuevo y entonces logró soltar las lágrimas suficientes como para recordar que tenía sentimientos.



Las costumbres

«No te acostumbres a mis besos»

¿Cuántos son los días necesarios para sanar un corazón herido? ¿Cuántos para dejar de llorar? Cuatro, que son los que más o menos se ofrecen en situaciones de defunción, nunca serán suficientes. Para algunas personas, además, ese corazón no terminará de sanar nunca, e irá arrastrando un río de sangre de forma crónica por no haber colocado bien los apósitos a su debido tiempo. Por haberse curado mal. Por haber dedicado unos irrisorios días a algo que necesita infinitamente más tiempo. Pero, ¡la rueda debe seguir girando! Y no hay engranaje más solicitado que el ser humano, que se presume de evolucionado y ya ni siente ni padece de lo alienado que está. Un cazador presa en su propia trampa.

Tuve miedo de encontrarme así a mi señorita Rochester, presa de una cárcel de cuatro paredes a la que antes solía llamar hogar y necesitada de algo más que de soledad.

Aquellos días volví a entrar, con la vergüenza quemándome las orejas, en su blog, esperando encontrar algo que me diera pistas sobre su estado de ánimo. Pero cuando me las volví a ver con la misma entrada que llevaba varada ya varias semanas, decidí presentarme en su casa con dos cafés en la mano —de los buenos, de los de verdad.

—Ah, eres tú. Pasa —me dijo.

Otra vez el pijama de franela, otra vez las gafas.

—Estoy algo ocupada —reconoció mientras volvía a sentarse delante de la televisión y cogía el mando de la videoconsola de turno—. Oh, has traído café. Me vendrá bien. No he dormido demasiado —confesó sin mirarme, absorta como estaba en un ocio que parecía hacer las veces de chaleco salvavidas para ella.

—¿Has dormido, acaso? Porque por tus ojeras y la tensión con que sujetas ese mando, me atrevería a decir que no.

—Lo he intentado, pero no quería beber o tomar pastillas. Al final me he puesto a jugar a este juego y PUF, ya era de día.

Ava Rochester, conocida entre los profesores por su leyenda de mujer inalcanzable y *femme fatale* en potencia, no dedicaba sus peores noches a la botella como perfectamente habría encajado en su estereotipo *noir*, sino que jugaba a la videoconsola con el pelo sucio y chocolate en la comisura de los labios.

No me atreví a preguntarle si estaba bien. Preferí ser más diligente, por primera vez en mucho tiempo.

—Si te pones algo de ropa —comencé, observando a aquella mujer con la vista tan fija en la pantalla que estaba convencido de que no me escucharía—, podríamos ir a dar un paseo.

—Andrew, se te olvida que no soy tu novia —volvió a repetirme.

Por fin me miró, tan cortante como había sido su última frase.

—No quiero ir a dar ningún paseo contigo.

De todas las cosas que Ava hacía, esforzarse por ponerme en mi sitio parecía ser la más cansada de todas, y ese esfuerzo desmesurado hizo mella en mí, que, aunque decidido a querer ayudarla, también era de carne y hueso. Así fue como cogí mis cosas y desaparecí por la puerta. ¿Y a que no os lo imagináis? Por el camino me enganché con una rama especialmente molesta que no quería soltarme.

—Lo siento —se disculpó una Ava todavía en su pijama de franela en mitad de la calle, sujetando mi brazo—. Podemos ver una película. Si te parece bien.

Que mi señorita Rochester me buscara y no solo me rehuyera, me dio renovadas esperanzas, pues aunque no pretendía domar a ninguna fiera, ni ser su Lucencio o ella mi Catalina, sí quería por lo menos entenderla y ayudarla. «Y besarla», me dije vagamente antes de sentirme avergonzado por pensar en lo que no debía.

—¿Qué película quieres ver? —me preguntó ella, ya en su sofá—. ¿*Cincuenta sombras de Grey*, *Titanic*, *Dieciseis velas*, *Pretty woman*?

—Supongo que la gracia de ese comentario es que es el tipo de películas que crees que me gustan.

Y Ava, como si se hubiera hecho a sí misma excesiva gracia, asintió mientras se reía.

—¿No será que quieres ponerme *Cincuenta sombras de Grey* para luego tumbarme en la cama como el otro día?

—Sí, y llorarte encima de la misma forma, justo lo que me pone más cachonda. Por favor, Andrew, mi madre ha muerto, ten un poco más de respeto.

Era imposible no reírse con ese peculiar sarcasmo en ella, desbordando de cada frase inesperada. ¿Cómo podía ser tan mala?

—Si quisiera usar la película para ponerte contra las cuerdas —continuó—, usaría algo más interesante. Estoy segura de que cualquiera de Gaspard Noé me valdría. Te echarías a temblar como un corderito.

—Cualquiera no. No volvería a ver *Irreversible* ni aunque me pagaran.

Como siempre, Ava había hablado más de la cuenta y no tardó demasiado en notarlo.

En 2002, Gaspard Noé tuvo la brillante idea de filmar una película tan peculiar como *Irreversible*. Una especie de plano secuencia cronológicamente inverso en cuanto a los hechos que transcurren en la película. Desgraciadamente, casi lo único que con los años se recuerda de semejante puesta en escena es una cruda y dolorosa violación grabada de principio a fin y sin corte alguno.

A Ava se le daba muy bien meter la pata, pero sentía el suficiente respeto hacia mí como para sentir también la culpa por recordarme algo así.

—Claro, es porque sale Vincent Cassel, ¿verdad? —bromeó para intentar arreglar su falta—. Cuidado con esos celos, cielo.

—Ava...

—Señorita Rochester para ti —me interrumpió, muy acertadamente, además.

—Estás vestida con un pijama horroroso, hueles a sudor, tienes el pelo sucio y chocolate en los

labios desde que he entrado por la puerta.

Avergonzada, con las mejillas ardiendo, Ava se limpió la boca y se levantó del sofá.

—¿Qué haces? ¿No vamos a ver la película? —le pregunté.

—No. Me voy a la ducha.

Antes de que me abandonara, la cogí de la mano y la senté sobre mis piernas —ya no solo era capaz de sentir la mano de Ava en mi muslo sin ponerme nervioso, sino que podía hacer lo mismo con todo su cuerpo—. Y aunque no me estaba permitido como *no novio* suyo, a sabiendas de que la peligrosa repetición de algunos actos los convertía en costumbre, no dudé en besarla.

—Déjate de tonterías y pon una película —le dije después de aquel beso.

Acabamos viendo lo menos interesante que nos ofreció la plataforma del momento y Ava, de nuevo en su lado del sofá, terminó recostándose sobre mis piernas mientras Eyre descansaba al lado de las suyas. Cuando fui a mirar, estaba dormida, y aunque su belleza aumentara en aquel estado, no tuve más remedio que despertarla.

—Creo que es hora de que me vaya.

—¿Seguro? ¿No quieres quedarte a cenar? —me sorprendió con aquella pregunta.

—¿Quieres que me quede?

—Estaría bien que alguien me cocinara —soltó, con todo el morro del mundo, intentando encubrir que sí, que todavía me quería allí.

—¿Y por qué no me cocinas tú? —le pedí.

—¿En serio, Andrew? ¿Con mi madre muerta y generaciones de mujeres invalidadas para otras cosas que no fuera hacerle la cena a su marido?

Me pregunté cómo se las apañaba siempre para conseguir lo que quería de mí y peor, para hacerme reír.

No tardé en levantarme y abrir la nevera en busca de algo que cocinar mientras mi señorita Rochester se iba a la ducha. Aunque, ¿para qué engañarnos?, en una casa que no era la mía y con la nevera casi vacía, acabé buscando el número de teléfono de un restaurante italiano y pedí varias cosas para compartir, además de una botella de vino.

Ava, que no perdió el tiempo, intentó secarse el pelo, tapar sus ojeras, espesarse las pestañas y, al mismo tiempo, intentar seguir fingiendo que no se molestaría en prepararse para cenar con alguien como yo. Pésimamente, todo hay que decirlo, pues cambió su pijama por el camisón que yo ya conocía y, al verla de nuevo en la cocina, volví a toparme con esa señorita Rochester que tanto me intimidaba.

La cena no tardó en llegar y el vino maridó perfectamente con la conversación. Maridó todavía mejor con los pensamientos de ambos, que ya estábamos desabrochando botones por aquí y bajando tirantes por allá sin que la otra persona intuyera nada. Hasta la silla de Ava, valiéndose del magnetismo que existía entre los dos, terminó imantándose a la mía.

—Creo que ya es hora de que me vaya —me la jugué, poco adepto como soy a lanzar órdagos.

—¿Seguro? —preguntó ella, que perjudicada por el vino ya no olía a sudor, pero sí a desesperación por pasar un rato más conmigo—. ¿Por qué no te quedas un poco más?

—Si me quedo más, acabaré durmiendo aquí.

El que no arriesga, no gana.

—¿Y qué problema hay? —me preguntó.

—Ya sabes, las costumbres. ¿No eras tú a la que no le gustaban?

—Bueno, Cicerón decía que la costumbre es nuestra segunda naturaleza. ¿Voy a saber yo más que un tío que tiene un busto con su cara?

Escuché las espadas que se batían en duelo dentro de ella. Por una parte, el caballero número uno luchaba por lo que Ava quería en ese momento. En el otro lado de aquel campo de duelo imaginario, el caballero número dos guerreaba por mantener intacta su integridad.

—Después de lo que ha pasado estos días, lo cierto es que me gustaría que durmieras aquí —me confesó, no muy contenta con aquella fragilidad que dejaba entrever.

Y ahí estaba. La excusa. Aquella oportuna frase que justificaba los deseos momentáneos de mi señorita Rochester, pasando por encima de esa integridad exagerada y ególatra que siempre tenía que acompañarla, pero dejándola sin un rasguño, tal vez solo un poco sucia y algo avergonzada.

Me volví a sentar y, tras beber otro trago de mi copa, me acerqué todavía más a ella, esperando que fuera Ava la que decidiera a partir de qué beso comenzaría esa *costumbre* que tanto odiaba —o a la que tanto temía—, y cuántos podrían darse hasta entonces. Me di cuenta, mientras intentaba poner la balanza a mi favor, que el miedo y la inseguridad ya no me impedían acercarme a ella. Sentí, incluso, la comodidad que me esperaba en aquellos labios que ya conocía. La costumbre, al fin y al cabo, no siempre es mala. Tal vez para ella significara el fin, dramática como era, pero para mí parecía haberse convertido en el comienzo. En aquello que me permitía tomar según qué decisiones y atreverme a según qué cosas con quien ya podía decirse que la compartía.

Volvímos pronto a la vorágine de besos suaves que ya conocíamos, pero la situación, el alcohol y una cama esperándonos nos hicieron pisar un acelerador que, si bien había matado a la madre, ¿qué no haría con su hija, acostumbrada como estaba a seguir los pasos de la señora Rochester? Así, Ava se dejó encandilar con tiernos besos en el paseo desde la cocina hasta su cuarto, y se dejó también arrullar por pacificadoras caricias destinadas a someter miedos e incertidumbres que resbalaban por su piel con suma facilidad. Tan natural fue la forma en que conseguí aquello de mi señorita Rochester, que continué dedicando mis labios y las yemas de mis dedos en aquella acción agradecida que hacía retorcerse a Ava dócilmente, tumbada sobre la cama, con cada uno de los besos que comencé a depositar en su vientre y costillas. ¡Allí lo encontré por fin! Allí estaba aquel pequeño vestigio de su faceta más alocada: el tatuaje de una diminuta rosa que intenté humedecer con mi lengua para que nunca le faltara agua. Me asombré también de que sus pétalos no se hubieran caído ya, porque su dueña no acostumbraba a tomar el sol.

—Para —suplicó varias veces, débilmente y poco convencida de ello, hasta que comenzó a revolverse.

Sé que aquella situación la hizo verme con otros ojos. Había bajado la guardia un instante y yo había aprovechado para colarme entre las paredes de aquella fortaleza que llevaba siglos construyendo, con el miedo en los huesos de que yo, con mi simple aliento de mortal, terminara derruyendo lo que tanto tiempo le había costado conseguir.

—¿Qué pasa? —pregunté, temeroso de haber hecho algo que no debía.

—Vete —contestó, airada.

—Pero...

—Vete. Lárgate de aquí. Vete de mi casa.

—Ava...

—¡Largo, joder!



El falso novio

«Sé mi novio cuando yo te lo pida»

Supongo que nadie podría haberme culpado si hubiera empezado a pensar que todo aquello era demasiado para mí. Pues, muy a pesar de mi naturaleza de guardián incansable, considero que es imposible ayudar a una persona que se niega a ser ayudada, pero mi señorita Rochester, incomprensible como era, no solo estaba dispuesta a odiarme si seguía intentándolo, sino que, contrariamente, yo intuía que me odiaría doblemente si no lo intentaba lo suficiente.

No obstante, como pudiera sucederle a cualquier persona con una vieja herida de guerra, no es fácil soportar según qué emociones con un corazón que se niega a funcionar como debe. Y puede que el hombre sea de carne y hueso, pero yo no podía evitar sentirme frágil como el cristal, y maleable de igual forma en manos de Rochester, con sus idas y venidas, con sus gestos dulces y sus desprecios gratuitos. Volví a pensar, asquerosamente negativo, si no habría sido yo el culpable de aquel desplante. Si no hubiera interpretado unas señales de dos metros y que brillaban juguetonamente conmigo, de la forma más errónea y egoísta. Aquel martirio era injusto. Injusto porque en algún momento tracé una línea que nunca diera lugar a ese tipo de dudas y, sin embargo, allí estaba, caminando sobre la dichosa línea, jugando con la arena que la desdibujaba.

Ava regresó al cabo de unos días y aquel tiempo fue suficiente para comprar un rotulador permanente y volver a dibujar mi línea: yo no estaba haciendo nada malo. Me habría gustado que hubiera preguntado por mí o que hubiera aparecido en mi clase con dos cafés. Las cosas habrían sido muy distintas. Habría agradecido aquel gesto estúpido, y mi carácter, que siempre ha tendido a la mesura, se habría suavizado con la crema de la leche.

Llamé a Emma y estuve hablando por teléfono con ella. Intenté así no pensar en Rochester demasiado. Me convencí de que el trabajo borraría mis dudas, mis preocupaciones. Ese excesivo ocio que me salpicaba de pensamientos recurrentes debía morir y cuando por fin tomé la decisión, ¿adivinais quién entró por la puerta?

—Quería pedirte un favor —dijo sin más, olvidadiza como ella sola, ajena a mis sentimientos, amarga como el chocolate.

—Tú dirás —contesté, guardando el móvil y casi sin mirarla. Ganas no tenía, eso, desde luego.

—Dos amigas van a venir desde Arendtown, con sus correspondientes parejas, y llevo un tiempo mintiéndoles. —¿Por qué aquello no me sorprendía?—. Desde hace un año les llevo diciendo que tengo pareja porque se ponen muy pesadas, la verdad. Con lo del funeral han creído que necesito un descanso y han alquilado cerca de aquí una casa para que pasemos el puente de la rosa juntos —las palabras de mi señorita Rochester se sucedían como los pasajeros de un tren que ignoran un descarrilamiento inminente.

El puente de la rosa es una festividad de varios días que coincide con el día conmemorativo de la fundación de Rosewood donde, por suerte, nadie tiene que ir a trabajar y la ciudad se llena de pequeños desfiles y absurdos conciertos.

—Espero que quieras pedirme consejo sobre qué libros llevarte para leer —le dije, sin haberme tomado el café de la mañana. Ese que ella no me había traído.

Como siempre, ignoró mi tono y continuó hablando.

—Como ya tienes experiencia haciéndote pasar por mi novio...

—No —zanjé antes de que osara intentar convencerme.

—¿Por qué no?

Hacerse la tonta era algo que se le daba muy bien. ¡Dios, soberanamente bien! ¿Era lícito que me sintiera tan manipulado? ¿Que me sintiera como el junco que se estremece hasta romperse bajo el pie del hombre? En este caso, la mujer.

—Porque no. El otro día me echaste de tu casa sin darme ninguna explicación, después, además, de haberme insistido para que me quedara, y solo has venido aquí porque necesitas un favor. No has venido a disculparte ni a hablar, nada. No soy tu juguete, Ava.

Cruzó los brazos y le faltó tiempo para que el gesto de su ceño recriminara mi actitud.

—Vaya, creí que eras más comprensivo con las mujeres.

—Soy comprensivo, no idiota. Si quieres aprovecharte de alguien, llama a tu *motorista fantasma*.

Pero ese *motorista fantasma*, como yo me había dirigido a él, era ese tipo de novio que unas amigas no quieren conocer, sino que están como locas de que te des cuenta cuanto antes de que te mereces algo mejor y te lo hacen ver con cada mirada. Estaba seguro de que Ava odiaba eso, el que sus amigas la miraran con cierta condescendencia. Aunque, el hecho en sí de que Ava Rochester tuviera amigas ya era algo digno de sorpresa.

—Muy bien, gracias por nada —se enfurruñó antes de cerrar la puerta de mi aula de un portazo.

«Gracias por nada», no obstante, fue una frase que me molestó particularmente. Aumentó mi frustración y me sentí dolido al pensar que mis buenas intenciones no calaban en aquella mujer. Puede que mi tiempo no fuera oro, pero algo de lustro tendría. Lo único que debía hacer era aprovecharlo con alguien que sí me supiera valorar.

Por desgracia, me olvidé pronto de la tontería de matar el ocio excesivo y después de ver aquella noche un sinfín de vídeos en Internet sobre los temas más variopintos —el tipo de vídeos que ve alguien a quien le interesa todo y, al mismo tiempo, nada—, terminé perdiendo la cabeza frente a uno de frases de escritores —sí, cada uno se envenena como quiere en los submundos de la red— y fue el mismísimo Bukowski el que me atacó con su cuestionable sabiduría: «encuentra lo que amas y deja que te mate». Y quien dice cuestionable sabiduría, dice burla estratosférica.



Irremediablemente, el día de la escapada terminó llegando y aquella mentirosa de oficio ya tenía su excusa preparada, habiendo quedado con sus amigas en una terraza anexa a su piso para darles la mala noticia:

—Lo siento. Tiene trabajo, así que no puede unirse. Y es raro que vaya yo sola con los cuatro, ¿no?

Annette y Laurie —así se llamaban aquellas pobres víctimas de las mentiras de mi señorita Rochester— me sorprendieron desde el primer momento. Contrarias a Ava, parecían derrochar una energía muy natural. El olor a aventura parecía despertarlas de su letargo en Arendtown y de ellas manaba un halo de euforia por poder disfrutar de un fin de semana con esa tercera en discordia que completaba aquel trío, variopinto cuanto menos.

Se quitaron las gafas de sol al oír la noticia, casi al unísono, y sé que Ava me culpó a mí, de una forma u otra, porque era capaz de oír los reproches que pululaban por su cabeza.

Al fin y al cabo, no estaba tan lejos como cabría esperar.

—Hola. Vosotras debéis ser las amigas de Ava —saludé, deslizando mi mano por la espalda de mi supuesta novia y atreviéndome a darle un inesperado beso que terminó por desconcertarla del todo.

—¿Eres Adam? —preguntaron ambas, emocionadas.

No pude evitar mirarla de reojo, inseguro ante aquel circo que se había montado a mis espaldas y del cual todavía no tenía las instrucciones para comportarme acorde a lo que se esperaba de mí. Tras verla asentir discretamente, confirmé mi identidad y me preparé para ser Adam los días que hiciera falta.

—Tengo que ir a por la maleta. *Adam*, ¿me ayudas? —me dijo.

La acompañé a su piso y descubrí que ni siquiera tenía hecha la maleta. La recuerdo de acá para allá, intentando ser más rápida que la peste asolando Europa.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No era que no ibas a venir? ¿A qué vino todo ese numerito el otro día?

No tardó demasiado en encararse conmigo. ¿Y por qué? Por haberle salvado el cuello. Un «Gracias, Andrew» habría sido idóneo. «De nada, Ava». Y habríamos podido pasar unas magníficas vacaciones como una auténtica pareja feliz —de esas que no son reales, las más felices a veces.

—Pues no, no pensaba venir porque no te lo mereces. Pero después se me ocurrió que estaría bien hacerme pasar otra vez por tu novio. Así te darías cuenta de que, a lo mejor, si tanto me lo pides, es por algo.

—¡JA! ¿Has pensado en escribir ficción, cielo? Porque se te daría de miedo.

—Miedo es lo que vas a pasar tú cuando durmamos juntos y te mueras por besarme otra vez.

Quieto, Andrew. No hagas las cosas más difíciles. No nos la queremos poner en contra. Porque ella es así, tozuda como cien mulas.

—¡Ogg! Eres despreciable. Te crees mejor que los demás porque no has roto un plato en tu vida y porque tienes ese ridículo pelo de niño bueno, esos ojos azules que no dejan de brillar y esa sonrisa absurda de duende. ¿Y qué les pasa a tus cejas!? Levantas una y la otra no, arrugas

la frente y *voilà*, tienes todo lo que quieres de una mujer —¿Yo? ¿Desde cuándo? — solo por poner cara de perrillo apaleado. ¿Quieres dejar de hacer ese gesto? Esa mierda no te va a funcionar conmigo.

Nunca valoré más mi *pelo de niño bueno*, *mis ojos brillantes* y *mi sonrisa absurda de duende* que en aquel momento, sirviendo como las herramientas para molestar profundamente a mi señorita Rochester.

—¿Seguro? Porque tú vas de *femme fatale* que sale con tipos malos y parece que te mueres por encontrar a alguien como yo de una jodida vez. —Aquel vocabulario sí que parecía contagiarse como la peste cuanto más cerca estaba de ella.

En medio de aquella acalorada discusión, la puerta se abrió y Annette asomó la cabeza.

—¿Todo bien por aquí, chicos?

Nuestros cuerpos se pegaron al del otro como llevados por una fuerza que imantaba a los contrarios. Sonreímos absurdamente falsos y nos fingimos rematadamente felices mientras Ava me clavaba las uñas en la cadera y yo, lejos de rendirme a aquellos juegos, comencé a pellizcarle la espalda. «A esto podemos jugar los dos, *cielo*», pensé, decidido a dar la talla aquel fin de semana.

Éramos seis personas y un minino, por lo que fuimos en dos coches. Annette conducía y Laurie era su copiloto, mientras Ava y yo nos sentamos detrás con Eyre encerrada en su transportín. Aunque bien era cierto que mi señorita Rochester parecía estar a kilómetros de nosotros, porque mientras intentábamos compartir una conversación amena y conocernos un poco mejor, aquella señorita Solitaria escuchaba música mientras miraba por la ventana.

—Siempre ha sido así —me señaló Laurie cuando me quedé mirando a su amiga, pensando, preocupado, que tal vez estuviera molesta por haber aparecido de aquella manera.

Sin avisar, me hice con uno de sus cascos y por fin conseguí que me mirara.

—¿Qué escuchas? —pregunté.

—Nada que te importe.

Me acerqué a ella y me coloqué su casco en la oreja. Me miró como si le molestara, pero se rindió pronto a que me quedara con él. Durante unos minutos escuché varias de sus canciones y me di cuenta de una cosa.

—¿Son musicales?

—Sí, ¿qué pasa? ¿Tienes algún problema? —contestó quitándome el casco y volviendo a ponérselo ella, casi diría que avergonzada.

¡Así que mi señorita Rochester era una mujer de musicales! Por fin podía decirse que teníamos algo en común. Y que poco encajaba aquello con el mito que había levantado a su alrededor y que pretendía seguir manteniendo en pie, recelosamente.

—¿Tienes algo de *Across the universe*? —pregunté, intentando evitar que volviera a aislarse.

Su mirada fue terrible, como si le hubiera confesado algún tipo de filia reprochable.

—No. Mis musicales son buenos.

—Oh, vamos. ¡*Across the universe* es un gran musical! Nada de lo que estés escuchando será nunca tan bueno como los malditos Beatles. *Girl, If i fell, All you need is love*. ¡Vamos! —Casi

me pongo a tararear. No sé qué me lo impidió, pero un segundo más y lo habría hecho—. Dime, ¿entonces tampoco tienes nada de *Les misérables*, *West side story*, *Mamma mia!*, *Funny girl*, *Grease*, *Moulin rouge*...?

—Dios, eres tan obvio. ¿Tus películas favoritas no serán también *Ghost* o *Notting Hill*? —me preguntó.

—¿Entonces qué musicales escuchas tú?

—*Heathers*, *Sweeney Todd*, *Little shop of horrors*, *Rocky horror picture show*, *Repo: the genetic opera*.

—No conozco ninguno.

¿Quién lo iba a decir también? Aquella respuesta me costó su silencio el resto del viaje. Menos mal que terminó durmiéndose y que mi hombro estaba oportunamente colocado a su lado cuando eso pasó. Casi compensaba que cada vez me tuviera más asco.



La casa

«Llama antes de entrar»

Todos llegamos cansados y, sin embargo, nos alegramos increíblemente al ver la casa.

Después de autodenominarnos como cosmopolitas deshumanizados durante el viaje, a modo de broma, una sensación de paz nos inundó a todos por igual cuando llegamos a una casa desde la que solo podía apreciarse el verde de los árboles. Por dentro, las paredes estaban salpicadas de madera y piedra a capricho, combinándose ambos de forma exquisita. El salón era enorme. Se dividía en dos secciones: una con una mesa de roble y sillas, a modo de comedor, y la otra con varios sofás rojos enfrentados a una televisión gigante.

—Ni aquí me libro —señaló la novia de Laurie, que respondía al nombre de Jaqueline y que dedicaba sus días precisamente a la mencionada televisión, ya que era una de tantas guionistas de episodios sueltos en las series que estaban de moda. Más tarde, esa misma noche, Ava me informó de que antes de llamarse Jaqueline, respondía al nombre de Jack y, como un tonto, estuve un buen rato sin entender a qué se refería.

Pese a haber notado que mi señorita Rochester era la antítesis de sus amigas, terminé apreciando mejor que, mientras que Laurie era incluso más alegre, más hippie y animada de lo que cabría esperar, Annette era la cabecilla del grupo porque era la que necesitaba tenerlo todo bajo control. ¡E imaginaos lo frustrante que puede llegar a ser el tener una amiga como Ava cuando necesitas que todo salga según tus preceptos!

Juzgué pronto a Marco, el novio de Annette, pues esta me contó que trabajaba en un gimnasio. Eso, ligado al hecho de que era realmente atractivo y que uno nunca olvida el rencor de cuando los guapos de clase siempre llamaban la atención de todas las chicas mientras tú solo podías agazaparte en una esquina, hizo que lo asumiera pronto como un cabeza hueca. Seguramente para sentirme yo mejor también. No obstante, en cuando empezó a recitar poesía y a hablar de filósofos franceses, me dio una buena lección de prejuicios.

En una esquina, casi buscando esconderse de nosotros, encontramos un piano. Annette y Laurie se emocionaron e instaron a Ava a que se sentara frente a él. Desde luego, la chica de los musicales era chica de piano también.

Tras sentarse, jugó con las teclas unos segundos antes de decidirse a tocar algo, acción motivada por las todavía insistentes de sus amigas. Y cuando por fin sus dedos se centraron, su voz decidió acompañarlos.

♪ *My lover's got humor*

She's the giggle at a funeral [...] ♪

Me acerqué poco a poco y quise observar aquellos ojos que nunca habían estado tan abiertos, pero que miraban absolutamente hacia adentro, sin ver nada de lo que les rodeaba. De ellos se desprendía una nostalgia peligrosa a la que a veces acompañaba una sonrisa y otras un gesto de circunstancias. Aquella muralla infranqueable se abría en contacto con la música y permitía, a cualquiera que supiera verlo, comprender más de lo que significaba ser Ava Rochester.

Annette y Laurie se dieron cuenta pronto de su error. Habían visto a la Ava que conocían de siempre y habían intuido que, fuerte como era su amiga, todo iría bien. Sin embargo, aquella melodía, de todas las canciones que podía haber elegido en el mundo, decía demasiado sobre lo que realmente estaba pensando ella misma. Aunque Ava la había escogido casi inconscientemente, terminó por darse cuenta de que parte de lo que le estaba permitiendo hacer una interpretación tan potente eran sus propios sentimientos, aplastados en la esquina de una habitación por un mueble enorme, a la espera de que nunca molestaran, como el que barre la suciedad bajo la alfombra y, teniendo alergia al polvo, no entiende por qué estornuda casi a diario.

Empezó a dolerme el pecho —yo creo que nos dolía a todos—, pero nadie la detuvo hasta que ella misma decidió parar con su última frase. Y como el ave fénix que renace de sus cenizas, se rio al ver nuestras caras y nos insultó como solo ella sabía.

Sé que no dejé de mirarla en toda la tarde porque, cuando fuimos hasta nuestra habitación, se vio obligada a preguntar.

—¿Qué te pasa?

—Nada —mentí—. Es solo que no sabía que supieras tocar el piano.

—Cuando tuve tiempo, dinero e independencia para poder hacer lo que me diera la gana, no lo dudé. No soy un portento, pero juego con las cartas que me dan.

—¿Y por qué el piano y no otro instrumento? —pregunté.

—Es dramático, ¿no crees? —se burló—, como yo.

—Un violín lo es más.

—No, el violín no es dramático, ¡es asesino! Un piano puede ser alegre, triste, contar una historia... Sus sonidos son siempre redondos. Un violín, sin embargo, no puedo sentirlo de otra manera que no sea cortándome las venas y haciendo música con ellas. Siempre hay tensión, siempre caminas sobre una cuerda pendida en el aire, como si pudieras caerte al vacío. Pongamos que el piano es como un libro de Charlotte Brontë, si así lo entiendes mejor, y el violín como uno de Agatha Christie.

Me reí, no pude evitarlo. Esa condescendencia que le obligaba a explicarme las cosas con ejemplos de libros era deliciosa. Como ella.

—La habitación de los Palmer —bromeé, observando el cuarto.

—No vuelvas a decir eso o dormirás en la piscina.

—Es verdad, ¿mi apellido es Palmer o tampoco? Conociéndote, les habrás dicho a tus amigas que me apellido Rochefort o Chesterfield.

—Adam Chesterfield habría sonado genial —se rio—. La verdad es que no les he dicho ningún apellido, así que eres libre de usar Palmer, aunque te recomiendo algo más colorido.

—¿Adam Larousse, quizás?

—Muy sexy, sí. Pero yo había pensado en Adam III, duque de La Rochefoucault. Imagínate lo felices que estarían mis amigas si saliera con alguien de la realeza y no con un real gilipollas.

—Estoy seguro de que un nombre como ese te pondría más cachonda, aunque sería difícil gritarlo en mitad de un orgasmo.

—Infravaloras mis aptitudes sexuales.

Nos dimos cuenta al unísono de que la habitación era sumamente acogedora. Las paredes eran de madera otra vez, pero en lugar de piedra, algunas estaban pintadas de amarillo, así como las cortinas. Pensé en Charlotte Perkins Gilman y en si aquel papel también nos haría enloquecer a nosotros. La cabecera de la cama estaba formada por barras de un metal oscuro, y el edredón era rojo, con detalles en oro. El cuadro que pendía sobre la cabecera, sin embargo, se me antojó gótico en exceso: era el retrato de una mujer con los ojos vendados, sujetando amorosamente a un hombre con una calavera por cráneo, sosteniendo este, a su vez, una rosa para su amada.

—¿No te encanta? —me preguntó Ava cuando observó que lo miraba. No creo que existan dudas sobre quién había escogido la habitación.

Agotados como estábamos, nos tumbamos un rato y, sin darme cuenta, terminé durmiéndome. Desperté una hora después y, al encontrarme solo, bajé a buscar a mi supuesta novia. La descubrí en la cocina. Tenía el pelo atado en un moño alto y un delantal. Estoy seguro de que habría querido parecerse a January Jones en *Mad Men*, pero lo cierto es que se daba más un aire a Kat Dennings en *Dos chicas sin blanca*, lo cual me hizo reír y terminó por descubrir que la estaba observando.

—¿Algún problema? —me preguntó.

—¿Estás cocinando de verdad? Pensaba que tu ingrediente secreto era el número de teléfono de la pizzería bajo tu casa.

—Solo cocino para las personas que me importan —se sinceró, incluyéndome contra su voluntad en aquella ecuación.

Y aunque lo dijo con ese desagrado burlón con el que contestaba siempre a mis preguntas, con el paso de los días me di cuenta de que no era ninguna exageración, ni ninguna mentira. Presencí, día tras día, cómo cocinaba para sus amigas, cómo se escondía de ellas para fumar, bebía té y hasta se llevó un pijama blanco —blanco, ni más ni menos. La reina de los muertos, de blanco— medianamente recatado de seda con el que andaba por aquella casa. Presupuse que quería mantener cierto aire tranquilo frente a ellas y que la vieran decente, por así decirlo. Me pregunté entonces cuál era la auténtica Ava, aquella que agasajaba a las personas que más quería y que intentaba mantener una imagen delante de ellas, o ese desastre con patas, solitario y antipático, que te escupía a la cara todo lo que pensaba.

—Sabes que hoy yo también voy a comer de esa bandeja, ¿no? —le pregunté.

—Puedes comer de mi bandeja siempre que quieras, cielo —me amenazó con sus dobles, incluso triples, sentidos.

La cercanía que había generado con ella me ayudaba a templar los nervios, pero... a veces todavía me pillaba desprevenido. Me sonrojé y no supe cómo contestar, por lo que no tardé en

salir de allí.

En pocos minutos, Ava nos sirvió la cena en la mesa y todos ayudamos a preparar el salón. Cenamos lubina al horno y no se había olvidado tampoco de Laurie, que era vegetariana. La observé un rato, cuando terminamos de cenar, todavía dando vueltas a aquella faceta suya.

—Deja de mirarme —me señaló, acercándose y susurrando—. Pareces un perverso.

—¿Si soy tu novio no puedo mirarte?

—Precisamente porque lo eres, deberías mirar a otras y a mí dejarme en paz.

Jackie y yo preparamos café —no habría dejado que Ava se encargara de eso por nada del mundo— y también sacamos algo de alcohol para acompañar. Las tres amigas comenzaron a contar anécdotas y entre historia e historia salió mi nombre. Al menos, aquel por el que se dirigirían a mí esos días.

—Ava —comenzó Annette, llegados a cierto punto—, Laurie y yo tenemos que reconocer que no nos creíamos del todo lo de Adam.

—Ah, ¿no? ¿Y eso por qué? —pareció molestarle, no era difícil verlo.

—Pues porque esos patanes con los que sales siempre son tan...

—¿Patanes? —finalizó la frase de su amiga, llevándose la copa a los labios y desviando la mirada, obviamente ofendida por escuchar aquel juicio de valor hacia sus conquistas, desprestigiando así sus decisiones y a ella misma por el camino.

—Lo siento, cariño. Pero es que no es tu tipo para nada. Para empezar, parece buena persona, y aseado y cariñoso, y no te trata como a una mierda. Con las mujeres tienes algo mejor de gusto, pero con los hombres...

—Soy yo la que les trato como a una mierda, no sé si lo recuerdas.

—Sí, parece que eso no ha cambiado —se burló Laurie antes de darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

No era mi conversación, por mucho que yo fuera el tema principal. Sin embargo, sabía que Ava se estaba empezando a sentir atacada y eso nunca traía nada bueno.

—Vamos a ver —comencé—, contadme más cosas sobre ella. Ese tipo de cosas que sé que no quiere contarme. Por ejemplo, sobre sus anteriores parejas.

Me miró con odio y yo puse mi mano en su pierna para calmar a la bestia.

—Pues mira —arrancó Annette. Noté pronto que ella era la mayor detractora de los novios de su amiga—, cuando sale con hombres, siempre son iguales.

—¿Motoristas, mayores, con pinta de rudos y no muy listos? —pregunté.

—¡Vaya! ¡Si la conoces mejor de lo que piensas!

—Que os den —esputó Ava, levantándose, dispuesta a abandonar la mesa.

No dudé en coger su mano y sentarla en mis rodillas, donde obviamente se revolvió el tiempo suficiente para fingir que no quería estar allí.

—Vale, vale, ya lo dejamos.

—¡Oh, ya sé! —se sobresaltó Laurie—. ¿Os acordáis de ese Halloween en el que Ava se disfrazó de Veronica, la de *Heathers*? Estaba llenita de sangre e iba por ahí cantando a todos los

tíos que veía «*sorry, but I really had to wake you. See, I decided I must ride you 'til I break you*». Le encantaba Veronica Sawyer.

—Y me sigue encantando —la interrumpió mi señorita Rochester—. De hecho, ese año daban un pase especial de la película en los cines Concord y le dije a mi madre que por mi cumpleaños solo quería ir a verla —en ese momento me miró a mí, pues el resto ya conocían la historia—. ¿Sabes qué me regaló ese año? Una cajetilla de cigarrillos.

Las historias sobre su madre siempre conseguían aquel silencio en el que nadie quería tener que disculpar a la señora Rochester. No parecía que tampoco se lo mereciera mucho, aunque nunca pude evitar pensar que, seguramente, Ava exagerara muchas de las historias por ese rencor hacia su madre.

—¿Y tú qué? —me preguntó ella, queriendo alejar el foco de su persona—. ¿De qué te disfrazabas en Halloween? ¿De Dorothy en su mágico mundo de Oz?

Intentó burlarse de mí sin saber que, efectivamente, no se había equivocado del todo.

—Pues lo cierto es que una vez me disfracé de una de las gemelas de *El Resplandor*, porque Emma, mi hermana —aclaré para quien no lo supiera—, quería que fuera a juego con ella.

Entendí como algo positivo el silencio de mi señorita Rochester, que sonrió ligeramente, dejando de rezongar en mis piernas. Hasta me había permitido sujetarla por la cintura. Pero las cosas buenas siempre son perecederas.

—Se me olvidaba, retomando el tema de sus novios... —volvió a mencionar Annette—, siempre deja a uno por el siguiente. Estamos cansadas de decirle que eso no debería ser así, pero no nos hace caso.

Comencé a sentir un zumbido en mis oídos y una idea rimbombante se me vino a la cabeza.

—¿Por eso te acostaste conmigo aquella noche? ¿Fui tu excusa para dejar a Jackson?

Ava no dijo nada. Ni siquiera intentó mirarme. Sus amigas preguntaron quién era Jackson, pero tampoco recibieron respuesta.

—¿Me usaste para ponerle los cuernos a tu novio?

—Bueno, ¿y qué? —contestó por fin—. *Clavum clavo expellere*. Te llevaste un polvo fácil, ¿qué más quieres?

Una vez más, volví a sentirme usado por aquella mujer. Fácilmente reemplazable, como ya había podido comprobar por los comentarios de las personas que mejor la conocían. Valoré, incluso, la idea de que si en alguna ocasión terminara por haber algo entre ella y yo —algo de verdad—, existía la posibilidad de que me tratara de la misma manera, usando como válvula de escape cualquier excusa o a cualquier persona antes que hablar conmigo como alguien adulto. Y todos estos miedos, desde luego, despertaron en mí un sentimiento de autopreservación.

Aleje mi mano de la cintura de Ava y la despedí de mis piernas, serio. Ella, sabiendo que aquella actitud por su parte no había sido la correcta, se ofendió por sentir a quemarropa como mi mirada —aquella que le estaba negando— la juzgaba.

—Creo que me voy a ir ya a la cama. Estoy cansado.

No mentí, lo estaba. Por lo que abandoné el salón con la caballerosidad que me dejó aquel momento incómodo y subí las escaleras en dirección a nuestro cuarto. *Nuestro cuarto*. Estaba

claro que no podía escapar de ella en aquella casa. Ni siquiera me dejó respirar mientras me quitaba la ropa, pues apareció como un fantasma bastante ruidoso, casi como siempre.

—¿Se puede saber qué coño te ha pasado ahí abajo?

—Nada, no quiero hablar de ello —contesté, esperando que no insistiera, ya que no me apetecía tratar aquel tema.

—Andrew —comenzó, cerrando la puerta tras ella—, no te preocupes, no te voy a poner los cuernos porque no somos novios.

—Lo que tú digas.

Me quité los pantalones y también la camisa mientras Ava apartaba la mirada a veces y otras todo lo contrario. Con el pijama puesto abrí la cama y me metí dentro, dándole la espalda. Debía estar muy desesperada porque se sentó a mi lado y apeló a mi sentido común.

—¿Podemos hablar de ello, Andrew? Por favor.

—¿Qué más te da? No soy tu novio —contesté sin darme la vuelta.

Necesité mucho silencio para poder por fin decirlo.

—No, pero eres importante.

Me volví y la miré, cansado de tantos juegos y, ohg, ¿por qué no? preocupado, como siempre, por alguien a quien parecía no importarle —aunque acabara de manifestarlo en voz alta.

—¿Qué es exactamente lo que te molesta? —me preguntó.

—No soy nadie para decirte cómo vivir, Ava. Delante de tus amigas finges ser otra para que no te agobien con sus consejos maternos. No quiero que también seas media tú porque tengas miedo a que yo te juzgue.

De su rostro nació un gesto de confusión.

—No les miento porque sea una cría y ellas actúen como la madre que debería haber tenido. Lo hago porque no quiero que se preocupen por mí —le costaba, le costaba mucho continuar—. Además, no quiero ser una decepción también para ellas.

Le cogí de la mano para que se tumbara a mi lado. Sabía que no me mentía ni que intentaba manipularme aquella vez. Era real, como la Ava que tenía delante.

—Cuéntame, ¿por qué ibas a ser ninguna decepción? —le pregunté.

Cogió mi mano y se la colocó bajo el rostro.

—Pues porque soy como soy.

—¿Cómo? ¿Inteligente, divertida, una persona adulta con un trabajo estable y un piso?

Acaricié su mentón con el pulgar que tenía libre y ella acarició mi mano con su mejilla.

—Inestable y con problemas emocionales que me hacen ser bastante estúpida con quienes no debería. Miedo al rechazo, al abandono, un poco de todo eso que lo convierte en un cóctel explosivo y altamente peligroso para quienes quieren un pedacito de mí. Y tampoco tengo intención de cambiarlo. Ya me he acostumbrado a ello, he encontrado un sitio mullido entre los cojines que no quiero abandonar.

Tenía sentido que fuera ella la que propiciara sus rupturas. Esa falsa ilusión de toma de decisiones, no saberse a merced de lo que otro pudiera decidir por ella, abandonándola y

dejándola hecha polvo una vez más. Su padre..., ¡cuánto peso había tenido el señor Rochester en la vida de su hija! ¡Y cuánto su madre, estando pero sin estar!

—Siempre que salgo con alguien, prefiero dejarle cuando estoy a tiempo —sus palabras salían con lentitud, como si poco a poco fuera quitando el candado de cada una de sus jaulas—, antes de que me conozcan lo suficiente y prefieran dejarme ellos, supongo.

—¿Por eso eres así de servicial con tus amigas? Porque ellas nunca te han abandonado.

La primera lágrima cayó en mi mano. Ava estaba agradecida porque hubiera sabido escuchar incluso lo que no había dicho. El resto comenzó a descender por sus mejillas cuando acercó sus labios a los míos, aderezando cada beso que me daba. Me pregunté, confuso, si no podía considerarse ya costumbre —ya sabéis, eso a lo que ella tanto temía— que aquella mujer terminara siempre besándome por cualquier cosa, pero no dije nada. Solo un tonto estropearía aquel momento.

—Si no soy tu novio, ¿por qué siempre terminas besándome?

Vale, he mentido. Quizás sí sea un poco tonto. De esas personas que, si tienen la oportunidad de meter la pata, siempre terminan haciéndolo. Pero, en aquella ocasión, no me encontré con una de esas respuestas mordaces que salían de boca de mi señorita Rochester, exprimiendo su talento como adiestradora de lenguas ágiles.

—Últimamente, eres de las pocas personas que me hacen sentir bien.

No dijo nada más. Yo tampoco le dejé, devolviéndole aquella caricia con los labios. Saber que la estaba ayudando y que, contrario a lo que yo pensaba, valoraba mi presencia, era más de lo que podía pedir de alguien como ella.

Nos besamos varias veces más y, lejos de descontrolarse, nuestro encuentro se tornó tierno y divertido. Bromeamos entre beso y beso, y nos culpamos de exceso de sentimentalismo con cada caricia para que no nos pesara tanto la entrega que depositábamos en todas ellas.

Nos separamos por fin, fruto del miedo a no poder hacerlo nunca. Ella cogió un libro y yo hice lo mismo. Pasamos de ser una falsa pareja a convertirnos en un falso matrimonio que leía junto entre las sábanas. También, entre las sábanas, nuestros pies se buscaban constantemente y no recuerdo, desde aquel momento, un segundo en que se separaran a lo largo de la noche. Sentí el miedo que siente un equilibrista en la cuerda floja. No sabía si Ava sería consciente de lo que estaba haciendo y querría, tarde o temprano, terminar convenciéndose a sí misma de que debía evitarlo si pensaba demasiado en ello, como método de autopreservación. Por eso intenté mantener un perfil bajo: no dejar que mi lengua me traicionara y dijera algo que hiciera que Ava decidiera dejar de acariciarme disimuladamente.

Podría decirse que fue una buena noche, de las mejores que había tenido en mucho tiempo, mejor que el sexo con una desconocida. Mejor incluso que ser echado a patadas de casa de mi señorita Rochester.

No recuerdo cuánto vibramos bajo las sábanas después de leer, hablando y riéndonos mientras intentábamos quedarnos dormidos. Destellos de esa noche vienen a mi memoria y me hacen recordar su olor cuando me volvía para abrazarla, o su tacto cuando ella hacía lo mismo

conmigo. Nada en claro puede confirmarme que no estaba soñando y que dicho sueño llegaría a su fin con el canto del gallo.



Efectivamente, a la mañana siguiente me vi completamente solo en la cama. El lado de mi señorita Rochester todavía estaba caliente, así que decidí ponerme unas zapatillas y bajar aquellas escaleras que conectaban el piso de arriba con el de abajo, no tardando en ser seducido por una melodía que provenía del salón.

Nadie más parecía haberse despertado todavía, pero Ava aprovechaba aquella soledad para ser una con el piano.

♪ *But when you walked out that door*

A piece of me died

Told you I wanted more

But that's not what I had in mind [...] ♪

Me senté en los últimos escalones de aquella vieja escalera a escuchar cómo tocaba. La voz se le quebraba a cada estrofa y, sin embargo, terminaba sobreponiéndose a las circunstancias con una fuerza genuina en ella. Parecía que llevaba años tarareando la misma cantinela de abandono con suma normalidad y que el hacer vibrar las teclas una vez más volvía a transportarla a donde siempre había estado en realidad, sin posibilidad de moverse. Materializarlo en voz alta —pero no demasiado para que los demás no la oyeran— debía ser un bálsamo en aquel dolorido corazón.

La escuché suspirar profundamente cuando hubo terminado, y yo ya no sabía de qué manera seguir mi día como si nada. Aquella cantinela dedicada a los hombres de su vida, empezando por el más importante y deviniéndose en el resto, me había contagiado su tristeza y mis extremidades se habían terminado haciendo pesadas.

Esa mañana llamé a Emma. Le conté parte de la historia con mi señorita Rochester — intentando dejar a un lado lo más reprochable por miedo a que mi hermana no terminara de aceptarla, pues era tan protectora como podía serlo yo— y le hablé sobre aquel juego de falsas apariencias que me había visto obligado a jugar para poder acercarme a ella. Emma se emocionó al escuchar que estaba tomándome mi nueva vida en serio, pero no pudo evitar angustiarse cuando mi tono se tornó más nostálgico, preocupado, supongo, por aquello que acababa de presenciar y la frustración que sentía al no poder ayudar a mi nueva amiga. Y lo peor, estaba preocupando también a mi hermana, que cuando se trataba de mí actuaba como una esponja, por lo que cambié la cara enseguida y pronto lo notó también en mi voz.

—No importa —le dije—, lo conseguiré. Consequiré que sustituya las canciones tristes por algo más alegre.

—Si alguien puede hacer eso —me contestó, conociéndome bien— eres tú.

Mi conversación con Emma se había alargado y ya no quedaba nadie durmiendo en aquella casa.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Annette cuando hice acto de presencia de nuevo en el salón —. Marco casi se come tus gofres.

—Lo siento, estaba hablando por teléfono —me disculpé, sentándome a la mesa.

Me pareció increíble. La mirada tan afectada que yo había intuido en Ava durante aquel concierto privado de piano estaba ahora despejada como el cielo en primavera. Tal vez, incluso, le hubiera venido bien para disipar las nubes.

—¿Ocurre algo? —me preguntó aquel cielo descapotado, más interesado en mí de lo normal.

—Solo estaba hablando con Emma.

Volvimos a las conversaciones absurdas sobre todo y nada al mismo tiempo, pero seguí sintiendo mis miembros pesados. Como si sus nubes hubieran cambiado de cielo y amenazaran en aquel momento el mío.

Casi no desayuné y el novio de Annette hizo lo propio con mis gofres. Me tomé el café mientras fingí escuchar todo lo que se decía, pero sin dejar de pensar en las preocupantes melodías que salían del corazón de mi señorita Rochester.

—¡Veamos películas esta tarde! —propuso Laurie, y todos estuvimos de acuerdo.

Después de ayudar a recoger los platos y tras entretenerme un rato hablando con Jackie, subí a la habitación con intención de tumbarme en la cama. Abrí suavemente la puerta por el respeto que significa compartir la habitación con alguien, y ¡menos mal que lo hice! Creí que Ava estaba dormida, que se me había adelantado a lo que yo pensaba hacer: echarme una pequeña cabezada antes de la comida para así estar despejado durante las películas. No obstante, mi sorpresa fue otra cuando la descubrí medio destapada, sin el pantalón del pijama, bocabajo y entregada a unos movimientos que no dejaban nada a la imaginación. La almohada era su cómplice y ocultaba todo suspiro fuera de lugar que escapara por su boca, temerosa de que alguien pudiera escucharla al otro lado de la pared. Y con razón, porque Ava Rochester era tan escandalosa en sus jadeos como podía serlo en su día a día.

Me quedé de piedra unos segundos, sin saber qué estaba viendo. Cuando por fin me di cuenta, me permití unos segundos más antes de sonrojarme y volver a cerrar la puerta. Lo cierto es que ojalá hubiera actuado de otra manera, y me arrepiento terriblemente, pero lo que se convirtió en una visita al baño para mojarme la cara, se terminó convirtiendo en una ducha fría, y antes de abrir el grifo para calmar semejante sofoco, mi mano derecha, traidora como Bruto frente a su César, me atrapó en un torbellino de sensaciones. En mi mente volvió a aparecer esa figura que minutos antes había dejado en *nuestra* habitación, desnuda de cintura para abajo, serpenteante de placer. Volteó su rostro y me miró directamente, convirtiéndome en el motivo de sus ganas mientras sus ojos conjuraban mi mano para que aquellos movimientos envolventes derrocaran toda la cordura que me quedaba.

Me derramé en un instante que se hizo eterno y al minuto siguiente ya me estaba arrepintiéndome.

Me costó tanto mirarla durante la comida como dirigirle la palabra. Cuando alcanzaba sus ojos, conseguía convencerme de que lo sabía, de que me había visto como una madre ve a su hijo

haciendo cosas malas. Su mano se deslizó por mi pierna bajo la mesa y, contra mi voluntad, regresó a mi mente su imagen, propiciando así otra erección que intenté calmar apartando su mano.

Es castrante pensar en cómo el cuerpo del hombre sucumbe con pasmosa velocidad a gestos de semejante índole sin importar la situación, haciendo caso omiso al órgano pensante que le regaña por inoportuno. ¡Y la imagen que habría dado a aquellas personas si me hubiera levantado en aquel momento! Mi señorita Rochester se habría reído de mí. Eso, desde luego. Había algo que la satisfacía en su trato maligno para conmigo. Volverme pequeño la engrandecía más en ese ego desparramado por todas partes, y creo que no miento cuando digo que eso la excitaba a ella tanto como a mi aquella imagen entre las sábanas.

Fui el último en levantarme de la mesa. Para entonces, ya no tenía nada de qué preocuparme. Preparamos café en lucha constante contra el sueño que acompaña a una digestión pesada y nos echamos en los sofás del salón por parejas, a excepción de Annette y Marco, que aquella mañana habían estado discutiendo. Me di cuenta de que, pese a llevar poco tiempo en la casa, discutían bastante. ¡Y ellos ya eran pareja! No como mi señorita Rochester y yo, que nos peleábamos a diario precisamente porque ninguno de los dos queríamos reconocer que, a lo mejor eso de ser pareja no estaría tan mal.

Terminamos viendo una película de terror horrible de la que estuvimos riéndonos todo el tiempo, lo cual la hizo más interesante, sin duda.

—¿No pensáis que últimamente escribir *basada en hechos reales* es un reclamo para vender cine de terror decepcionante? —preguntó Jackie, que de eso sabía bastante.

—El ser humano está tan desesperado porque todas estas fantasías sean reales, que nos agarramos a un clavo ardiendo —contestó Ava—. Pero ¿por qué creéis que es?

—Puede ser que lo veamos como esa puerta a dejar que nuestras vidas sean tan monótonas —interrumpió Laurie, pensando en su propia vida y en que ella era de las que le rendía pleitesía a ese tipo de películas y a cualquier fuerza o espíritu, viendo siempre más allá de lo que veíamos el resto.

—O simplemente una puerta que hay que vigilar por miedo a que algo la cruce —dijo Annette, la experta en el control—. Ya sabéis, esa manía que tenemos de poner etiquetas a todo es precisamente por eso, por miedo. Y lo desconocido nos asusta.

—¿Tendrá que ver con la existencia? *Basada en hechos reales* es una certeza. La certeza de que esas fuerzas existen. Y respetamos ese cine como respetamos a esas fuerzas. Porque, además, su existencia significa que hay más. Que lo puede haber en otra dimensión o un más allá, no sé, algo —añadió Marco.

—Eso está muy bien, salvo porque al final hacen lo que les da la gana en las películas y, en la vida real, seguramente, había explicaciones a todas estas cosas. Personas con problemas mentales, personas que podían estar medicándose o drogándose, gente que engaña a otros con trucos... —aportó Ava.

—Sí —continué yo—, como en la época de la quema de brujas, que muchas veces el pan que hacían no estaba correctamente fermentado y se llenaba de hongos, creando muchas de las

alucinaciones que les convencían de que veían cosas raras.

Mi comentario debió gustarle a mi falsa novia porque me miró, satisfecha, antes de acurrucarse a mi lado.

Me costó entender aquella situación según avanzaba la película. Se apoyó en mí, me abrazó, se tumbó en mis piernas, se revolvió de todas las maneras que la ocasión le permitió y estaba convencido de que, si hubiéramos estado solos, habría encontrado alguna otra más. Le acaricié la espalda durante un buen rato porque descubrí pronto que era su punto débil —junto con las costillas— y que ronroneaba cada vez que lo hacía. No recuerdo de qué iba la película, ni qué actores aparecían en pantalla porque mi atención la tenía otra, dando vida a un papel que parecía costarle cada vez menos. Me pregunté entonces, esperanzado, si algo habría cambiado en ella aquellos días. Y, si lo había hecho, se lanzaría a aceptarlo o se revolvería una vez más hasta darle la vuelta.

Cuando la película acabó, cenamos y subimos a la habitación de nuevo. Le di la espalda a mi señorita Rochester y, en lugar de deshacerme de la ropa prenda por prenda como solía hacer, quise comprobar algo. Me la quité toda al mismo tiempo y me fijé en el reflejo de la ventana. Ava me miraba de forma directa, avergonzada y curiosa al mismo tiempo, con un destello de miedo en una mirada que terminó chocando con la mía en el cristal antes de apartarla. Me puse únicamente la parte de abajo, me tumbé en la cama y fingí que leía mientras pensaba qué decir.

—¿Te ha gustado lo que has visto? —Podía sonar fatal, y las frases de chulo de playa nunca habían sido lo mío, pero quería ser directo de una vez.

—¿Y a ti? Esta mañana.

No supe dónde meterme cuando escuché su respuesta.

—¿A qué te refieres? —pregunté, fingiéndome ignorante.

No se había puesto la parte de abajo del pijama ni pensaba hacerlo. En parte lo agradecí, porque estaba preciosa sin ella, natural y deliciosa como una ninfa, pero también lo condené, porque mi vida se complicó exponencialmente.

—A mí, masturbándome.

Se le daba muy bien aquello. Coger un error o una debilidad y convertirla en un arma con la que golpear a quien se atreviera a jugar con ella.

—Sí —contesté sin rodeos.

Sonrió malignamente y se sentó sobre mí tan rápido que solo pude incorporarme medianamente.

—¿Cuánto, cielo? —me preguntó.

—Mucho —me vi obligado a contestar.

—¿Y qué hiciste después?

No quise sincerarme, pero estaba claro que conocía mi respuesta aún sin haberla materializado.

—¿Te masturbaste pensando en mí? —inquirió, mientras yo apartaba la mirada, imposibilitado para seguirle el juego.

Cuando la miré de nuevo, descubrí un gesto de duda en su rostro. Volvía a preguntarse a sí misma por qué estaba jugando así conmigo. Se interrogaba sobre por qué quería llevarlo siempre

tan lejos cuando, en realidad, no quería nada, ¿no?

—Sí —le contesté por fin.

—Y eres consciente de que eso no está bien, ¿verdad, cielo?

No, claro que no estaba bien.

—Ahora que tú me has visto masturbarme, debería verte yo haciendo lo mismo, ¿no crees? —me dijo.

Se separó de mí y yo no sabía hasta qué punto seguía jugando conmigo o esperaba que realmente hiciera tal cosa. Se hizo con un sillón, lo colocó próximo a la cama y se sentó en él.

—Me lo debes. —Su gesto era severo y la observé lo suficiente como para darme cuenta de que yo también quería seguirle el juego hasta ese punto, aunque no fuera propio de mí.

Me quité la parte de abajo mientras ella se mostraba expectante frente a lo que quería descubrir entre mis piernas. En ese mismo instante cerró las suyas como acto reflejo y comenzó a costarle respirar tanto como a mí. Los dos estábamos serios, parecíamos obligados a estar haciendo algo que no queríamos cuando la realidad era que ambos lo deseábamos.

Coloqué mi mano donde Ava esperaba y la moví lentamente de arriba hacia abajo. Estar tan nervioso, sintiéndome observado por ella, juzgado, no me hacía difícil tener una erección, pero sí conseguir algo más de esta.

Mi señorita Rochester —y qué excitante se me hacía pensar en llamarla así en aquel momento — estiró su pierna y comenzó a acariciar la mía con su pie. Se mordió el labio poco antes de decidirse a abrir, botón a botón, la parte de arriba de su pijama con la intención de aportar algo al juego que yo estaba teniendo entre manos.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, como antes yo le había preguntado a ella.

Asentí, pero lo debí hacer con una velocidad absurdamente desesperada y eso le gustó, pues me miraba condescendiente pero satisfecha. Comenzó a acariciarse los pechos y no tardé en maldecir estar tan lejos de ella.

—¿Podemos parar? —le pregunté.

Ella se sorprendió y, después de pensar, me dijo que me acercara. Yo obedecí.

—Cierra los ojos —me ordenó.

Y aunque cerrar los ojos en una situación así y con Ava Rochester a los mandos de una nave sin capitán era peligroso, lo hice de igual forma, esperando que se sentara sobre mí y poder tenerla conmigo. No obstante, cuando empecé a sentir cómo la marea me llevaba consigo, dentro y fuera, comprendí que no tenía ningún peso encima y abrí los ojos para ver cómo se había hecho con mi timón y buscaba hacerme naufragar con su boca de sirena.

—A-Ava —alcancé a pronunciar un par de veces mientras mi mente se nublaba y mi cuerpo dejaba de ser mío para convertirse en suyo.

Y allí mismo, casi sin avisar, un gemido inesperado la alertó del peligro inminente y prestó especial delicadeza mientras me rendí a ella por fin.

Cuando acabé, me sentí aliviado, pero también incómodo y preocupado. Había terminado en la boca de una mujer a la que no sabía si le gustaba aquello y ni siquiera le había avisado de mi desenlace.

—L-Lo siento.

Cogió un vaso que estaba encima de la mesa y escupió todo lo que no necesitaba.

—¿Es que solo sabes pedir disculpas por todo? A ver, ¿por qué es esta vez? —me preguntó, confusa, pero sabiendo que seguramente se trataría de alguna de *mis tonterías*.

—Por no haberte avisado.

—Qué rico eres, cielo —me dijo, sentándose encima de mí por fin—, como si todavía tuvieras dieciséis años. No te preocupes, tu cuerpo me ha avisado de sobra.

Engarzó su boca con la mía y su lengua me recorrió de dentro hacia afuera. Sus muslos estaban ardiendo y me tumbó sobre la cama. Me preocupé todavía más, pensando en que no podría darle lo que quería después de lo que acababa de hacer, pero me sorprendió cuando terminó por sentarse, no en mi miembro, sino encima de mi cara. Me sujeté a sus piernas y tenerla así me hizo temblar, volviendo a reanimar una parte de mí que ya creía exhausta. Disfruté de aquel sabor y me ahogué escuchando sus gemidos, que ya no podían ser ensordecidos con ninguna almohada. Me reí como pude, incluso, porque no se callaba ni debajo del agua: pedía que siguiera, rugía mi nombre —el de verdad—, y casi parecía que hablaba sola a ratos consigo misma. Aunque toda aquella locura tocó a su fin cuando su respiración se descontroló. Pronto, los movimientos entregados que realizaba con mi lengua y que hacían batir sus caderas inconscientemente, bailarinas como nunca, provocaron un desbordamiento en aquel dique que podría haber hundido un pueblo entero.

La descubrí indecisa por abandonar aquel trono que le había sabido a nobleza y terciopelo en sus partes más íntimas, y cuando volvió a sentarse sobre mis piernas, intenté buscar pronto su rostro, sonrojado, exhausto, a la espera de su reacción. Se mordió el labio y sonrió antes de acercarse a la mesa y coger un pañuelo.

—Estás precioso con la cara llena de mis fluidos.

No pudo resistirse a terminar de limpiarme y volvió a besarme de nuevo. Aquella vez no desbordaba deseo, pero sí desprendía un aroma dulce y un gesto tierno que la incitaba a acariciarme con sus labios.

Así nos dormimos aquella noche ambos, colgados del néctar que manaba del otro.



La noche

«O esta noche o nunca»

Desperté aquella mañana con los rayos del sol acariciando mi espalda, y como no llegaban a la de Ava, me encargué yo mismo de acariciarla. Tenía tantos lunares que jugué con todos ellos a unir los puntos, encontrándome por el camino un mensaje de advertencia que traía consigo una súplica de amor.

Abrió los ojos muy despacio y volvió a cerrarlos unos segundos para disfrutar de aquel sosiego que nos envolvía a los dos entre las sábanas.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome mientras duermo? —me preguntó.

—Toda la noche —mentí.

—Mentiroso. Por la noche me desperté y se te caía la baba como a un niño pequeño.

—¿A mí se me cae la baba? ¿Y esto qué es? —pregunté, señalando un cerco que descansaba en la almohada, del lado de mi señorita Rochester.

Ella se rio y me juzgó como siempre hacía, con una ceja en alto y esa mirada acusadora y divertida que tanto me gustaba.

—En el *Drácula* de Stoker —comencé, pues tenía una relectura fresca y sabía que mi señorita Rochester disfrutaría de aquella referencia—, Mina Harker dice, en una de sus cartas a Jonathan, que los hombres y las mujeres deberían verse mutuamente dormidos antes de unirse en matrimonio para siempre. Lo habrías pasado mal en esa época.

—Sí, pero lo dice después de ver dormir a Lucy —me corrigió como una experta. ¡Y claro que lo era! Era la reina de los condenados de Rosewood—. Está claro que había algo entre esas dos. Además, no va a haber ningún problema contigo y conmigo, cielo, porque ni somos novios ni nos vamos a casar.

La alegría de saber que compartíamos fuentes como aquella se desvaneció pronto al escuchar una vez más esa frase que Ava no dejaba de repetirme, y me pregunté si no estaría repitiéndosela a ella misma a posta, por si llegaba a olvidarse.

—¿Sabes? A veces repites tanto esa frase como si tú misma necesitaras un recordatorio de por qué no quieres estar conmigo.

La ofendí, sin lugar a duda. No dijo una sola palabra y, tras salir de la cama, comenzó a vestirse.

—¿Por qué eres así? —pregunté mientras me incorporaba—. No me dejas un solo respiro. Siempre tienes que recordarme que no somos nada, a cada segundo. Te empeñas en romper esa burbuja que hemos creado entre los dos y donde, estoy seguro, no soy el único que se siente cómodo.

—¡Porque siempre la cagas! Siempre tienes que decir algo absurdo o romántico y enfadarme o hacerme vomitar.

No contesté. Volví a sentir ese desprecio tan común en ella que me rasgaba por dentro como el frágil papel y le di la espalda esperando a que se fuera. Por una vez, los dos queríamos lo mismo.

Aguardé un rato, lo suficiente como para que las lágrimas de frustración que intentaban escapar se me secaran antes de hacerlo. Porque sí, puede que sea un hombre y uno siempre espera más en cuanto a que un hombre guarde sus emociones para él, pero siempre me he considerado lo suficientemente evolucionado como para comprender que llorar es un acto tan natural como cualquier otro y que las sensaciones reprimidas terminan saliendo de una forma u otra. ¿Y qué espera uno de un hombre enamorado —porque, llegados a ese punto, ya no podía negar la realidad— al que tratan como a basura? ¿Que pegue un puñetazo a una pared? ¡Lo que me faltaba! Como si Ava Rochester no me hiciera ya suficiente daño, también tenía que vérmelas contra una pared para sentir una virilidad absurda que no me llevaba a ninguna parte. Y después pensé en ella. Estaba seguro de que todos esos imbéciles de primera con los que salía le habrían dado un puñetazo a la pared e incluso me asusté al pensar que más de uno se lo habría dado a ella.

Me vestí y bajé. Necesitaba un café, cicuta, lo que fuera. Volví a escuchar el piano y como el sadomasoquista que era, me senté en las escaleras una vez más, dejando que volviera a convencerme con aquella suave melodía y una pared entre nosotros.

♪ *And I know that it's complicated*

But I'm a loser in love, so baby

Raise a glass to mend all the broken hearts

Of all my wrecked up friends [...] ♪

Sentí que nunca sería suficiente cuan comprensivo fuera con ella, pero que debía seguir siéndolo. Sonreí triste y sarcásticamente, y me pregunté si el contacto continuado con mi señorita Rochester no haría con mi corazón lo mismo que había hecho con el suyo, propagándose corrosivamente todo lo que la martirizaba e infectándome a mí en el intento.

Se confundió en algunas notas y dejó de tocar. La música se convirtió en sollozos y me levanté para acercarme a ella. ¿Qué importaba ya lo que fuera a decirme? Estaba convencido de que me regañaría como a un niño por no aprender la lección: que uno no debe abrazar a Ava Rochester cuando lo que quiere es ahogarse en su propio pozo de miseria. Me sorprendió, sin embargo, porque cuando acerqué mi cuerpo al suyo por detrás, temblaba tanto que me hizo temblar a mí, pero me sujetó de los brazos, agradecida porque hubiera estado para cogerla cuando se caía.

—Lo siento —me dijo como pudo.

Ese día fui especialmente cuidadoso con lo que decía o dejaba de decir, pero ella también lo fue conmigo. Comprendía que yo era como era y que no iba a dejar de decir las cosas que decía solo porque ella no estuviera dispuesta a aceptar parte de lo que sentía por mí.

La casa tenía una piscina en la parte trasera y aprovechamos que el calor nos acompañaba todavía —las últimas chispas de un fuego que el calentamiento global nos estaba ofreciendo de

forma tardía— para pasar la tarde tumbados en las hamacas. Reconozco que nunca me ha gustado tomar el sol, por lo que me adapté como pude a aquello, con una sombrilla a mi lado y un libro en la mano.

Annette se acercó a mí y me pidió que le echara crema en la espalda. Empezamos a hablar del tiempo y después vimos a Marco y Ava en la piscina, salpicándose como niños pequeños. Valoré lo equivocado que estaba al suponer que mi señorita Rochester se habría convertido en sirena en contacto con el agua y añoré esa cola que nunca terminó de salirle, pero también disfruté, algo culpable, de lo que aquel bañador oscuro hacía con sus curvas, dispuesto a perderme en todas.

—Dime, Andrew —pues ese fue el nombre que usó Annette, no me estoy confundiendo al transcribirlo—, ¿tiene sentido que una ya no confíe en su pareja si la engaña con otra?

No fui tan intuitivo como acostumbro a ser y reconozco que me avergüenzo un poco de ello.

—¿Ava y Marco...?

—¡No! No, por Dios. Ava nunca me haría eso. Marco, sin embargo...

—Vaya, lo siento —¿Y qué dice uno cuando le cuentan algo así?—. Pero es normal, ¿no?. Si depositas tu confianza en alguien y esa persona te falla, es normal que no sea fácil volver a confiar. Aunque solo tú sabes la magnitud del pecado y el auténtico arrepentimiento del pecador.

Me sentía extraño porque alguien a quien apenas conocía vertiera semejante información en mi oído y esperara, además, que reconociera aquella responsabilidad que me confería el ser el falso novio de Ava, obligado a buscar y usar las palabras adecuadas.

—Claro. Pero, aunque las intenciones sean buenas, a veces..., no sé, si cortas una red, todo lo que hay en ella termina cayendo y me siento un poco así, como si mi red ya tuviera varios puñales, sea Marco o no el culpable de todos.

Dejé de extender la crema, pero mantuve mis manos en su espalda porque, al contrario que Ava, Annette sí parecía saber apreciar aquellos gestos.

—Sé que es fácil hablar desde la distancia, pero solo tú puedes hacer control de daños. No sobre la relación, que es algo minúsculo en comparación, sino sobre ti misma. Y solo tú debes decidir si dejar que Marco te acompañe y te apoye, o necesitas hacerlo sola. Las dos opciones serían igual de válidas.

Aquella forma tan genérica de dirigirme a un problema similar era lo único que podía usar en mi favor, pues no sabía más que la punta de un iceberg que se estaba derritiendo.

—Gracias, Adam. No suelo tener mucha esperanza cuando le pido consejo a un hombre, discúlpame por dejarme guiar por estos prejuicios absurdos, pero me imaginaba que contigo sería distinto.

Había vuelto a llamarme Adam.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Por qué me has llamado Andrew antes?

—¿Andrew? Pues no lo sé, a lo mejor es que uno de los novios de Ava se llamaba así y me he confundido. A lo que iba, no me interrumpas: haz lo que sea, de verdad, lo que sea, para que mi amiga deje de autosabotearse. No te imaginas cuánto detesto esas relaciones absurdas que tiene con tipos que no la merecen ni la merecerán nunca.

—¿Y quién te hace pensar que yo sí la merezco? —pregunté.

—Bueno, te acabo de hacer una prueba y la has pasado.

—¿Entonces lo de Marco no es verdad?

—Sí, claro que es verdad, pero una cosa no quita la otra. Ava necesita a alguien con quien no esté discutiendo todo el rato o con quien no se levante la voz a la primera de cambio, alguien que sepa cómo guiarla.

—Pues no sé si ese soy yo —contesté, dubitativo.

—Las paredes son de papel, Adam. Con alguien retroalimentando esos comportamientos, Ava nunca conseguirá salir de ahí. Tú, sin embargo, parece que consigues que se dé cuenta de las tonterías que dice y hace, y lo mejor, que se sienta culpable por hacerlas. De eso a intentar evitar hacerlas hay un paso, ¿no crees?

—Más bien una maratón. Pero, oye, dime una cosa. Todas esas anécdotas que Ava cuenta de su madre ¿son todas ciertas o es el rencor el que la impulsa a magnificarlas? —pregunté bastante convencido de que la segunda opción sería la vencedora.

Annette no se lo pensó.

—Todas son ciertas —me dijo.

Dejamos de hablar al poco rato, pues alguien no parecía estar muy contenta con aquella nueva amistad.

—Quítale las manos de encima —bromeó mi señorita Rochester. O eso creo.

Aleje las manos de su amiga, pero ella no se quedó callada.

—Apunta mi número, Adam. Para cuando esta idiota te haga daño y necesites un hombro sobre el que llorar y una cama en la que meterte.

Me sonrojé, pero Annette, que solo bromeaba, se sentó en la hamaca de al lado y Ava ocupó su lugar. No habría sido raro, en realidad. Parecía una persona madura y, desde luego, más dulce y comprensiva que mi señorita Rochester. Sin embargo, llegados a aquel punto, yo ya solo aspiraba a que Ava Rochester destrozara mi vida por completo en ese intento agotador por enamorarla.

—No te gustaría —me dijo Ava en voz baja mientras se secaba con una toalla—. El café le sale genial, no es tu tipo.

Me miró, extrañada.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Siempre has tenido tan poco vello en el pecho? Pareces un niño.

¿Es que acaso no podía decir nunca nada bueno de mí?

—Si realmente fuera un niño podría denunciarte por lo que me hiciste ayer.

Después de reírse, bajó la voz y me susurró al oído.

—Si no me denuncias, te enseño las tetas al final de clase.

Me mordí el labio sin darme cuenta y se echó a reír de nuevo. Me apoyé en su hombro y la escuché suspirar. Cuando hubo terminado de secarse con la toalla se tumbó sobre mí y yo me vi obligado a hacer lo mismo contra el respaldo de la hamaca. Aquella excusa del falso novio le estaba viniendo de perlas para permitirse tantas cosas..., para permitírnoslas, a los dos.

Finalmente, se quedó dormida encima de mí y yo continué leyendo, intentando no despertarla. Haciéndonos ese favor también a los dos.



La noche llegó y con ella todos regresamos dentro de la casa.

De nuevo, volví a observar el ritual de amor de mi señorita Rochester por los suyos, con un delantal puesto y encerrada en la cocina mientras nosotros intentábamos honrar su predisposición teniendo la mesa preparada.

Estaba tan suave conmigo desde aquella mañana que me dejó mirarla cuanto quise y apoyarme en ella si lo precisaba, una vez la cena se había antojado copiosa en exceso y ya solo el café nos libraba de caer en manos del sueño. Jackie propuso, realmente animada, que jugáramos a juegos de beber, como cuando éramos críos.

—No mientas, Jackie, si tú y yo seguimos jugando a esos juegos —confesó su Laurie.

En la mesa aparecieron tantas botellas distintas que no comprendía cómo habían cabido todas en ningún coche. Empezamos a llenar los vasos y a jugar con una moneda que no me quedó claro dónde había que meter ni quién tenía que beber cuando entraba en el vaso.

Después de un rato, Marco añadió una regla: cada vaso pertenecería en secreto a una persona y quien metiera una moneda en el tuyo debía besarte. Observé a Annette un segundo y ella me devolvió una mirada cargada de circunstancias. También de alcohol.

Los besos empezaron a volar mientras nuestras amigas graduadas de cuello alto nos hacían ya efecto a todos y yo veía a la amiga de mi señorita Rochester cada vez peor. Ava, sin embargo, estaba demasiado ocupada tirando su moneda como para darse cuenta de algo así y quién sabe si fue el destino o una mano maligna a la que más tarde tendría que enfrentarme la que decidió meter su moneda en el vaso de Marco, besándolo Ava a continuación con juguetona soltura. Y Annette, cuya templanza le habría permitido seguir allí en condiciones normales, pero que adulterados sus nervios por el alcohol no quería ver aquello más, se levantó de su silla y se fue escaleras arriba. Yo me puse en pie también, con intención de seguirla, pero mi falsa novia se molestó conmigo de nuevo.

—¿Por qué tienes que ir detrás de ella? No es con Annette con la que estás saliendo, si mal no recuerdo.

Marco se me adelantó y fue a hablar con su novia, como bien le correspondía. Yo, sin embargo, estaba siendo encarado por una mujer que no era la mía, pero que fingía serlo.

—No quiero discutir, Ava —le dije, cansado.

El alcohol nos estaba haciendo mal a todos. Yo también subí las escaleras, pero ella no se dio por vencida. Me siguió hasta la puerta de nuestra habitación y allí volvió a gritarme. No tuve más remedio que meternos dentro a ambos y cerrar la puerta para tener algo de intimidad.

—No me grites. Eres tú la que se ha besado con su novio como si acabaras de conocerlo en una discoteca.

—Es un puto juego. ¿Y tú qué? Tú también te has besado con ella en ese mismo juego y esta tarde has estado con ella. También mientras yo os hacía la puta cena. ¿Te crees que no os he visto?

Sí, mientras Ava preparaba la cena también estuve hablando con Annette. Presentí, además, que mi señorita Rochester no sabía nada sobre el desliz de Marco.

—¿Y qué problema hay? ¿No se supone que es tu amiga?

Temblaba de nuevo y miraba hacia todos los rincones de la habitación. Entendí, veloz, que debía parar aquello porque el alcohol estaba sacando lo peor de ella. Sus miedos flotaban a su alrededor y se sentía más vulnerable que nunca. Comenzó a llorar, enfadada consigo misma por aquella muestra de debilidad y por ser una amiga terrible.

—Ava... —intenté acercarme a ella, pero se alejó.

—¿Lo ves? No quiero esto. No quiero relajarme y abrirme y que...

—Ava, no te he hecho nada —volví a intentar acercarme, pero no me dejó.

—Da igual. Es una advertencia, ahora que las lágrimas solo son cuatro y el amor todavía es solo un juego.

Se me rompió el corazón al verla así. Tanto era el miedo que tenía a que la abandonaran que, pese a saber que no había nada entre su amiga y yo, sus alarmas habían saltado con aquella minucia y ya no quería permitirse jugar más al juego de estar cerca de mí.

Sabía que si me iba, que si la dejaba sola toda la noche, la habría perdido al día siguiente. Me acerqué una vez más y la abracé contra su voluntad. Se revolvió lo suficiente para resultarme trabajoso el mantenerla entre mis brazos, pero terminó rindiéndose y rompiendo a llorar de nuevo.

—¿Por qué has tenido que venir al maldito Rosewood, joder? —preguntó, casi para sí, con su rostro todavía escondido en mi pecho.

No parecía el momento propicio para bromas absurdas, así que me las ahorré. Dejé que siguiera así todo lo que necesitara y yo no pude evitar hundir mi nariz en su pelo, tampoco acariciarla.

Al cabo de un rato comenzó a calmarse y se deshizo de aquella burbuja que había creado para los dos, alzando la cabeza. Me miró con lágrimas en los ojos y las mejillas rojas y podría jurar que nunca la había visto más hermosa que en aquella ocasión. «¿Qué problema tienes en la cabeza, Andrew? ¿Qué problema tienes para encontrar tan arrebatadora a una mujer que llora en tus brazos?», me interrogué. Tal vez fuera el hecho de que me dejara verla por fin, a esa Ava que se molestaba en ocultar para que nadie supiera realmente lo que pensaba o sentía. Me pregunté cuánto haría que no lloraba de verdad—sin contar el funeral, claro— y cuánto que no lo haría acompañada.

Mientras mi cabeza sopesaba todo eso, el tiempo no se detuvo y ella terminó besándome una vez más. Aquel beso significó el principio del fin, de alguna manera. Casi como la firma en un contrato que vaticinara nuestra rendición al otro.

—No, espera —nos interrumpí cuando ya habíamos aceptado lo que iba a ocurrir—. Has bebido y estás mal, no quiero aprovecharme... otra vez.

Una mirada de desesperación cruzó su rostro y realmente decidida, me dijo lo siguiente:

—Andrew, escúchame, escúchame ahora que soy yo la que te habla y no el orgullo. Si no me lo haces esta noche, mañana habré vuelto a levantar otro muro contra ti y será más alto y pondré centinelas a vigilar en todos los puntos ciegos que has usado para llegar hasta mí. Ayúdame, engáñame ahora que me tiemblan las piernas y el corazón para que mañana me levante con la posibilidad de convertirme en otra.

Sus labios estaban tan cerca, y sus palabras eran tan sugerentes. No sabía si estaba haciendo lo correcto, pero no le costó mucho convencerme con aquellas palabras. Yo, que siempre he muerto por dentro con los parlamentos de los grandes clásicos que nos preceden, era débil —lo sigo siendo— a unas palabras escogidas con maestría que hacen desbordar los corazones. El mío, en este caso.

La besé con soberana determinación y degustamos cada caricia de esos labios con desesperación pareja. La impaciencia guio sus manos y quiso leer las últimas páginas de un libro que todavía no había empezado. Desabrochó mi pantalón y yo hice lo mismo con su camisa. Cuando me di cuenta, ya me estaba deshaciendo en sus hábiles manos y, como un niño, yo seguía parado en su cuello. Detuve rápido aquella carrera y obligué a Ava a colocarse de nuevo en la casilla de salida. Mi tempo no era el suyo y habríamos tocado una melodía terrible si la hubiera dejado adelantarse tanto, así que terminé de desvestirla, la tumbé sobre la cama y al besar de nuevo su costado recordé que ya lo había hecho cuando aquella diminuta flor me saludó. Noté cómo se estremecía y apunté mentalmente aquel punto de inflexión en su cuerpo, donde las cosas solo podían hundirse o salir a flote. Por suerte para mí y también para ella, la marea nos mecía con suavidad y no había grandes olas a la vista. Lo único que ponía mi vida en peligro era aquella sirena que aleteaba bajo mi cuerpo, mitológica como ya la había descrito con anterioridad y, sin lugar a error, ahora que podía comprobarlo por mí mismo, absolutamente desnuda en su belleza de hechicera.

No habría sido la primera vez que me preguntaba por qué los hombres perdían la cabeza por las mujeres. Entendía, pues la había vivido, una respuesta obvia para semejante planteamiento, pero no para su compañero, aquel que se cuestiona qué encuentra una mujer de atrayente en un hombre. Pensaba en mi situación: un cuerpo tosco tendido sobre el de mi señorita Rochester, casi molesto en su ordinariez, ignorante de su potencial y dedicado por extensión a un ejercicio monótono de mecánica penetración. Y ellas, sin embargo, eran tan buenas que perdonaban nuestras faltas: la simplicidad de nuestras formas, el ser unos iletrados cuando se trataba de sus cuerpos —porque si no intentábamos conocer los nuestros más allá de lo rudimentario, mucho menos los de ellas—. Me habría gustado sentirme atraído por algún hombre en alguna ocasión, porque aquello me habría ayudado a entender el encanto que debíamos de poseer para que siempre terminaran buscando algo de nosotros. Olvidé por un segundo que a mi señorita Rochester le gustaban también las mujeres y eso fue lo único que me pareció tener sentido de toda mi diatriba interior: que Ava había sido hábil al entender lo que manaba de ella y del resto de mujeres, y que no había podido resistirse a ello como tampoco lo hacía yo. A veces me parecía que estaba a eones del resto y, otras, sin embargo, no era capaz de mirarse en un espejo y ver lo más obvio de sus inseguridades y sus miedos. Porque presumía de conocerse y tener claras

cuáles eran las cosas que la habían hecho ser quien era, pero se comportaba como si ese fuera todo el trabajo cuando solo era el comienzo.

—¿Estás bien? —me preguntó, al verme con la cabeza en otra parte.

Le contesté con una sonrisa y ella me respondió con una dulzura inusitada que me dejó atrapado completamente en la realidad que estaba viviendo con ese azúcar que se derretía bajo mi cuerpo. Tierna, complaciente, pendiente de mí más que nada. Nunca la había visto de aquella manera —tuve miedo a que ella tampoco se hubiera visto así nunca— y fui consciente pronto de mi responsabilidad para con Ava, después de mostrarme aquella parte de sí misma por fin. Eso no significaba que ella fuera realmente así, desde luego. Sabía que era indómita como la que más, pero cualquiera necesita, después de mucho tiempo llevando una coraza, quitársela y dejarse querer.

Casi me dolió romper todo aquello con la conocida brutalidad de un miembro que se negaba a permanecer quieto más tiempo, pero fue precisamente Ava la que se compinchó con él sin avisarme, comenzando por sacar un preservativo del cajón. Cuando me quise dar cuenta, ya estaba dentro de ella porque se retorció como el regaliz y se puso roja de igual forma.

No dejé de ser cuidadoso en primera instancia, como bien se esperaba de mí, pero cuando observé lo dificultoso que le resultaba a mi señorita Rochester la lentitud con la que me lo estaba tomando, laforcé todavía más a calmar su impaciencia, estirando su sufrimiento y jugando con su conciencia en la medida en que podía permitírmelo sin perderla yo por el camino.

Repetía mi nombre desesperada cuando ninguno pudo más y nos abandonamos a la basta existencia de la máquina que deja correr sus engranajes bien engrasados por el mismo recorrido una y otra vez. Solo el hombre es capaz de disfrutar algo tan natural y convertirlo en una actividad absolutamente mecánica, y mi señorita Rochester demandaba aquella industrialización de nuestros miembros a gritos. Pedía y pedía como si solo yo pudiera consentirle sus caprichos y, caprichosa, terminó corriéndose poderosamente y precipitando, al mismo tiempo, mi caída de forma resbaladiza y penosa por los páramos húmedos de sus muslos.



La pregunta

«No te enamores de mí»

Ya me había acostumbrado a despertarme oliendo a rosas. Porque, aunque lejos de Rosewood, Ava me lo recordaba cada mañana con su aroma. Era curioso cómo una parte de mí tenía miedo de que me clavara un cuchillo mientras dormía y la otra solo podía pensar en lo sumamente encantadora que estaba cuando lo hacía. Lo de dormir, no lo de acuchillarme.

—Apaga la luz —musitó de pronto, en medio de aquel despertar silencioso.

Lo único parecido a una luz eran las franjas que se colaban por la ventana y ni siquiera eran suficientemente fulgurantes como para molestar a nadie.

—Ava, no hay ninguna luz —le dije.

—Apágala. Apaga la luz. ¡Me quema, apágala!

Comenzó a revolverse incómoda, angustiada, como si aquella luz la devorara. «Genial, ahora es un vampiro —pensé—. Mi falsa novia es en realidad un vampiro».

—Ya está —mentí—. Ya he apagado la luz.

En cuanto dije aquello, volvió a tranquilizarse y se dejó caer de nuevo en mis brazos. Quise apiadarme de mí mismo por ser el falso novio de una auténtica chiflada, pero cuando me fijé en el libro que había en su mesita, até cabos. Estaba leyendo *Vampirismo*, de E. T. A. Hoffmann. Algo que, desde luego, tenía sentido. Al fin y al cabo, uno no deja a Evanescence o Victoria Francés de la noche a la mañana.

Entendí también que sus ciclos de sueño fueran tan extraños y que tuviera pesadillas de vez en cuando. Se despertaba temprano, bajaba a tocar el piano, desayunaba y se volvía a acostar hasta la hora de comer. Entre la comida y la cena volvía a dormirse y yo nunca entendí, con todo lo que comía y lo mucho que dormía, cómo no engordaba un gramo.

Aquella mañana no hubo piano, solo Andrew. No sé si quería, a posta, cargarse mi estudio sobre sus costumbres, o estaba fingiendo estar dormida para no tener que desprenderse de mí, pero se pasó toda la mañana en la cama.

Nadie vino a despertarnos. Supuse que el conato de bronca de la noche anterior habría hecho que cualquiera decidiera mantenerse al margen, pero luego me di cuenta de que si algo hacía mi señorita Rochester de forma más ruidosa que enfadarse o discutir era el amor —me habría matado si hubiera oído que lo llamaba así—. Por lo que no me quedó duda alguna de que lo que nadie quería ver aquella mañana era a nosotros, como Dios nos había traído al mundo.



De tarde volvimos a la piscina, pero lo hicimos después de una siesta —sí, otra más. Esta sin ningún percance—, y el tiempo se nos echó encima de tal manera que terminamos cenando en la

terrazza, con las tenues luces del exterior.

El ambiente era tan agradable que todos sonreíamos debido a su influjo. Laurie y Jackie volvieron a traer el alcohol y empezamos otro de esos juegos, prometiendo que, en aquella ocasión, teníamos la intención de jugarlo como adultos, sin incidencias a la vista.

Ya no se trataba de un vaso y una moneda. Comenzamos a hacer preguntas y a responderlas. A hacerlas también, y a beber si no queríamos contestar.

—Bien, ¡Ava! —continuó Jackie, pues ya llevábamos un tiempo jugando—, ¿cuál es tu postura favorita en la cama?

—Vamos, chicos, a este paso no voy a beber nunca —dijo bebiendo, claro. Porque contestar, iba a contestar igual. Siempre lo contestaba todo. Si querías mantener algo en secreto, no debías contárselo a Ava o permitir que jugara a esos juegos, porque siempre contestaba a todo. Era parte de esa faceta suya a la que todo le importaba un comino, el rebosante cinismo de la edad—. Mi postura favorita es a cuatro patas. ¿Y quién no se lo había imaginado? Que levante la mano. Eh, y que levante la mano también quién no me esté imaginando ahora mismo a cuatro patas.

No era ninguna sorpresa, pero nadie levantó la mano. Ni siquiera yo. ¡Sobre todo yo! Me resultó curioso que Ava, siendo como era de directa y cagándola como la cagaba siempre en los momentos más inoportunos, no me hubiera apartado de su lado en la cama la noche anterior, únicamente para ponerse a cuatro patas frente a mí y pedirme que lo hiciéramos de aquella manera. Me pareció positivo, incluso, pensar que quizás me estuviera tomando más en serio y no como otro de sus juegos para pasárselo bien. Pensé, también, adepto como era a la negatividad en todo lo que atañía a mi señorita Rochester, que tal vez el sexo conmigo no le hubiera gustado demasiado por encontrarlo monótono. Pensar demasiado era la montaña rusa más peligrosa de mi existencia.

Resoplé y me pasé la mano por la nuca sin darme cuenta. Ava cazó mi mueca al instante y me puso la mano en la pierna. Hizo un gesto con el rostro, preguntándome, sin abrir la boca, si estaba bien, y yo asentí.

—Adam, cuéntanos algún un secreto tuyo —propuso Annette, pues era mi turno.

Las únicas cosas de las que no quería hablar vinieron a mi cabeza. No obstante, terminé vislumbrando algo de luz al final del túnel.

—A veces busco mi nombre en Internet.

Todos me abuchearon y no supe si por buscarlo o porque no era eso lo que querían oír.

—Tranquilos, que hay más. A veces busco mi nombre en Internet y una de esas veces que lo hice encontré una página de Facebook que no llevaba mucho tiempo en activo y que se llamaba *La sonrisa de Andr... Adam Palmer*.

Sentí la mirada de circunstancias de mi señorita Rochester a pesar de no haberme fijado en ella. Casi me equivocaba con aquel nombre ficticio.

—Al parecer, mis alumnos —continué—, sobre todo las chicas, supongo, me hacen fotos sin que me dé cuenta mientras doy clase y las recortan. Y esas fotos que suben son de mi sonrisa. Así que, desde hace un tiempo, cuando estoy mal de autoestima, entro en esa página de

Facebook y al ver que siguen haciéndome esas fotos, quiero pensar que a lo mejor ya no tiene sentido que siga creyendo que soy menos de lo que soy.

Observé a Ava y me gustó lo que vi en su mirada.

—¿Y no piensas que es un poco *creepy*? —preguntó Jackie.

Llegué a pensarlo, sí. Después, sin embargo, me di cuenta de que la cantidad de maldades que unos alumnos pueden hacer a su profesor con las nuevas tecnologías es ilimitada, y que mis alumnas —porque lo comprobé, eran casi todo chicas— se dedicaran a subir fotos, no de mi entrepierna o de mis absurdas caras, sino de mi sonrisa, me resultó un gesto tan tierno que no podía castigarlo. Ellas mismas entendían la gracia de su página, recortando siempre mi boca a ras y convirtiendo su juego en algo cómico. Nunca, hasta ese día que conocí la existencia de semejante página, me había dado cuenta de a lo que se refería mi hermana cuando me señalaba que sonreía de forma particular. Ver una galería de imágenes llena de dientes me lo dejó bastante claro. Y después vino mi señorita Rochester, hablando de mi sonrisa de duende.

—Solo son cosas de críos. Además, siempre me recortan demasiado, no se sabe que soy yo.

¿Qué podía decir alguien que había basado su autoestima en contadas ocasiones en el número de fotografías que se habían subido desde su última visita?

—Salvo por el nombre y el apellido, querrás decir —añadió Annette.

Mi señorita Rochester llevaba un rato dándome con el pie por debajo de la mesa y hasta que sus toques no se convirtieron en golpes declarados, no me di cuenta de que, si a alguna de aquellas cuatro personas les hubiera parecido tan divertida mi anécdota como para buscar el nombre de aquel grupo en redes, se habrían encontrado con que no existía. En su lugar, habrían descubierto que sí podían ver la sonrisa de un tal Andrew Palmer y que se parecía, extraña y sospechosamente, a la mía. Por suerte, en aquel momento, los amigos de Ava le ponían más ojitos a las botellas que a sus teléfonos móviles.

Dimos una vuelta entera y descubrí cuál era la cosa más vergonzosa que Jackie había hecho, el sexo más horrible de Marco y que Annette tenía hongos en el dedo gordo del pie. Alguien mencionó algo sobre el suicidio de una excompañera suya de clase y eso me llevó a pensar la siguiente pregunta de Ava más por azar que por otra cosa. Aunque reconozco que tampoco me sonaba a ninguna locura.

—¿Alguna vez has...?

Apreció enseguida que me estaba costando hacer aquella pregunta.

—¿Qué? ¿Hecho un trío? —intentó ayudarme sin conseguirlo—. Más de uno.

Otra vez esa sensación, la de volverme pequeño al lado de mi señorita Rochester.

—¿Alguna vez has intentado...?

Me di cuenta tarde de que no era una pregunta adecuada para un juego. Menos todavía para hacer en público. Se me estaba pegando esa costumbre absurda de Ava de carecer de filtro alguno. ¿Quién, en su sano juicio, le pregunta a otra persona si ha intentado suicidarse alguna vez o si se ha hecho daño a posta?

—¿Matar a alguien? —continuó.

Piqué como un tonto, pero también me salvó la vida.

—¿Lo has hecho? —le pregunté.

—No, pero he querido.

—¿A quién? —interrogó Annette, dudosa de conocer a esa persona.

—Ken Lloyd. Se pasó toda la secundaria diciendo que tenía ojos de loca.

—Y los tienes —bromeé, casi sin pensar—. Unos hermosos ojos de loca.

Todas mis intervenciones parecían estar dando sus frutos. Por fin estaba aprendiendo a tocar los botones adecuados para que Ava dejara de reprocharme cosas con la mirada y decidiera más bien agradecerme las, pese a estar llamándola loca.

—Esta pregunta es para todos —interrumpió Laurie, orgullosa por aquella idea que había tenido de preguntar a todos los presentes—, ¿qué os aporta el sexo? Es un tema que Jackie y yo llevamos discutiendo unos días y nos encantaría tener vuestra opinión.

—¿Seguro que quieres que te lo explique? —bromeó Marco, y todos reímos. Annette un poco menos.

Cada uno lo expresó a su manera, pero cuando la pregunta llegó a mí no se me ocurría una forma de describirlo que tuviera que ver precisamente conmigo. El sexo me gustaba, como a cualquiera, pero había algo que echaba de menos de aquel juego bajo las sábanas y tenía que ver más con mi compañera de juegos que conmigo. Miré a Ava, pensando una respuesta. Ella intuyó, erróneamente, que prefería que hablara antes para darme más tiempo a pensar.

—Creo que me libera —su tono resultaba seguro pero algo quedo—. Es como otro mundo. Cuando estoy ahí y mi cuerpo hace lo que quiera que haga para conseguir que mi cabeza se vaya lejos, es algo que agradezco. Y puesto que no tomo drogas y no bebo —todos nos reímos—, disfruto esa burbuja que me desconecta del resto de la humanidad, de mis problemas, de todo.

Hablando de beber, recuerdo que cogí mi copa, le pegué el correspondiente trago y terminé por no contestar a la pregunta, desatando la curiosidad de todos en aquella mesa.

La noche acabó para aquella comitiva de jardín, pero mi señorita Rochester seguía con la mosca detrás de la oreja y me preguntó en cuanto llegamos a la habitación.

—¿Qué te aporta a ti?

Se había apoyado contra la puerta, bloqueando esta, y sonreía de esa forma suya que decía: «te empiezo a conocer más de lo que piensas».

—¿A qué te refieres? —pregunté, intentando darme unos segundos para amueblar mis pensamientos.

—Vamos, no me engañas —dijo acercándose a mí, como si la costumbre ya no fuera ningún problema. Como si hubiera pasado a lubricarnos directamente.

Yo sonreí, nervioso. Siempre lo hacía cuando ella me miraba de aquella forma.

—¿Por qué no has querido contestar?

Me puse rojo. No, tampoco quería contárselo a ella, que no tardó en abrazarse a mi cuello, apoyarse en mi hombro y cerrar los ojos. Y sé que en aquel cuello se hartó de oler mi piel porque la escuchaba respirar de aquella forma tan inequívoca y porque yo hice lo mismo también con ella. Semejantes gestos casi hacían que me doliera el corazón. Ese impulso frenético que no sabes si es tan vivo por saberte tan cerca del ser amado o por el miedo a perderlo.

Volvió a besarme. Después del segundo beso, el que nos dimos en su vieja habitación en aquel día inconsolable donde los muertos todavía nos hablaban, me prometí que empezaría a contarlos, pero cuando escaparon a nosotros, se me hizo imposible llevar la cuenta. Generé pronto el miedo a quedarme sin ellos. A saberme tan seguro en poder tenerlos que tal vez los empezara a infravalorar y ella decidiera quitármelos.

Cuando se separó de mí, tuve miedo a que ese momento hubiera llegado. La seguí con la mirada y mientras se cambiaba, yo hice lo mismo. Nos metimos en la cama casi sin dejar de mirarnos y, una vez la abracé —sí, ya casi no me mordía cuando lo hacía—, me habló de nuevo:

—¿Por qué no quisiste contestar a la pregunta de Laurie?

Aquella sensación cálida de tener a mi señorita Rochester junto a mí me desató la lengua.

—Supongo que me resultaba extraño que todos hablaran de sí mismos.

—¿A qué te refieres?

—Pues a que hace mucho que no me acuesto con alguien...

—Joder, y yo que pensaba que dejaba huella —me interrumpió.

—No quería decir eso. Me refería a antes de ti. Y pensando en estos días... no sé, se me hacía raro ser el único que no hablaba de un desahogo personal. El único tonto que solo pensaba en la otra persona y en cómo es cuando...

—¿Y cómo soy? —preguntó.

—De eso se trata. Eres tú misma.

—¿Frágil, vulnerable? —comencé a notar ese deje en su forma de preguntarlo. Estaba a la defensiva. Supongo que porque había descubierto más de lo que esperaba que un *boyscout* como yo descubriera de ella.

—No. Sincera.

Con nuestros rostros en armonía sobre la almohada, Ava me miró. Supuse que mientras mis dedos jugaban con su pierna y mis palabras con su corazón, empezaba a sentirse un poco perdida.

—Andrew...

Sabía lo que iba a decir.

—... no te enamores de mí.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque te romperé el corazón.

—O yo a ti —me atreví a contestar.

Conseguí que se riera y esa fue mi mayor victoria de aquella noche, antes de quedarnos dormidos en medio de un beso, en el apogeo de nuestros abrazos.



La comida

«No vayas tan rápido. Y respira»

Hay quien pensará que esta especie de manual —no sé en qué momento decidí llamarlo así— debería terminar aquí, con aquella mujer durmiendo entre las mismas sábanas que yo, pero lo cierto es que, para los románticos más entregados, aquí es precisamente donde comienza la historia de verdad. La montaña rusa que sube y baja con sus llantos de alegría y las acusadas decepciones.

El sol que nos vio amanecer al día siguiente presencié también la vitalidad que presentaba mi señorita Rochester recién levantada. Me cabalgó apoteósicamente y sin yo esperarlo hasta que le pedí una tregua. Llegué a pensar que estaba usando de excusa aquel encarcelamiento *contra su voluntad* para saciar sus ganas de mi compañía y que una vez puesta en libertad, volvería a evitarme, y me pregunté cuánta energía tendría yo para andar detrás de ella y durante cuánto tiempo. Al fin y al cabo, de eso trata la madurez en parte, de aceptar las derrotas cuando se te presentan.

Ese mismo día nos despedimos de todos y abandonamos pronto la casa, pues nuestras obligaciones como docentes llamaban a la puerta.

Con el tiempo me contó que Annette le había vuelto a visitar. «Tomamos un café y cuando te mencioné, me dijo que dejara la tontería de *Adam*, que sabía que no te llamabas así y que no le había gustado que le mintiera», me reveló. Le interrogué sobre cómo lo había descubierto. «Me dijo, literalmente: las paredes son de papel y tú una escandalosa cuando tienes sexo», contestó. No pude evitar echarme a reír y preguntarle hasta qué punto le había molestado aquel pequeño teatrillo a Annette. «Lo normal. Le dolió que la viera como una madre a la que evitar más que como a una amiga en la que confiar. Y al final tiene razón y tú también cuando intuías que mi comportamiento iba por esos derroteros. El motivo por el que quería evitar ese tipo de cosas también era para no sentirme yo como una mierda, sabiendo que siempre tomo las peores decisiones, supongo». Algo que, por aquel entonces, tampoco tenía mucho interés en cambiar.

A media mañana del primer día de clase tras el puente de la rosa, con el escaso tiempo libre de los alumnos que por fin pueden disfrutar de un merecido descanso en el patio del recreo, me pregunté si ese día Ava vendría a verme y me di cuenta de que estaba siendo demasiado impaciente, pero no podía dejar de pensar en ella. Cerraba los ojos y venía a mí ese olor a sexo que es todavía más peligroso que abrir el gas en mitad de una crisis de existencia. «Contrólate», me dije, con el corazón ya nervioso, temeroso de que un soplo de aire cambiara sus pensamientos con la pasmosa facilidad que levanta una falda.



Esa misma noche, ya en mi casa y recorriendo mi cama de un lado al otro sin posibilidad de pegar ojo, decidí escribirle un mensaje.

¿Estás dormida?

Porque sí, soy profesor de Lengua y no se me ocurre escribir nada con faltas de ortografía —si puedo evitarlo—. Además, ya tengo una edad y, por tanto, me corresponde no dar demasiadas patadas al diccionario.

A los pocos segundos, mi pantalla se iluminó y mi corazón dio un vuelco. Me había enviado una foto del libro que estaba leyendo y de fondo vi sus piernas y el resto de su habitación. Observé la imagen a conciencia durante un rato, aferrándome a las migas que me dejaba por el camino de nuestra relación. Y, como sucede al principio de toda relación, podría decirse que cualquier cosa encendía la hoguera de nuestros miembros. Me di cuenta cuando le pasé la misma foto a ella.

No sé qué haces leyendo en lugar de estar follando

Leí varias veces la misma frase, por miedo a estar imaginando la respuesta que yo quería y no la que realmente me estaba enviando. Aunque, ¿para qué mentir?, ni siquiera mi propia mente habría usado un vocabulario tan soez aún en el olimpo de mi excitación. Como siempre, Ava era brusca hasta para respirar, y aunque me habría puesto los vaqueros y habría salido de casa a toda velocidad para presentarme en su puerta aquella noche, los juegos no funcionan así.

Invítame a cenar y ya veremos

No me contestó. Recordaba cómo era ligar de aquella manera y las experiencias que había tenido pertenecían a conversaciones largas que terminaban con un dolor de testículos difícil de soportar y el móvil lleno de fotos, algunas absurdas y otras subidas de tono. Ava me había pasado una fotografía medio borrosa de un libro, me había dicho una única frase, me había ignorado a continuación, y yo ya me había puesto a pensar en el nombre de nuestros hijos —espero que nunca leas esto, y si lo haces, sé que te reirás de mí por ser un idiota, pero es la verdad.



Al día siguiente se presentó en mi clase con un café y aunque intenté mantener una conversación con ella, dejó el vaso en mi mesa, me sonrió y desapareció. Algo me hizo quedarme prendado de aquel obsequio, lo único que había recibido de ella aquel día. Le di la vuelta y vi algo escrito:

A las nueve en mi casa. Trae vino.

—A

Lo cierto es que nos hicimos muy pronto con esa costumbre de la que Ava tanto quería huir. Aprendimos, veloces como la lengua de una víbora, a encontrarnos con las piernas abiertas y el miembro erecto. Jugamos tanto al gato y el ratón que rompimos una mesa, un jarrón y algún que otro plato. Ella misma tiró su ordenador portátil al suelo en un arrebato y al acabar me pegó con él porque tenía cosas de trabajo dentro y casi las pierde.

Mi casa también pasó por aquel maratón de sexo. Descubrí, incluso, que mi señorita Rochester tenía algún tipo de fijación con que lo hiciéramos en mi despacho. Mi despacho es, en realidad, el nombre que le doy por encima de mis posibilidades a esa pequeña habitación oscura que tengo llena de estanterías, libros y con un escritorio igual de pequeño. Tiene una alfombra roja —llena de lamparones después de nuestras visitas y que tendría que cambiar—, una lámpara verde que Ava no tardó en romper con el pie y poco más. A veces, simplemente nos poníamos a hablar de libros y cuando entrábamos para sacar alguno y continuar la conversación, era ella la que terminaba sacándome a mí de allí sin ropa para tumbarme sobre la cama. Supongo que era parte de *mi rollo*. Ya sabéis, cuando sales con un motero, ese *rollo* tiene que ver con ser peligroso, y el mío tenía que ver con la literatura, con ser el proyecto fallido de un erudito, y mi señorita Rochester era bastante más pretenciosa de lo que le gustaba reconocer, así que cuando hablábamos de libros podía intuir el calor que manaba de sus muslos aún sin tener contacto con ellos.

Comenzamos a pasar juntos los fines de semana. Ella me cocinaba —¡a mí! — y yo preparaba el café. Aquellos gestos me doblegaban completamente, porque yo sabía que no los tenía con cualquiera y me sentía tan afortunado como la Victoria de Samotracia, y también sin cabeza como ella, porque la había perdido completamente por aquella mujer. ¿Lo veis? Empecé incluso a aprender lo que no sabía del mundo clásico y hasta a usar malas palabras por su culpa. Eso la excitaba también, así que digamos que recibía una recompensa por cada mala palabra que usaba y eso no me hacía ningún bien.

Las tardes viendo películas propiciaban todavía más que esa peligrosidad que traía consigo la costumbre se nos pegara como la cera al bigote de mi tía Felicia. Vimos *Across the universe* con té negro y *Heathers* con algo más fuerte. Nos emocionamos con *Les Misérables* y después nos maravillamos con *Rocky Horror Picture Show*. Criticó sin pudor *Mamma Mía!* y yo hice lo mismo con *Rock of Ages*. Todavía no sé si hice bien poniéndole *Moulin Rouge* porque lloró tanto que se enfadó y se encerró en su cuarto durante casi media hora.

Lo peor de todo era su actitud frente a todo lo que decidíamos ver, pues no dejaba títere con cabeza. La hipocresía nos vigilaba desde una esquina del salón cuando Ava criticaba absolutamente todos los comportamientos incorrectos de cada personaje, aleccionándolos sobre cómo debían comportarse. Yo me quedaba mirándola, con la burla por bandera, y ella nunca entendía el porqué de mi rostro, pero si se hubiera aplicado el cuento que les contaba a los personajes de aquellas películas, no habríamos tenido ni la mitad de los problemas que teníamos. Ella misma habría disfrutado de unas relaciones más sanas y no tendría que lidiar con todas aquellas contradicciones internas.

Hasta que empezamos a pasar las tardes en su salón no me di cuenta de todos los libros que

tenía. La gran mayoría sobre Grecia y Roma, pero también sonreí al descubrir algo de ficción en sus estanterías y los grandes clásicos sobre los que terminábamos siempre discutiendo antes de acabar en la cama. En aquel momento, ya casi exclusivamente discutíamos por esas cosas y ni siquiera eran discusiones de verdad, porque casi parecía que me llevaba la contraria a posta para avivar el fuego de nuestros instintos. En una ocasión, incluso, declamó a Keats, libro en mano, mientras mi cabeza visitaba el hueco entre sus piernas y los suspiros casi no la dejaban entonar. Al fin y al cabo, siempre escuché eso de que el sexo es como una partida de ajedrez y lo importante es saber en qué posición colocar a la reina, pero nadie me dijo nunca que a la reina le gustaba hacerlo recitando poesía. Y así se sonrojaba, con la facilidad del poeta para deslizar los poemas más hermosos por sus bellos labios, no habiendo nada que iluminara mis días como sus extravagancias —el tiempo que dedicaba a pasar su nariz por las orejas de Eyre, procurándole cosquillas, era asesino y cuando me di cuenta de aquel ritual tan tierno, comencé a hacérselo yo a su dueña— o esas ganas que tenía de mí y que se esforzaba tanto en contener, no lográndolo nunca.

Convencido de mi suerte, no dudé en compartir esta con Emma en una de nuestras múltiples conversaciones por teléfono. Se alegró tanto que quise ir un paso más allá: la invité a Rosewood con intención de pasar unos días y ella aceptó, eufórica.

—¿Qué te apetece hacer este fin de semana? —me preguntó en voz baja mi señorita Rochester al día siguiente.

La biblioteca nos veía trabajar juntos muy a menudo. Algo dentro de nosotros comenzó a atormentarnos cuando no estábamos cerca y la intimidad de nuestras clases era demasiado peligrosa para tentar a la suerte, así que trabajábamos codo con codo en la biblioteca sin levantar sospechas de ningún tipo.

—La verdad es que este fin de semana no puedo quedar.

Se me ocurrió sobre la marcha que quería hacer sufrir un poco a aquella mujer.

—¿Por qué no? —preguntó mostrando su descontento porque ocupara mi tiempo con algo que no fuera ella.

—Tengo cosas que hacer.

Ser tan genérico me confirió un halo de secretismo que a Ava no le gustó nada.

—Muy bien, pues diviértete.

El resto de la mañana volvió, en parte, a esa inseguridad que la hacía ser brusca e insensible, cerrada y alejada, con la esperanza de que, si alguno de aquellos corazones estaba a punto de romperse, no fuera el suyo.

Aparecí en su clase a última hora y no pude aguantar la risa por más tiempo.

—No sé de qué te ríes, pero estoy ocupada —me dijo.

—De ti, ¿de quién me voy a reír? Llevas esquivas conmigo desde que te dije que no podíamos vernos este fin de semana.

—Andrew, estoy trabajando, déjame —me contestó.

Cogí una silla que aparqué frente a su escritorio, me senté en ella y me apoyé en la mesa, buscando su mirada.

—Mi hermana viene a verme a Rosewood —solté por fin, porque era bromista pero no tan tonto como para echar más leña al fuego.

Ava dejó el bolígrafo y me miró por encima de sus gafas.

—¿Y por qué no me dijiste que era eso?

Buena pregunta. Lo cierto es que no estaba seguro de dónde había nacido aquella pequeña broma.

—Todos necesitamos que enaltezcan nuestro ego en alguna ocasión, supongo. Y verte molesta porque no puedo quedar contigo es demasiado tentador.

—Pues eres un imbécil —contestó, y con toda la razón, porque podía haberle ahorrado aquellas horas incómodas.

La cogí de las manos y la miré a los ojos, cálido como me hacía sentir cuando la tocaba.

—No deberías ponerte así porque no sea absolutamente transparente contigo. De eso trata la confianza.

—¿Y quién dice que confíe en ti?

—Bueno, por lo menos eso quieres, ¿no? Sino no me abrirías las puertas de tu casa. Ni tus piernas.

—Mis piernas no necesitan mucho para abrirse, así que no te vayas a creer especial por eso.

Besé sus manos y ablandé su corazón al instante.

—¿Te avergüenzas de mí? —preguntó con dificultad, dejándome perplejo el hecho de que semejante pensamiento avivara sus inquietudes.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No sé, porque no querías que lo supiera. Lo de tu hermana.

Casi parecía dolida porque no la incluyera como parte de mi mundo. La señorita *no soy tu novia*.

—Al contrario. De hecho, me ha pedido si podríamos comer juntos los tres mañana, para conocerte.

Sus alarmas saltaron de nuevo e inconscientemente se desprendió de mis manos.

—Es que no sé si podré —me contestó.

Yo la observaba, preguntándome cuál de todos los problemas emocionales que tenía mi señorita Rochester era el que le impedía conocer a mi hermana.

—Mira, hemos quedado en el restaurante del Red Rose a la hora de comer. —Mis manos volvieron a hacerse con las suyas y mi mejilla las acarició como pudo—. No quiero obligarte a hacer algo que no quieras, pero me encantaría que vinieras.

—¿Por qué? —me preguntó.

¿Cómo contestar sin lograr que me pegara por exceso de sentimentalismos?

—Pues porque ahora, de una manera u otra, formas parte de mi vida aquí —había empezado bien, pero me costaba demasiado no ser más afectivo con ella—. No sé. Me gustas mucho, Ava, y quiero que también le gustes a ella.

Me salté la parte en la que presumía de lo orgulloso que estaba por haber conseguido que Ava Rochester sintiera por mí algo mínimamente romántico, porque era tan rebuscada que le habría

dado la vuelta, presentándose a sí misma en mi vida como el trofeo reluciente y vacío que uno usa para darse valor.

—No sabía que ahora necesitara la aprobación de tu hermana para salir contigo.

No sé cómo, pero se las ingenió de igual forma para darle la vuelta.

—Sabes que no es eso. —Lo sabía, claro que lo sabía. Podía ser horriblemente orgullosa, pero tonta no era.

Dejó todo en el aire para no comprometerse, como si no supiera si podría enfrentarse a ello llegado el momento y necesitara aquella ambigüedad como vía de escape. Yo, sin embargo, confiaba en ella más que ella misma. Los días que habíamos pasado juntos nos habían dado demasiado como para que no fuera mínimamente receptiva hacia mis sentimientos y que Ava conociera a Emma era para mí algo importante.

Al caer la noche, mi hermana dio por fin señales de vida. Apareció en mi puerta con su maleta y se quejó del pésimo servicio del autobús en el que había viajado, que no tenía ni siquiera cargador para su teléfono móvil. Hablamos tanto que la luna comenzó a desaparecer, pero nos despertamos sin mayor problema y yo lo hice con un dolor profundo en el pecho que me complicaba la respiración, como un augurio de lo que vendría.

Pensé en tantas cosas cuando me miré al espejo... para empezar, Ava podía no aparecer. Ello terminaría abriendo una brecha entre nosotros con una señorita Rochester agobiada por tanta responsabilidad, y conmigo volviendo a sentir que no le importaba lo suficiente. También podía aparecer, que, dependiendo de la situación, podría ser hasta peor. Ya no se trataría de la sombra de una responsabilidad que nunca ha llegado a tocar realmente con los dedos. Estaría allí, tendría que comportarse, seguramente estaría tan nerviosa que se pondría a la defensiva, y a Emma no le gustaría como me trataba. Dios mío, ¿qué acababa de hacer? Había firmado la sentencia de muerte de nuestra relación y no me había dado cuenta hasta aquel momento, con un Andrew asustado mirándome fijamente desde el otro lado del espejo.

Cogí el teléfono móvil y le escribí un mensaje:

No vengas. Emma está enferma.

No me contestó, pero comprobé que lo había leído. En ese momento sentí cómo aquella corbata invisible que no llevaba se aflojaba, dejándome respirar de nuevo. ¿Y qué si estaba a punto de mentir a las dos mujeres de mi vida? Ava Rochester no era la única con inseguridades y, ¿cómo iba a tirar yo de ella si una situación como aquella me arrastraba a mí por igual?

Me vestí con una camisa blanca y un traje azul oscuro, lo que hiciera falta para seguir disimulando delante de Emma. Llegamos, nos sentamos y pedimos una bebida. Pasaron unos minutos y la convencí de que lo más seguro era que Ava hubiera decidido no venir.

—Siento el retraso —pronunció una voz que hubiera preferido no haber escuchado.

Emma se levantó y saludó afablemente a aquella señorita Rochester que acababa de presentarse en nuestra mesa. O, al menos, eso imagino que pasó, porque la angustia volvió a mi pecho y mis oídos no se concentraban en escuchar de forma óptima lo que sucedía alrededor.

La miré y debió ver con velocidad el gesto de mi rostro, porque aligeró el suyo, que venía cargado.

—Si me perdonáis, tengo que ir al servicio —anuncié, buscando algo de tiempo muerto.

—¡Sí, yo te acompaño! —respondió Ava, que sabía de sobra cómo de impropio sonaba aquello e hizo reír a Emma sin buscarlo.

Cuando doblamos la esquina, nos detuvimos. Yo no me atreví a decir nada, así que empezó ella.

—¿Estás bien? —me preguntó, inesperadamente.

—¿Qué haces aquí? Te dije que no vinieras.

—Lo sé. Y me gustaría una explicación de por qué me has mentido.

La cara comenzó a temblarme y, aunque no era médico, me habría gustado saber qué tipo de ataque me estaba dando, porque intentaba contestar a la pregunta de Ava, pero ningún sonido lograba salir de mi boca, y mis palabras se amontonaban en la cabeza, desdoblándose unas a las otras para crear nuevas palabras que no tenían sentido alguno. Supongo que, si iba a morirme, ver el rostro de mi señorita Rochester antes de hacerlo no estaba del todo mal.

—Andrew, ¿estás bien? —volvió a preguntarme, esa vez sujetándome de los brazos.

—No —fue lo único que conseguí articular.

Ella actuó deprisa y nos colamos en un salón del hotel que estaba en desuso, lleno de mesas y sillas ocultas tras telas y manteles. ¡El Red Rose era enorme! ¡Desde un bar de copas en el que aprender a ligar, hasta un pequeño e íntimo saloncito en el que rezar mis últimas plegarias! Ava me hizo sentarme en el suelo, me desabrochó los primeros botones de la camisa y se acomodó a mi lado. Parecía entender mejor que yo mismo lo que me estaba pasando.

—Pon la cabeza entre las piernas y respira, ¿vale? Respira profundamente, concéntrate para intentar ralentizar la respiración —y con razón me lo estaba pidiendo, pues mi respiración era tan superficial que me estaba ahogando— y no pienses en nada más.

Cerré los ojos e intenté hacer lo que ella me ordenaba, pero el miedo a aquella sensación desconocida me complicó las cosas. Comprendí, minutos más tarde, que ya había vivido aquella situación antes, poco después del incidente de Emma. Me pregunté también cómo había logrado salir de ella yo solo y agradecí la ayuda de Ava en aquel momento con todo mi corazón.

Cuando el miedo comenzó a disiparse, volví a un ritmo de respiración más o menos pausado. Hasta ese momento, Ava me había dejado espacio, dedicándose únicamente a la observación como agente externo. Sin embargo, en cuanto me vi mejor, con lágrimas de alivio recorriendo mis mejillas, aquella preocupada señorita Rochester me abrazó.

—Lo siento —fue lo único que se me ocurrió decir.

Ella me miró, anonadada. Era tan egocéntrica como para saber, sin lugar a duda, que tenía que ver con el motivo de aquel achaque inesperado y, aun así, yo estaba pidiéndole disculpas por todas las cosas que, intuía, estaba haciendo mal con ella.

—No quería que vinieras porque no quería que te agobiaras porque no quiero que te vayas porque...

—Ya, bastó —me paró, antes de que volviera a quedarme sin aire.

Me arrastró hacia ella y al apoyarme en su pecho respiré mejor de lo que lo llevaba haciendo los últimos veinte años. Su olor me tranquilizó enseguida y no me pidió más explicaciones. Durante unos minutos hubo silencio y también cariño. Podría haberme quedado allí para siempre y de no ser porque la propia Ava nos interrumpió a los dos, me habría dormido en su regazo.

—¿Estás bien para volver? Tu hermana se va a preocupar.

Nos pusimos en pie y, mientras ella me colocaba la americana, me abrochaba de nuevo los últimos botones de la camisa y me secaba cualquier conato de lágrima que todavía quedara en mi rostro, yo peiné su cabello con mis manos e intenté quitarle el rímel rebelde que se había corrido por mi culpa. Nos besamos con la delicadeza del convaleciente y su enfermera, y salimos por la puerta en dirección a la mesa.

Para los que queráis saberlo, la comida fue bien. Tal vez tuviera que ver con que Ava descubrió mucho de mí en Emma, o porque no quería darme ningún otro disgusto, pero fue graciosa —bruscamente, como solo ella sabía—, sincera y amable. Cariñosa incluso, llegados los postres, que movió su silla para sentarse a mi lado y así acariciarme la pierna. Sé, además, que Emma vio, en las miradas que Ava me dedicaba, algo familiar, y se sintió identificada al instante al desvelar aquel sentimiento como preocupación. Eso las acercó, sin ellas saberlo, en favor de por quién se estaban preocupando.

—No entiendo por qué tenías tanto miedo cuando estabais en aquella casa —me dijo Emma cuando llegamos al piso—. Se nota que le gustas mucho.

Reconozco que después de aquella tarde, cada vez tuve más presentes las palabras de mi hermana en mi cabeza.

Pero el cálido día siempre da paso a la fría noche y la hora más oscura de nuestro idilio terminaría presentándose tarde o temprano.



El chantaje

«Te dije que el sexo siempre lo estropea todo»

Jake Tyler era uno de mis peores alumnos. Revolucionaba a los deportistas, comenzaba siempre los chismes o motes y hacía llorar a cualquiera que no tuviera el valor de encararlo. Siempre se sentaba en la última fila, pero ya sabemos cómo funciona esto, no somos nuevos en la materia.

Ava también tenía que sufrirlo en su clase. Al parecer, los padres de Jake le habían obligado a coger su asignatura porque esperaban conseguir que su hijo no fuera..., bueno, como era: uno de esos matones que únicamente pensaba en los deportes. Le querían estudioso, curioso, hablando sobre historia, filosofía, alguien de quien sentirse orgullosos. Jake tenía otra forma de pensar. Él se sentía orgulloso de sus logros en el deporte y su entrenador era el único que parecía apoyarle. La ética tampoco iba con él y fue algo de lo que nos dimos cuenta sus dos profesores al mismo tiempo, cuando nos extorsionó.

Un lunes como otro cualquiera, Tyler nos citó a ambos en el aula de Latín, que, como ya he mencionado, era de las más apartadas. Maniobró dentro de su teléfono móvil y nos enseñó una fotografía. Éramos nosotros, nuestra cita en el Red Rose meses atrás, cuando las mujeres todavía me hacían temblar y los besos de Ava todavía no dejaban ecos en mi aliento.

—Si los dos me ponéis un sobresaliente, nadie sabrá que estáis liados y no tendrán que echaros.

En Rosewood había unas directrices muy estrictas con respecto a ciertos puntos. Uno de ellos tenía que ver con el comportamiento hacia los profesores, que siempre debía ser bajo unos mínimos de respeto, incluyendo el uso del anticuado trato de usted. Otra de las reglas importantes en la Academia Rosewood era, como ya sabéis, que los profesores no podían tener relaciones entre ellos so pena de expulsión.

Ava comenzó a reírse.

—Eso solo es una fotografía de dos personas hablando. ¿De verdad has sido tan tonto de venir aquí con eso a intentar chantajearnos? Ni el profesor Palmer y yo estamos liados, ni tú vas a aprobar nuestras asignaturas.

—Ah, ¿sí? ¿Seguro? —preguntó todavía con sorna en el rostro, pasando la imagen y mostrándonos un vídeo algo más explícito.

Lo cierto era que aquellas últimas semanas no habíamos sabido medir lo que debíamos y no debíamos hacer.

Un día especialmente tonto, yo me había pasado por el aula de Ava, pero, en lugar de aprender sobre lenguas muertas, había terminado metiendo la mía bajo la falda de la profesora de Latín, y aunque me advirtió en más de una ocasión que debíamos tener cuidado siempre que estuviéramos en el centro, se le olvidó con mi lengua dentro de ella. Así que lo que ese crío nos enseñó a continuación nos pesó más de lo esperado.

Yo miré a Ava, disimulando como pude, pero ella no me devolvió la mirada. Estaba sentada en su escritorio, frente al maldito de Tyler, y me preparé por si debía contenerla, pues no tenía del todo claro que no fuera a pegarle una bofetada a aquel chaval, y eso sí que nos habría metido en problemas.

—Si hubiera sabido que las profesoras de Latín tenían esas tetas, habría prestado más atención en clase —soltó Tyler, tranquilo y orgulloso de poder decir lo que le venía en gana, con la sartén por el mango.

Efectivamente, Ava terminó abofeteándole, pero, lejos de contenerla, me descubrí intentando contenerme a mí mismo después de aquel comentario.

El chico no era tonto. El susto de aquel gesto le duró poco y la mirada le brilló al tener otro cabo suelto al que sujetarse para conseguir su aprobado.

—Lárgate —le ordené, y mi voz casi no parecía mía. Tampoco mi mirada, que traspasó al chico como un cuchillo afilado. Y aunque al principio remoloneó, cuando hice el amago de acercarme a él, salió con el rabo entre las piernas.

Al desaparecer Tyler, se hizo el silencio. Ava respiró hondo, aún con la mirada perdida, y yo sabía lo que se avecinaba.

—No voy a aprobarle —dijo por fin—. A mí nadie me chantajea.

—¿Qué opción tenemos? —le pregunté.

—¿Qué te parece no follar como putos animales por todas partes?

Podría haberle contestado, pues dos éramos los que habíamos hecho temblar aquella mesa, pero bien era cierto que ella se resistía particularmente a encontrarnos de esa forma en la academia porque para Ava era importante aquel trabajo, y a mí nunca me había importado especialmente. Siempre intuí, aunque ella no terminara de confesármelo, que su apego a aquel lugar tenía que ver con dejar su antigua vida atrás y que Rosewood había significado para ella, en algún momento, ese nuevo comienzo al que no dejaba de aferrarse. Como si perder aquello pudiera llevarla de regreso a los pósteres de Victoria Francés o a los gritos de su madre.

—Si no quieres aprobarle, hay otros centros —me aventuré a recordarle, tonto de mí.

—También otros hombres —respondió entre dientes.

Estábamos demasiado tensos para tener aquella conversación y preferí dejarla sola antes de que me hiciera sentir peor de lo que ya me sentía.



Aquella noche dormí —por decir algo— en mi casa y miré el móvil una y mil veces. Estaba seguro de que temblaba como lo estaba haciendo yo, como si todo bajo nuestros pies se tambaleara.

Le escribí por fin.

Lo siento

Escribí también que la quería por lo menos diez veces antes de borrarlos uno a uno. Pero todos aquellos «Te quiero» explotaron en mi pecho como granadas en una contienda perdida cuando leí su respuesta.

Deberíamos dejar de vernos tanto

Quise ir a su casa y me visualicé allí mismo, frente a su puerta, sabiendo que no me dejaría pasar. Volví a sentir aquel muro y temí, como ella me había advertido, que fuera más alto que el anterior.



Al día siguiente le pedí a Jake Tyler que se quedara después de clase para hablar conmigo. Observaba a aquel joven y me cuestionaba cuánto odio podía sentir por alguien que ni siquiera tenía la mayoría de edad. Me avergonzaba también el sentirme así porque lo cierto era que aquella situación la había propiciado yo más que nadie y Tyler solo estaba aprovechándose, en su ignorancia maliciosa, de nuestras faltas.

—Espero que no estés pensando en decir nada sobre lo de ayer.

—¿Se refiere a su relación con la profesora o a la bofetada que me dio? —Casi parecía orgulloso de poder señalar una marca roja en su rostro que significaba otra victoria más.

—Bueno, lo digo porque, al fin y al cabo —intenté salir de aquello como pude—, tu profesora no deja de ser una mujer, y estoy seguro de que a tus amigos les encantará que ese rumor corra por la academia, que a Jake Tyler le ha pegado una chica.

Era tan simple que di en el blanco sin mayor problema. Y no es que mis alumnos, por ser jóvenes, fueran animales ingenuos que uno puede manejar a su antojo. Estaba orgulloso de muchos de ellos —sobre todo de ellas— y confiaba en las capacidades de algunos más incluso que en las mías. Pero no en las de Tyler.

—¿Ya han pensado qué van a hacer con mi sobresaliente? —Parecía que la bofetada de Ava le había devuelto ese trato respetuoso que nos profesábamos alumnos y docentes. Aunque no le había quitado de la cabeza lo de extorsionarnos.

—¿Estás seguro de que no hay algo que prefieras a un sobresaliente en Latín?

—Es que no es solo un sobresaliente en Latín, es en Latín y Lengua. Y si no llego a casa con esas notas, mis padres me retirarán la paga.

—¿Y si quitamos de la mesa el aprobado en Latín y lo cambiamos por una paga extra entonces?

No sabía dónde me estaba metiendo, ni si hacía bien o mal ofreciéndole tal cosa a un menor. Solo estaba pensando en Ava.

Tyler accedió pronto a mi oferta y firmamos un acuerdo tácito en el que, si él no recibía una cantidad de dinero —que no pienso mencionar aquí— todos los primeros lunes de cada mes, terminaría enseñando el vídeo. Un vídeo que, obviamente, no pude conseguir que borrara, intentando garantizar nuestro pellejo, pues el muchacho lo necesitaba como rehén en aquel trato.

Me presenté cuanto antes en el aula de mi señorita Rochester, pero ya se había ido. Fui a su casa y nadie contestó. No tenía pruebas, pero estaba seguro de que intentaba evitarme. Le escribí, como última opción, un mensaje:

*Ya está todo solucionado con Tyler.
Ni enseñaré el vídeo, ni tendréis que aprobarle*

Me contestó al instante:

¿Qué has hecho?

«Contacto —pensé—. Necesito contacto con ella, no este frío teléfono».

¿Podemos vernos?

No me contestó.



La cita

«Vete con ella y déjame en paz»

Me ignoró, como siempre hacía cuando teníamos problemas. Me evitó, como herramienta solicitada para no volver a caer en mis palabras. ¡Como si mis palabras fueran sus cadenas y yo su maldito captor! ¡Como si la torturara a golpes con el martillo de mis emociones!

Llegados a este punto no sé si ya estaréis cansados de tantas vueltas. No sé si pensaréis que me estoy inventando todo esto para alargar vuestro sufrimiento y el mío, pero, amargamente, os diré que cuando conseguía avanzar un paso con mi señorita Rochester, ella decidía dar dos hacia atrás con la excusa más absurda que se le presentaba. Y os echaréis las manos a la cabeza preguntándoos por qué todavía le seguía el juego o si no se supone que es este el tipo de relaciones tóxicas de las que uno debe escapar cuanto antes. Supongo que lo que me hacía permanecer todavía ahí, anclado a aquel sueño que se desvanecía por momentos, era el hecho de que podía soportarlo. Al menos de momento. Me había prometido —ya ni recordaba cuándo— que ayudaría a Ava y también me ayudaría a mí en el intento. ¿Para qué mentir? La necesitaba a mi lado como necesitaba el respirar, y eso es algo que me quedó bastante claro en el Red Rose cuando me faltó el aire. Sus defectos me gustaban casi más que sus virtudes, si es que puedo escribir eso sin perder del todo la credibilidad que abandona al tonto enamorado. Y supongo que entiendo ahora mejor que nunca a Oscar Wilde cuando dijo, por boca de su Lord Henry, que los hombres le gustaban con futuro y las mujeres con pasado. Por eso seguí al pie del cañón, pese a que yo parecía ser el único remando contra viento y marea en aquel barco. Porque mi vida ya no estaba en mis manos, sino en las de aquella mujer a la que todavía tenía que convencer para que reconociera lo que sentía por mí y, peor aún, lo aceptara.

Después de una semana sin saber de ella, me buscó para proponerme que nos viéramos aquella noche y, sin intención de entablar más conversación conmigo, desapareció de nuevo.

Su actitud me resultó extraña, pero después pensé que se había mostrado tan esquivia como siempre que tenía la cabeza llena de pájaros. Y puestos también a dejar que los pájaros aniden en tu cabeza, comencé a pensar que su actitud era algún tipo de herramienta, no contra mí, sino para que quien nos rodeaba no sospechara de ningún rumor que pudiera oírse aquellos días. Pero, ¿sabéis qué? Que hasta los polluelos, dentro de los huevos que había puesto su madre en mis sienes, se rieron de mí cuando aparecí en el lugar acordado —un viejo cine del centro— y quien se presentó no fue mi señorita Rochester, sino Jolenne Collins.

—Ava me aseguró que no te atrevías a invitarme a salir —me dijo, y me pasé toda la película que vimos, horrible, por cierto, queriendo matar a esa mujer que ahora pretendía alejarme de ella de aquella manera tan ruin.

Usé de excusa un triste dolor de tripa por unas palomitas en mal estado para que la cita no se alargara, pero acompañé a Collins a casa, pues qué menos, habiendo sido víctima de uno de los

absurdos juegos de Ava.

Fue entonces cuando la vi.

Reconocí su perfil sin mayor complicación en una silueta que nos había estado siguiendo unas cuantas calles y decidí que cada uno debía recibir un poco de su propia medicina, por lo que no dudé en besar a aquella bibliotecaria que, puestos a pensar, era mi tipo mil veces más que Ava. Sí, yo besando a una mujer, ahora que el sexo contrario ya no me hacía temblar desde que conocía a un monstruo peor que todas ellas: mi señorita Rochester. Recuerdo incluso poner tanto de mi parte en aquel beso que hasta lo sentí por Jolenne, porque no se merecía que jugara así con ella. Pero Ava, Ava se merecía todo y más. Y sabía que no se lo iba a tomar bien porque aquel gesto hipócrita de prepararme una cita batallaba con esos celos insoportables que sentía cuando algo más que ella acaparaba mi atención.

Me hice el despistado todo lo que pude, pero Ava no tardó en mostrar su verdadero rostro prácticamente al día siguiente. Y lo hizo de la manera menos disimulada, en mitad de una reunión del claustro de profesores.

—Tal vez deberíamos adelantar el viaje a la nieve, para que así los alumnos tengan tiempo a prepararse en los exámenes —propuse. Fijaos cuánto fue el tiempo que pasó entre beso y beso que ya batallábamos con el invierno.

—Es muy fácil decir algo así, pero eso implicaría cambios de fechas en hoteles, actividades, buses, y ello también significaría más dinero. Aunque si tú mismo quieres ponerlo de tu bolsillo no veo mayor problema —me contestó. Y se me vino a la cabeza el dinero que ya estaba poniendo de mi bolsillo para que ella no tuviera que sentirse extorsionada por un menor. Porque, por lo que parecía, su orgullo siempre iba por delante.

No os podéis imaginar lo obvia que comenzó a ser hasta para quienes no tenían ni idea de lo que pasaba, pero empezó a atacarme por cualquiera de las cosas que yo decía, y fue precisamente por culpa de aquella actitud que más de uno cuchicheó justamente sobre aquello que Ava quería evitar: nosotros.

Cuando la reunión acabó, se levantó malhumorada y fue hasta su clase. Yo la seguí, desde luego. Entré detrás de ella y cerré la puerta para evitar oídos curiosos o, peor, que nos volvieran a grabar.

—¿Se puede saber qué te pasa conmigo? Soy yo el que debería estar enfadado por enviarme a una cita con otra persona, ¿no crees?

—¡Ja! ¿Y por qué no lo estás? Con lo bien que te lo pasaste anoche, ¿verdad?

—¡Porque te quiero, joder!

Ava no esperaba escuchar aquello y reconozco que yo tampoco decirlo, mucho menos con un «joder» detrás. Maldita ella y su forma de hablar. Y maldita también su forma de escapar cuando las cosas se ponían serias, pues abrió la puerta del aula y salió por ella, pero yo no estaba dispuesto a dejar que se fuera con tanta facilidad. La seguí una vez más y, cuando no quiso escucharme, la cogí del brazo y la arrastré hasta el armario del conserje, que parecía estar estratégicamente colocado a nuestro lado, invitándonos de forma sugerente a dejarle escuchar nuestra conversación.

—Ay, suéltame, me haces daño —se quejó. Pero yo sabía cuándo se quejaba de verdad y cuándo estaba mintiendo. Dios mío, lo sabía todo de ella.

—Te he dicho que te quiero —repetí, por si quedaba alguna duda.

Desvió la mirada tanto que sus ojos casi escapan de sus órbitas y no se dio cuenta de que ya conocía aquellos gestos también, los que intentaba usar cuando tampoco se atrevía a enfrentarse a algo.

—Vale, pues yo no te quiero a ti —me contestó.

—Mentira.

—¿Te habría enviado a una cita con otra mujer si te quisiera?

—Sí, lo habrías hecho. Porque Ava Rochester no puede permitirse enamorarse, y si Ava Rochester cayera en un error semejante, tendría que enmendarlo. Pero de lo que Ava Rochester no se da cuenta es de que ya está enamorada y que por eso sus absurdos juegos actúan como un cuchillo de doble filo.

Supongo que repetí tanto su nombre para que se diera cuenta de lo absurdo que sonaba aquel despliegue de egolatría por su parte.

—¿Crees que estoy enfadada contigo por eso?

—¿Por qué si no? Vamos, dímelo —propuse.

Rebuscó y rebuscó, pero no había nada dentro de ella que pudiera sonar convincente.

—¡Pues-pues porque eres imbécil! —gruñó de frustración una y mil veces.

Así, como el imbécil que era, la besé. Y tan imbécil como yo fue ella, porque aquellos largos días de proteger su castillo día y noche habían dejado a sus centinelas exhaustos, y penetrar sus muros había supuesto un juego de niños a los que hacer cosas de mayores a veces se les iba de las manos. Tal es así que me desabroché el pantalón, me deshice de sus bragas y todo lo demás es historia.

Dejamos al conserje sin papel higiénico y salimos de allí con la vergüenza por bandera una vez más.



Los mensajes

«No me ignores»

Los días siguientes a aquello, me lo tomé con más calma. Sentía que Ava terminaría volviendo a mí como a la polilla se le antoja la luz de una lámpara. Aunque, ¿cómo no hacerlo? Si aquel Vincent Cassel de pacotilla era el estereotipo viviente de los amantes de mi señorita Rochester, muy mal tenía que estar haciéndolo yo para no ganar en el juego de su corazón.

Se me ocurrió ser imbécil, como ella misma me había definido, y comencé a enviarle mensajes antes de irme a dormir donde lo único que hacía era deslizarle un «Buenas noches» que nunca contestaba. Y cuando digo nunca, me estoy refiriendo a las tres primeras noches, pero cuando estás enamorado el tiempo es tan subjetivo que un día lejos de la persona amada puede suponerte una eternidad —quien haya sufrido los achaques de este sentimiento, sin duda sabrá de lo que hablo—. La cuarta no se lo envié, ¿y qué creéis que pasó?

Se te ha olvidado darme las buenas noches

Como si no fuera conmigo, dejé de escribir ese mensaje que, con dos únicas palabras, decía tanto y, acostumbrada ya a aquella forma dulce de velar su sueño todas las noches —pues todos sabemos que a lo bueno se acostumbra uno pronto—, fue ella la que comenzó a darme las buenas noches a mí. Calculó el número de días y al cuarto no me escribió nada. Al ver que, al contrario que ella, yo no respondí, esperó un quinto y un sexto, y al séptimo día me volvió a escribir:

¿Podrías venir a dormir conmigo esta noche?

Ya era bastante tarde e intuí que no le estaba resultando fácil sobreponerse a aquel juego de mensajes y que tampoco podía ganarle la partida al insomnio.

Me vestí, no con demasiada prisa, pero sí con algo parecido a una sonrisa en la cara y salí de casa rumbo a su apartamento.

Cuando llegué toqué el timbre y, mientras esperaba algo que nunca llegó, me di cuenta de que estaba pisando un bulto que había bajo el felpudo: era una llave. La usé para abrir la puerta y entré. Con todo a oscuras intuí que Ava estaría en la cama y me pregunté si el numerito de la llave no sería a posta para no tener que enfrentarse a mí ni a su mensaje.

Una vez en la habitación, me quité los pantalones e hice lo mismo con mi camisa. Me tumbé a su lado —ella me daba la espalda, que encajaba perfectamente con aquella hipótesis de la llave— y la abracé. Supe que estaba despierta porque se acomodó a mí y me sujetó del brazo buscando que aquel agarre superficial se convirtiera en algo más personal. Al principio me costó encontrarme cómodo, pues el corazón me latía a una velocidad incontrolable. No obstante, en cuanto hundí mi nariz en su cuello, el olor de su piel me tranquilizó como a un niño.

Al despertar, Ava ya se había ido. Celebré la confianza que había depositado en mí al dejarme solo en su casa y me quedé aquella llave que me había prestado porque intuí que me haría usarla de nuevo.

Volví a escribirle todas las noches, atendiendo más a mis necesidades que a un plan bien meditado para recuperarla. El cuarto día paré, esperé unos días más y contraataqué:

¿Podrías venir a dormir conmigo esta noche?

No sabía si vendría, pero intenté guardar las mismas similitudes de la experiencia que habíamos tenido en su casa, impaciente por saber cuál sería su siguiente movimiento. Escuché cómo su nueva llave —la que yo también había dejado bajo el felpudo— jugaba con la puerta y, al llegar a mi habitación, se quitó la ropa y me abrazó con una ternura que me conmovió. Reconozco que me enfadé. Me molestó tener que jugar al gato y el ratón y pensar que, si me volvía, rompería aquel espejo de actos que habíamos comenzado a imitar en el otro.

Al día siguiente volvió a desaparecer antes que yo. Supongo que ella también estaba empezando a conocerme y que no quería encontrarse con el Andrew de por las mañanas.

Era su turno. Tres días de mensajes, silencio y de nuevo:

¿Podrías venir a dormir conmigo esta noche?

Tenía miedo de que hubiera decidido no continuar con aquel juego y que su siguiente movimiento bloqueara mi jugada pero, como suelen decir, la esperanza es lo último que se pierde. ¡Y qué razón! Porque con Ava Rochester, lo primero siempre es la cordura.

Usé mi recién adquirida llave para abrir su puerta y me di cuenta de que no me la había pedido —¿cómo hacerlo, si no me hablaba?—. Tampoco me había devuelto la que ella había cogido y eso también era una buena señal. Al fin y al cabo, en aquel momento, cada uno teníamos la llave del otro, y eso siempre es un paso en cualquier relación. En una normal, quiero decir.

Me desvestí al llegar a su cuarto y, cuando la luna quiso ayudarme a intuir la figura de Ava, me di cuenta de que no me daba la espalda. No sé si habría estado observando cómo me quitaba la ropa, pero en aquel momento sus ojos volvían a estar cerrados —evitando el contacto con los míos, supuse—. Me tumbé frente a ella y acaricié su mejilla. Su cara de circunstancias estaba ahí, aunque sus ojos permanecieran cerrados. Aquella cara solía significar algo malo para ella y algo bueno para mí. Fue así como acercó sus labios a los míos con la tranquilidad de una noche apacible y me besó.

Cuando los besos enturbiaron la suavidad de aquel contacto con intenciones más voluptuosas, Ava volvió a darme la espalda. Yo no entendía qué estaba pasando, o qué podía querer que hiciera, pero me lo dejó claro cuando se bajó las bragas y se pegó a mí de forma más que insistente.

—Ava... —se me escapó antes de que me chistara, señalando que no quería oírme hablar.

Pasé mi brazo por sus costillas y deslicé mi mano entre sus pechos. Esperaba que aquella distracción hubiera sido suficiente mientras le besaba el cuello y acariciaba su espalda, que solía

ser el centro neurálgico de su cuerpo. Incontables caricias después, ya estaba sumida en un dulce trance y me dejó tocarla como quise. Volví a tenerla bocarriba —se resistía todavía a enfrentarse de nuevo a mí— y repasé las líneas de su vientre y de sus costillas con la lengua, haciéndole cosquillas en las partes más delicadas. Recordé lo peligroso de aquella zona y cómo me había echado de su casa en una ocasión, pero aquellos días a su lado habían significado una diferencia en ella que ya era apreciable con los cinco sentidos. Me dejó besar sus labios de nuevo e, inesperadamente, se enganchó a mí como el koala a su eucalipto.

Fue así como Ava Rochester, que había planeado un encuentro ciertamente más fugaz entre los dos, había terminado cediendo bajo las yemas de mis dedos y había mutado con delicadeza en el animal herido que deja, con cuidado, que extraigas esa molesta astilla alojada en su almohadilla antes de agradeceréte a lametazos.

A la mañana siguiente, ¿quién creéis que se fue antes de que el otro abriera los ojos? Pues yo os lo diré: nadie.



El viaje a la nieve

«No me llames loca»

Tras aquello no funcionó ningún mensaje, tampoco la ausencia de ellos. Volví a encontrarme a la deriva en aquel océano de sensaciones en que me había dejado sumido mi señorita Rochester y que estaba lleno de peligrosos animales dispuestos a tumbar la endeble barca en que intentaba mantenerme a flote —¿qué me pasa con los símiles de alta mar? Tengo que dejar de leer a Melville.

Por suerte o por desgracia, Rosewood organiza todos los años un viaje coincidiendo con la época más fría del año y quisiéramos o no, a Ava y a mí nos esperaba aquel ritual de niños alocados y profesores todavía más salvajes que sus cachorros —en Rosewood no se salvaba ni uno.

Dicho periplo comenzó en un autocar que nos llevó a todos por aquellas carreteras de montaña llenas de curvas que mareaban a la mitad de los alumnos y a la cosecha más débil de los docentes. Hice lo que pude sin que se me notara para sentarme al lado de mi señorita Rochester, y me pregunto si no buscaría ella lo mismo, o luchaba precisamente por lo contrario. Lo cierto es que terminamos juntos y al principio fue bastante incómodo. Me di cuenta de que podía comportarme como un adulto, o podía quitarme el abrigo y ponerlo entre los dos, ocultando así el hecho de que acababa de cogerle la mano y que tenía intención de pasarme el resto del viaje así. Ava no dijo nada, se dejó arrastrar por mi capricho con suma facilidad y una hora después me pregunté si realmente se había dormido en mi hombro o cerrar los ojos era la excusa para poder apoyarse en mí sin levantar tampoco sospecha alguna.

Según avanzaba el autocar, hasta el frío se hizo tan real que ni la calefacción lo disuadía de sentarse a nuestro lado y, tonto de mí, no quise ponerme el abrigo porque ello significaba soltar la mano de mi señorita Rochester. «Ya la soltaré cuando se me congele y tengan que romperla con un martillo», pensé.

Una vez en el hotel, no hubo un alumno que no quisiera salir a jugar con la nieve o esquiar ya el primer día y yo me vi arrastrado a acompañar a mi grupo con un pálpito en el pecho que no auguraba nada bueno.

Observaba a mis alumnos casi sin verlos, con la nariz roja y los ojos luchando por mantenerse abiertos. Tal fue así, que, en el parpadeo más inesperado, perdí de vista a Jake Tyler. Conté a mis alumnos una y otra vez mientras les pedía que no se separaran, y terminé convenciéndome de que faltaba el cafre de Tyler. Les pedí que no se movieran de allí y fui a buscarlo como pude. La nieve había comenzado a caer con algo más de insistencia y el viento no parecía estar tampoco a favor. Encontré a Tyler bajando una ladera llena de nieve y no podía moverse porque, como muchas veces sucede cuando uno no sabe esquiar, los accidentes ocurren.

—Tranquilo, ya estoy aquí —intenté calmarle, pues era la primera vez que le estaba viendo llorar.

Llevé mi mano al bolsillo, pero no encontré el móvil y cuando Tyler me dijo que él tampoco sabía dónde estaba el suyo —a dos metros bajo la nieve, seguramente—, me reí de mi desgracia como el peor docente del mundo y solo se me ocurrió intentar buscarlo, pero Tyler no me dejó. Tampoco cuando dije que iría a por ayuda. No quería que lo dejara solo.

Oímos una voz y gritamos como pudimos. ¿Alguien podría culparme si cuando vi a Ava descender de aquella pendiente inmaculada, no la imaginé como un ángel alado?

—¿Qué ha pasado? —preguntó, preocupada.

—Necesitamos ayuda, no puede moverse.

Tyler tenía miedo, pero también nos miraba con recelo, temeroso todavía más de que nuestra prioridad no fuera ayudarle teniendo en cuenta el pasado.

Ava fue rápida. Usó ese milagro llamado teléfono móvil para ponerse en contacto con el servicio de emergencia y todos acabamos de nuevo en el hotel. Tyler con la pierna rota, sin poder esquiar —después de aquello no le quedaban tampoco muchas ganas—, y yo pidiendo disculpas por mi mala praxis. Aquello no me vino del todo mal, en realidad, pues comencé a quedarme con Tyler en el hotel y los días que pasé a su lado sirvieron para acercar posturas.

—Profesor Palmer —un respeto genuino había vuelto a nacerle de algún sitio, ya no era el efecto secundario de ninguna bofetada—, quería pedirle disculpas. Ya sabe, por lo del vídeo.

—Bueno, tú nos extorsionaste y yo he conseguido que te rompas una pierna. Creo que estamos en paz —bromea, pero no quería quedarme ahí. Me sentí en la obligación de aprovechar aquel momento después de un silencio que nos incitaba a seguir hablando—. Entiendo que a tu edad haya cosas que los adultos intenten obligarte a hacer y a las que no le veas el sentido. También entiendo que eso no te motive a hacer nada de lo que se te pide. Yo también he sido joven, lo he vivido. Pero uno nunca es adolescente eternamente, y de la misma forma que vuestro cuerpo os prepara para ser adultos, también debemos hacer nosotros lo mismo con vuestro cerebro. Ser adulto es muy duro, Jake, y cuantas más herramientas despertemos en vuestro pensamiento para poder enfrentaros a ello, más nos lo agradeceréis y más sencillo se os hará el valle de espinas por el que tendréis que cruzar.

—A mis padres eso les da igual. Ellos solo quieren *poder sentirse orgullosos de mí* y nunca me valoran como soy realmente.

—¿Y cómo eres?

Me miró como si fuera la primera vez que se lo preguntaban o como si fuera la primera vez que alguien quisiera saberlo.

—Pues soy bueno en los deportes, pero para ellos eso es algo vulgar, porque no tiene que ver con ningún libro.

—Bueno, eso depende de cómo lo mires. ¿Crees que eres lo bastante bueno como para desarrollar una carrera en ese campo? Y en el caso de que lo fueras, ¿sabes cuántas personas piensan lo mismo que tú y cuántas hay que son terriblemente buenas? Quiero decir, espero no estar desilusionándote. ¡Lo que te faltaba, otro padre más! Pero en lugar de cerrarte únicamente a

ello y alejarte de todo lo que tenga que ver con el estudio por culpa de ese amargo sentimiento que tus padres han impregnado en ello, tal vez deberías pensar en un plan B o C, o D. No sé, ¿periodista o médico deportivo, quizás? No tienes por qué decidirlo ya, solo piensa en ello, busca información por Internet, valora tus opciones. Solo... no te cierres porque notes en los estudios ese desagradable regusto que tus padres han terminado por hacerte sentir, aunque pretendieran todo lo contrario.

Tyler se deprimió notablemente, pero también sé que vio algo más de luz al final del túnel cuando me escuchó hablar. Dejarle hablar a él después y escucharle fue lo que consiguió el resto. Ser profesor no era tan difícil después de todo: eras ese tercero en discordia que cargaba contra sus padres y su nefasta forma de educarles y veían en ti a un salvador, a un amigo lejano, a quien encendía su chispa. Lo difícil —y en aquel momento comenzó a parecérmelo más que nunca— debía ser estar en la otra posición, la de los padres. Entendí mejor el miedo de Ava a tener familia y también quise haber hablado con esa exgótica malhablada cuando tenía la edad de Tyler. A veces jugamos a meternos en este oficio y no nos damos cuenta de la cantidad de personas que dependen de nosotros y para cuántos y cuántas hemos terminado siendo lo más parecido a un padre o madre de verdad.

Pensé en mi señorita Rochester leyendo *Lisístrata* con sus alumnas y me pregunté cuántas *hijas* tendría ella sin saberlo. Miré a Tyler y me di cuenta de que, si Ava y yo terminábamos juntos, tendríamos una familia enorme.



Durante aquellos días, Tyler me hizo ver que entendía su parte de culpa al alejarse del grupo, pero yo no podía evitar sentirme doblemente culpable por ser el adulto al cargo. Sin embargo, si había algo que podía todavía más que mi culpabilidad era ese cansancio que se había hecho con mis miembros por culpa del catarro.

—Debería irse a descansar —me repetía—, yo estaré bien viendo la televisión.

—¿Estás seguro? Porque no quiero volver y verte con la otra pierna rota.

Precisamente, una pierna rota y una mano en el hombro habían conseguido un brillo de madurez en la mirada de Tyler y fue algo que no se me pasó por alto, muy a pesar de que los párpados me pesaran como nunca. ¡Y creeréis que estoy loco!, pero cuando me derrumbé por fin en la cama, llegué a sentir incluso que no estaba solo. El mismo ángel que había descendido para ayudarnos al chico y a mí se había colado entre mis sábanas y podía sentir el aura cálida del cariño con que me abrazaba.

Al despertar no tuve claro si había sido un sueño o el hecho de que me encontrara de nuevo solo se debía más bien a esa costumbre tan fea de mi señorita Rochester de largarse antes que nadie, así que lidié con la duda durante mucho tiempo.

Una de aquellas noches me enteré, de casualidad, que los profesores iban a reunirse en una de las habitaciones para hacer precisamente lo que los chavales tenían prohibido: beber. Así pues, cuando entré en la habitación que compartían Cross y Fiennes, me encontré con un panorama

bastante vergonzoso que incluía a varios profesores y profesoras sentados en círculo girando una botella. Y me habría ido, quien me conoce lo sabe, pero sentada entre semejantes adultos pubescentes se encontraba mi señorita Rochester y no pude evitar unirme a su aquelarre cuyo destino dejaban en manos de aquel vidrio vaticinador.

Observé a la gente que me rodeaba bajo aquella bruma cancerígena de quien había decidido encenderse un cigarrillo. Los supuestos adultos que bebían y fumaban a escondidas en su habitación y que jugaban a tontear unos con otros. Me di cuenta de que no importaba la edad que uno tuviera ni las reglas que se quisieran imponer, que el ser humano haría siempre lo que le viniera en gana. Aunque, ¿quién era yo para mirar por encima del hombro a aquellas personas? Nadie, después de lo que había pasado en la clase de Latín o en el cuarto del conserje. Nadie, después de enamorarme de quien menos hubiera esperado en aquella academia que prohibía las relaciones entre sus profesores por lo que pudiera pasar. ¿Y quién podía culparles por aquellas reglas tan estrictas? Pues si hemos aprendido algo pasando por esa edad de la que algunos ya no se acuerdan y otros fingen que no y se comportan como si nunca hubieran salido de ella, es que las prohibiciones solo incentivan los comportamientos que se intentan restringir. Y allí estábamos todos. Algunos fingiéndonos personas y otros sin muchas ganas de fingir.

Beso, verdad o prenda fue el juego que cautivó a la gran mayoría y nos dedicamos a él de forma absurda.

Cualquiera podría pensar que una de las virtudes de ser de los profesores más jóvenes —no solo de los más nuevos— era también el hecho de que podía quitarme la parte de arriba del pijama orgulloso de lo que todavía tenía que enseñar, pero lo cierto es que, de todos, fui el que más reparo tuvo a quitársela y de los pocos que no había cogido una corbata y se la había atado ya a la cabeza —¿quién demonios lleva una corbata a la nieve y para qué?—. Hasta mi señorita Rochester había tenido menos reservas para quedarse en sujetador, aun sabiendo que era una de las cosas que la gran mayoría de aquel grupo esperaba de la noche. Cuando aquello pasó, ausculté una por una las miradas de todos y no me sorprendió ver cómo los ojos de la gran mayoría se les salían de las órbitas, pero sí cuando al profesor de Arte no le sucedió, o cuando, en su lugar, sí aprecié cómo la profesora de Tecnología se sonrojaba. ¡Parecía que Ava no levantaba pasiones únicamente entre los hombres de aquella academia! Y con razón, pues, aunque intenté evitarlo, a mí también me costó no mirarla demasiado. Veía su piel de aquella manera, tan expuesta, y recordaba su tacto y su olor, maldiciéndome por estar sentado frente a ella y no más cerca para poder, aunque fuera, acariciar su espalda.

Vera Harper —profesora de Plástica, por si no lo recordáis— bromeó en cierta ocasión sobre los lugares a los que podría llegar mi lengua con *esta cara y este cuerpo* y no esperaba nada distinto de ella cuando eligió beso y la botella comenzó a dar vueltas hasta que me señaló a mí como víctima en aquel juego. Entre aullidos y risas pueriles nos besamos como se besan las personas adultas y no los niños, y yo sentía a mi señorita Rochester devorándonos con la mirada y pensando cómo castigarme por aquello. Porque Harper tampoco se había contentado con un beso, y sentí ese coraje que uno siente cuando alguien te manosea más de lo que debería, pero también cierta lástima por una mujer que parecía no tener mucha suerte conociendo hombres, así

que me resigné a no hacer ningún gesto que ella pudiera interpretar como un rechazo. Si las mujeres se pasan toda su vida soportando ese tipo de cosas, ¿por qué no podía hacerlo yo durante unos minutos, por mal que estuviera?

El beso parecía ser la práctica más socorrida de cuantos elegían sus pruebas, tristemente, y Ava tampoco se libró de aquello.

Anabelle Cleves, que era también conocida entre sus alumnos como la profesora de Tecnología, giró la botella y, al detenerse, se dio cuenta de que aquel era su día de suerte, pues una juguetona señorita Rochester no tardó en acercarse a ella gateando por encima del círculo que todos habíamos formado, motivada por el excesivo retraimiento que llevaba consigo Cleves y del que Ava acostumbraba a alimentarse como también lo había hecho conmigo. Caí en la cuenta de que si había algo peor que ver a Ava besarse con un hombre, era lo que al resto le producía el verla besarse con una mujer, e intenté no prestar demasiada atención a aquel espectáculo porque el que otros convirtieran a mi señorita Rochester en poco más que un mono de circo me ponía enfermo. Cuando Ava observó mi reacción, estoy seguro de que pensó que era de ella de quien sentía aquella vergüenza y ello la hizo elegir enérgicamente de nuevo la opción del beso para castigarme, pero lo que no esperaba —ninguno lo esperábamos— era que la botella decidiera una respuesta magnánima a nuestra confrontación de pareja que se niega a ser pareja, escogiéndome a mí para besar aquellos labios. Ava se apocopó como había hecho anteriormente Anabelle y, atravesando el círculo, fui yo el que terminé acercándome a una señorita Rochester que olía a enfado, pero sabía a la rendición del enamorado en cada una de las caricias que me dedicó con su boca a continuación.

Todos se callaron y no supe si tenía que ver con lo que estaban presenciando o si era mi consciencia burlándose de mí cada vez que estaba cerca de aquella mujer que jugaba a detener el tiempo como detenía mi corazón.

Todos vieron algo entre Ava y yo, ahora lo sé. También sé que no se quedaron ahí y que quisieron saber más, pero eso es algo que descubriría más adelante.

Terminamos yéndonos cuando el sueño y el alcohol pudieron con nosotros. Todos compartíamos habitación, fuera con una persona o con dos. Aunque lo normal hubiera sido dividirse por sexos, como hacíamos con los alumnos —y así se hizo con el resto de profesores—, mi compañera de cuarto había terminado siendo Victoria, la directora, y no por casualidad, pues precisamente el hecho de ostentar el cargo que ostentaba hacía que nadie quisiera compartir habitación con ella por la absurda idea de que terminaría arruinándoles la diversión y semejante comportamiento me resultó tan absurdo que terminé ofreciéndome yo —cosa que más de uno me agradeció después, tildándome de mártir necesario.

Me dejé caer en la cama, abatido todavía por los restos de un resfriado que no terminaba de irse y que probablemente le había contagiado también a Vera Harper o a mi señorita Rochester.

Observé a Victoria en su cama y me di cuenta de que, como persona, era bastante peculiar. Su forma de dormir podría haber sido perfectamente la de un vampiro en su ataúd. Se ponía tapones en los oídos para lidiar con el ruido y un antifaz en los ojos para no ver ninguna luz. Estaba seguro de que nadie en Rosewood sabía aquello y yo tampoco pensaba decirlo porque bastantes

chismes tenían ya los profesores para criticarse entre ellos como para avivar un fuego que no hacía bien a nadie.

Otro fuego que tampoco parecía que fuera a hacer bien a nadie era el que mi señorita Rochester parecía sentir aquella noche y que la empujó a entrar en silencio por la puerta de la habitación que compartía con la directora de Rosewood y a colarse entre mis sábanas nada discreta ya.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en un susurro, sabiendo lo mucho que le preocupaba su puesto en aquella academia. Cuando se acordaba—. ¿Estás loca?

Se sentó sobre mí, poco delicada, me rodeó con sus piernas y sus palabras fueron muy claras, prácticamente imposibles de rebatir:

—Tú me vuelves loca.



La apuesta

«No juegues conmigo»

Aquellas piernas me apresaron durante toda la noche hasta que mi señorita Rochester se sació por fin. Me dediqué a tapar aquella juguetona boca insistentemente en más de una ocasión, pues le estaba siendo imposible controlar esa parte escandalosa suya que tanto disfrutaba del sexo a pleno pulmón. ¡De todas las mujeres que había en el mundo, había tenido que enamorarme de la que estaría dispuesta a romper el somier de la cama y mi espalda al mismo tiempo si se lo propusiera! ¿Y por qué no? Ya había roto cualquier tipo de barrera íntima entre nosotros. Tal es así que terminé haciéndome con un pañuelo y, cuando descubrió que lo estaba usando entre sus piernas para limpiar los restos de nuestras aventuras, se echó a reír en comedido silencio, con mi mano todavía entre sus muslos, limpiando aquí y allá.

—No quiero que me mojes la cama, que luego soy yo el que va a dormir en ella —me excusé, divertido. Lo cual provocó que se riera todavía más.

Era en aquellos momentos cuando me volvía diminuto como un insecto y me preguntaba qué era lo que podía estar haciendo para *volver loca* a una mujer como Ava Rochester. Temblé, pensando que debía descubrirlo cuanto antes y no dejar de hacerlo nunca si no quería perderla. Y, a pesar de que los años me han hecho sabio en mis virtudes, no creáis que no sigo temblando.



Nos dormimos contra nuestra voluntad y antes de que el sol diera los buenos días a la comitiva, con la noche perdiéndose en el horizonte, mi instinto de supervivencia me avisó a tiempo. Desperté a Ava, que se revolvía ronroneando entre mis sábanas.

—Tienes que irte —le dije.

—No quiero —me contestó, todavía dormida—. La luz, apaga la luz. Me quema.

Me reí de mi suerte y le mentí de nuevo, diciéndole que ya había apagado la luz. Realmente estaba saliendo con un maldito vampiro. De hecho, ¡podía decirse que había dos vampiros en mi habitación!

Aquel estado de somnolencia y sus brazos rodeándome, descontenta por una separación inminente, la empujaron a besarme como se besan los peces, de esa forma cómica tan repetitiva y a intervalos relativamente cortos. Descubrí cuánta ternura podía albergar mi señorita Rochester con la guardia baja y, de igual forma, sentí cómo la mía también disminuía:

—Te quiero —le solté, kamikaze, como el Cupido desesperado que lanza flechas de oro a corazones de acero.

Ella me miró, asustada. Volvió a besarme como respuesta, pues yo intuía que no era capaz de darme otra. Pero un beso siempre será mejor que salir huyendo, ¿no?

Lo manifesté de nuevo:

—Te quiero.

Cada una de las veces que lo repetí, me regaló otro beso y con los ojos ya completamente abiertos, vi ese mismo amor en una mirada que no se atrevía a hablar, pero que terminó abandonándome, al igual que su dueña, a pesar de que ninguno de los dos quería tal desenlace.

El resto del viaje fue mejor de lo esperado. Los padres de Tyler vinieron a por él y no tardó en reincorporarse a clase. Se pusieron como un basilisco, obviamente, por haber permitido que le ocurriera aquello a su hijo, pero el chico asumió su culpa y me defendió a capa y espada —muy a pesar de que esa culpa era realmente mía.

Lo único que quizás comenzó a incomodarme con el paso de los días, fueron algunos de los comentarios y miradas que empezaron a dedicarme mis compañeros docentes cuando teníamos un rato libre y compartíamos desde el café de la mañana a la comida de la tarde. Supuse que tenía que ver con aquel borroso juego de la botella, pero el profesor Haynes, conocido por sus problemas de álgebra entre los alumnos y como Ethan entre sus compañeros, no tardó en descubrir el pastel.

—¡Te la estás tirando! Ya sabía yo que algo había ahí. No soy tonto, ¿sabes?

—¿Disculpa? —le interrogué, sin saber de qué hablaba.

—Oh, vamos, que no hemos nacido ayer.

—Eso —nos interrumpió Cross—. No nos tomes por tontos. Todos vimos el beso.

—Solo era un juego —contesté, seguro de mis mentiras, antes de conseguir que los dos se carcajearan.

—Palmer —me dijo Haynes, poniendo su mano en mi hombro—, no hace falta que nos mientas. Pero, ¡si estamos encantados!

—Bueno, tanto como encantados... —interrumpió también Fiennes.

—¡Que sí! No hagas caso a Zach. Todos queríamos a Ava para nosotros, pero no ha podido ser.

—Entre Ava Rochester y yo no hay nada —intenté aclarar una vez más.

—Ya, ¿y por eso te la estabas cepillando con la directora al lado?

Me puse blanco al instante. No habría sido ninguna locura decir que me acababa de bajar la regla. Estoy seguro de que hasta me habrían creído.

—Tronco, eres mi ídolo —apuntó Haynes, mientras yo intentaba volver en mí mismo después de aquel bombardeo de información—. Pásanos una copia de ese *manual* para conquistar a Ava Rochester, anda.

¿Sabéis ya de dónde salió la idea de sentarme tras un escritorio y ponerme a escribir lo que estáis leyendo? Hasta las mejores ideas pueden venir de las peores personas, ¿no os parece?

—No hace falta que sigas mintiendo, Palmer. Harper nos contó que vio a Rochester entrar en tu habitación y que cuando abrió la puerta para espiaros, te estaba cabalgando.

Hizo un gesto que me puso enfermo. Se creía un vaquero del oeste y no era más que un imbécil.

—Qué suerte has tenido, macho. ¡Y parecías tonto!

—Ojalá Rochester cabalgándome a mí. Aunque soy más de montar yo a la yegua.

Volvieron a jugar a los vaqueros y por más que les miraba con todo el desagrado que era capaz de hacerse eco en mi mirada, no dejaron aquella burla. Por fin empecé a notar que se sentían atacados por aquel juicio que estaba haciendo de ellos en silencio. Bueno, hasta que decidí romper ese silencio.

—Pero, ¿a vosotros qué cojones os pasa? ¿No estáis los dos casados?

—¡Vaya! ¿Es que ahora uno no puede bromear? No te empieces a creer mejor que nosotros solo por haberte follado a una pelandusca con las piernas más abiertas que el túnel que conecta con la carretera estatal.

¿Recordáis cuando dejé que Ava pegara a Tyler? ¿Ese Andrew Palmer que no pudo sujetarla porque se había descubierto demasiado ocupado sujetándose a sí mismo para hacerlo? Pues aquel Andrew Palmer se había olvidado de sujetarme, porque le pegué tal puñetazo a Haynes que no tuvo valor para volver a mencionar a Ava nunca más delante de mí. Sí, de acuerdo, no estuvo bien, pero se me ocurrían millones de cosas peores que pegar a otro hombre por insultar a la mujer que amaba, así que no lo dudé un segundo.



Lejos de aquellas compañías que comencé a frecuentar menos, Ava y yo volvimos a visitarnos a horas intempestivas y fue ella la que retomó aquella costumbre.

Como el ladrón más preparado de cuantos había en mi barrio, hizo uso de su llave particular e intransferible para entrar en mi casa, quitarse la ropa de camino a mi habitación y meterse entre mis sábanas. La primera noche me asusté y la tiré de la cama, pero la segunda escuché su ruidosa forma de abrir mi puerta y dejé rápidamente el libro que estaba leyendo, fingiendo estar dormido, hasta que pude sorprenderla doblemente y apresarla entre mis brazos.

Aquellas noches nos dejaron un regusto agradecido y nuestras formas en el sexo se volvieron tan íntimas que temo estropearlo si intento ser demasiado explícito. Pero, de la misma manera que nuestras caricias endulzaban los momentos de mayor pudor, las mentiras se encargaron de estropear aquellas veladas donde lo único que importaba éramos nosotros.

Una mañana como otra cualquiera, Ava preguntó por mí, ¿y a qué no sabéis a quién?

—Ah, ¡sí! Creo que está en el bar de aquí al lado —mintió un todavía magullado Haynes, fingiendo que no me odiaba—. ¡Le tenemos de celebración!

—¿De celebración por qué? —preguntó ella, que durante unos segundos se sintió culpable ante la posibilidad de haberse saltado alguna fecha importante, como mi cumpleaños.

—No me gusta ser yo el que te lo diga, pero ahora que ya ha pasado todo supongo que no se quedará más que en una graciosa anécdota —mintió de nuevo Haynes, relamiéndose como el lobo antes de merendarse a Caperucita—. Los profes teníamos una pequeña apuesta. ¿Sabes que siempre has sido un misterio para todos! Y nos preguntábamos si alguna vez, alguno de nosotros conseguiría..., bueno, lo que ha conseguido Palmer. Tú ya me entiendes. Con esa carita de cordero degollado quién iba a pensar que terminaría ganando, ¿verdad? Yo habría apostado que tu tipo era otro, pero la vida a veces nos sorprende.

Una sombra negra corrió su manto sobre los pensamientos de mi señorita Rochester y casi no escuchó cómo Haynes se despedía. Se quedó inmóvil unos segundos, intentando procesar aquella información sin romperse en público. La sombra sirvió para anestesiar sus emociones, pero también oscureció sus intenciones y esperanzas. Cualquiera que se hubiera fijado en ella en aquel momento habría visto esa mirada perdida tan preocupante en alguien que se finge autosuficiente de forma tan imperiosa como solía hacerlo Ava. Y aunque encarar aquella situación habría sido lo más lógico en ella, dispuesta siempre a estar en pie de guerra, yo y mis trucos de enamorado la habíamos vuelto débil. Por eso mismo volvió a evitarme y no me di ni cuenta, acomodado en aquella nube que había surgido a raíz de nuestra relación.

Fue cuando intenté abrir su puerta una noche, que me la encontré con su llave puesta por dentro.

Ábreme ♥

Le escribí un mensaje y segundos después recibí una contestación que nunca hubiera esperado.

No quiero volver a verte

La llamé insistentemente a través de la puerta y hasta sus vecinos salieron a quejarse. Yo no sabía lo que estaba pasando y supuse, erróneamente, que no era más que otra de sus barreras. Volví, irremediabilmente, a sentirme dolido porque tuviera que protegerse de mí cada vez que nos acercábamos más.

Estoy harto de tus tonterías

Le escribí sin pensar, exhausto mentalmente ante aquellas idas y venidas. Me fui a casa y releí nuestros escuetos mensajes, del primero al último. Rememoré también nuestras aventuras. Volví a ese tornado de pensamientos que no hacían más que llevarme siempre al mismo sitio: empezaba queriéndome a mí mismo lo suficiente como para soltar lastre, pero a los dos segundos me convencía de que un último empujón tal vez fuera suficiente y que las negativas y las inseguridades terminarían. Me culpaba, incluso, por no haber sabido ayudar mejor a mi señorita Rochester ¡y encima le había escrito ese mensaje tan horrible! ¡Sus tonterías! Lo último que debes decirle a una persona insegura, con cientos de miedos luchando por ahogarla en el río de la vida.

No dormí aquella noche.



Al día siguiente me presenté en clase de Ava, pero también había cerrado su aula con llave, así que no me quedó más remedio que volver más tarde e interrumpirla en mitad de una de sus lecciones.

—Señorita Rochester, ¿puede salir un momento? —le pregunté. A lo que ella, obviamente, se negó—. Está bien. Entonces no me dejas más remedio que entrar.

Miró hacia sus alumnas, molesta y preocupada. También me miró a mí, pidiéndome con sus ojos que no hiciera aquello.

—¿Por qué no quieres verme?

Sus alumnas se miraron entre sí, saboreando aquella conversación con ojos atentos de búho sin emitir ruido alguno por miedo a interferir.

—Estoy en mitad de una clase. No hagas esto, por favor.

Lo que menos necesitábamos era que todo el mundo se enterara de lo nuestro, pero... ¿si no había ya nada entre los dos, de qué se iban a enterar?

Me fijé, mirándola por fin a los ojos, que no había esa fuerza en su mirada de otro muro más. Vi una fragilidad desnuda que no sabía de dónde salía.

—¿He hecho algo? —pregunté, bajando el tono, temiendo que hubiera sido así.

—Claro que lo has hecho. —Su mirada se humedeció pese al enfado que comenzaba a mostrar—. Has ganado la apuesta. Felicidades.

—¿Qué apuesta? —pregunté, despistado. Entonces até cabos—. Yo no... ¿crees que yo he jugado a esa estúpida apuesta? ¿Así es como me ves?

Sentí un puñal en el pecho y aunque sus ojos ya me martirizaban lo suficiente, aquel puñal fue tan real que casi me desmayo.

—Prefieres creer a cualquiera antes que a mí —le dije.

—Ya sabemos todos lo bien que funciona eso de confiar en alguien.

—Qué bien te ha venido, ¿no? —pregunté, palpablemente molesto—. No has dudado ni un segundo, ¿verdad? Quien quiera que fuera te dijo lo de la apuesta y hasta te alegraste de poder agarrarte a un clavo ardiendo para así poder seguir esquivando lo que sientes por mí.

Ava miró a sus alumnas, avergonzada.

—No me merezco esto. Estoy harto de seguirte el juego, de intentar comprenderte, ayudarte, consolarte, quererte. ¿Y quién me quiere a mí? Porque está claro que tú no. Y no sé si es por mí o... es que no sabes realmente querer a nadie más que a ti mismo. ¡Y ni siquiera eso lo haces bien!

Vi cómo sus lágrimas se derramaban y cómo su labio inferior temblaba. Sus alumnas, que también eran las mías, se levantaron y me pidieron que me fuera. Ava ya no podía ni mirarme.

No solo nuestra relación estaba rota, sino que acabábamos de rompernos el uno al otro.



Los días pasaron y yo no me vi con fuerzas ni para afeitarme.

Mis clases se volvieron monótonas, terminé poniendo en ellas el mismo entusiasmo que mis peores alumnos. Valoré marcharme. Lo hice muy seriamente. Rosewood no significaba nada para mí y alejarme de aquella señorita Rochester a la que ya no podía calificar como mía, era lo mejor que podía hacer. No llamé a Emma en ningún momento. Lllamarla lo habría hecho todo más real y mi cabeza todavía estaba intentando asumirlo. Tampoco era sencillo, con sus cosas en mi casa y su olor en las sábanas, así que envolví cualquier pertenencia suya y se la dejé en su

clase. No podía hacer lo mismo con su aroma y reconozco que esperaba embriagarme de él hasta asfixiarme. Así desaparecería y yo con él.

Soñé con ella tantas veces aquellos días... Me dolía el pecho siempre al despertar y no logro discernir si me hacían más daño las pesadillas o los sueños que terminaban con un final feliz. Lloré mucho, eso también pasó. Y cuando sentí que ya estaba seco y que no me quedaba ninguna lágrima más, intenté seguir con mi vida.



El baile de invierno

«No me invites si no me vas a besar»

The Beatles llenaron mis momentos de silencio durante aquella convalecencia romántica. Escuché *For no one, She sais she said, Hold me tight, I want to hold your hand, All my loving y I've just seen a face* hasta que me sangraron los oídos y me quise morir —tal vez yo sea igual de dramático que ella, no lo descarto.

Me encontré con Annette una tarde en la academia. Me saludó con reservas, pero no me costó nada entender esa fidelidad tácita hacia su amiga que le impedía hacerlo de otro modo si Ava no lo estaba llevando bien.

También volví a ver a Jackson en el *parking*, esperando seguramente —claramente— por ella. Me dolió el corazón pensar que mi paso por su vida no la había cambiado en absoluto y que volvía a estar donde estaba antes de conocerme, como si nunca hubiera existido, como si lo que pasó entre nosotros nunca hubiera ocurrido.

Me resigné a ver y callar, hasta que un día un grupito de cinco alumnas entró en mi clase.

—Queríamos pedirle un favor, profesor —me dijeron—. No sé si sabe que este viernes es el baile de invierno.

Yo estaba al tanto, como lo estaban el resto de profesores que debían vigilar el evento.

—La señorita Rochester —Clara, mi alumna, se sonrojó cuando mencionó a su profesora después de lo ocurrido en su clase— nunca viene al baile, ningún año. Y esta vez nos gustaría que viniera.

No sabía si la intención de mis alumnas era intentar alegrar a su profesora o estaban jugando a esos juegos casamenteros que nunca funcionan como uno quiere.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso? —pregunté, nada contento porque me relacionaran con ella.

—Bueno, creemos que probablemente usted sea al único que haría caso, puesto que a nosotras no nos escucha.

—No creo que Ava Rochester me haga precisamente caso a mí. Y menos después de lo que pasó en su clase.

—Siempre puede disculparse —dijo otra de ellas.

—Mirad, chicas. Entiendo lo que queréis hacer y me parece estupendo, pero las cosas entre vuestra profesora y yo son más difíciles de lo que pueda parecer.

—Pero nosotras también damos Matemáticas, profesor —continuó Clara—. Y si hay dos personas deambulando por los pasillos como almas en pena, es que hay un problema que solucionar.

No podía evitar mirar a mis alumnas de dos formas absolutamente opuestas. Las vi con ojos condescendientes, sabiendo lo que ellas no sabían sobre Ava y sobre mí. Las vi, también, como

vaticinadoras, portadoras de una inocencia a la que mi señorita Rochester y yo habíamos dicho adiós en pos del cinismo —ella más que yo—, sabiendo más que sus absurdos profesores, empeñados en mantenerse a oscuras bajo una venda en los ojos.

Mi propio ser también se dividía en dos y mientras mis alumnas esperaban una contestación, una de esas partes —que no siempre tiene que ser la idónea— tomó el mando.

—Intentaré hacer algo, pero no os prometo nada.

Mis alumnas se fueron y cuando acabé mi jornada volví caminando hasta mi casa con la cabeza en aquellos pensamientos tan contradictorios que no me dejaban escoger el camino correcto.

Le escribí un mensaje, sin muchas esperanzas de que me contestara.

¿Por qué nunca vas al baile de invierno?

Tal vez fui demasiado descarado, esperando que me contestara y se olvidara de todo lo que le había dicho. Lo cierto es que esa tarde no me contestó y ya pensé que no lo haría cuando por la noche me llegó un mensaje:

No tengo buenos recuerdos de mi primer baile de invierno

La noche siempre nos amparaba a los desesperados y siempre traicionaba a los que creían tener las cosas más claras.

¿Qué te pasó?

Me arrepentí de contestar tan rápido y ella debió arrepentirse por igual.

Mi madre tuvo un accidente y estuve toda la noche en urgencias

¿Por qué me lo estaba contando? ¿Qué clase de conexión habíamos generado que no desaparecía, aunque intentáramos cortar todos los hilos que nos unían?

¿Y cuándo vas a liberarte de esas cadenas?

¿Quién era yo ya para pedirle explicaciones?

Nunca, supongo. ¿Tú vas a ir?

No solo era yo. Noté pronto que los dos queríamos seguir hablando.

Solo si no te molesta

¡Y eso que era difícil, dadas las circunstancias!

Te he dicho que no voy a ir. ¿Por qué debería molestarme?

No sabía cómo decirlo, así que simplemente lo hice.

Porque espero que vengas

Después de aquello no me contestó más.



El baile de invierno era, como en todos los institutos, un evento trascendental para unos y algo prescindible para otros.

Entendía la ilusión de mis alumnos, pero también comprendía, sin gran esfuerzo, a los que no querían que eventos semejantes siguieran celebrándose. La presión de conseguir pareja para ese tipo de bailes era algo que permanecía en el ambiente, por mucho que los años pasaran. Nunca tuve un gran recuerdo de ninguno de mis bailes de instituto. Creo que tiene que ver con el hecho de que nunca fui especialmente popular, ni por mi físico ni por mi forma de ser. Me habría gustado ir a uno con alguien como Ava. Pensé en ella con esos escasos años de juventud y me la imaginé con los ojos pintados de negro, los dedos llenos de anillos plateados y un flequillo oscuro cubriéndole la cara. Habría sido de las que me habrían pegado si se me hubiera ocurrido invitarla, y yo habría estado encantado porque una chica como ella me hubiera puesto la mano encima.

Rosewood siempre buscaba distinguirse de los demás institutos, así que todos los años intentaba romper las reglas de algún modo, dando de qué hablar a quien no fuera alumno del centro. Aquel año se decidió que la fiesta de invierno sería un baile de disfraces y valoré si debía ir o no, porque si no tenía ganas de nada, mucho menos de disfrazarme.

A mi cabeza se le ocurrió pronto de qué debía ir disfrazado, pero me pasé varios días discutiendo tal cosa conmigo mismo hasta que el último día me vi sin atuendo alguno y comprendí que tendría que ir de aquella forma tan horrible. Me vestí con unos pantalones de cuero negro, una camiseta oscura y una chaqueta también de cuero. Añadí gomina a mi pelo y, cuando me miré al espejo, vi a un imbécil que daba bastante pena, intentando parecerse al tipo de hombre que volvía loca a aquella mujer con la que no quería volver a estar.

Cuando llegué al baile, no me libré de que algunos profesores se cachondearan de mí. Al parecer, el instituto no había cambiado nada, sin importar los años que uno tuviera o el puesto que ostentara. Mis alumnas, por el contrario, se acercaron para manifestar lo mucho que les gustaba mi aspecto.

—Seguro que a la señorita Rochester también le gusta —me animaron todas.

—¿Ha venido? —pregunté, quizás demasiado desesperado por verla.

Clara señaló con su cabeza hacia mi izquierda y, al volverme, vi a una mujer vestida como si fuera una alumna. Su falda a cuadros era azul, como también lo era su americana y las bandas del palo de criquet que llevaba con ella. Iba disfrazada de Veronica Sawyer, la protagonista de una de sus películas favoritas, esa que me había hecho ver en su casa cuando todavía me permitía la entrada. Entonces me miré: tal vez mi atuendo no fuera conmigo y tuviera ciertos prejuicios hacia él, pero me daba bastante un aire a Jason Dean, el ente extraño y peligroso que volvía loca a Veronica.

Me acerqué a ella cabizbajo, pero con una actitud algo juguetona, encantado con la idea de haberla convencido para que fuera.

—Gracias por venir —le dije.

—¿Por qué querías que viniera? —me preguntó. Y no supe qué contestar. No, no lo había hecho por mis alumnas. Cualquiera idiota se habría dado cuenta, hasta yo lo hice.

—Quería pedirte disculpas.

Ninguna de mis palabras estaba destinada a recuperar su confianza o a granjearme un puesto a su lado. Lo mejor seguía siendo aquello, que cada uno viviera su vida sin tener que pasarlo mal por un capricho irrealizable. Por dos personas que, aunque se gustaran, era imposible que pudieran estar juntas.

—Yo también lo siento —me respondió, y lo agradecí.

La música estaba sonando, pero para nosotros solo había silencio entre intervención e intervención. Nos miramos y creí que volvería a meter la pata, pero fue ella la que lo hizo.

—¿Quieres bailar? —me preguntó con dificultad, y yo no pude negarme.

Los profesores no bailan en un baile. Nosotros solo observamos, vigilamos. Pero Ava me invitó a bailar y yo no podía decirle que no. Allí delante de todos, mirándonos, acariciándonos también contra nuestra voluntad, quise besarla, pero me contuve. No por ella ni por aquel puesto que Ava parecía atesorar más que a nada, sino por mí. No podía dar marcha atrás, tampoco quería estar mal con ella. Entonces me cogió del brazo y me sacó de aquella sala —Rosewood no se contentaba con un gimnasio, tenía una sala entera dedicada a conciertos y bailes—.

Al llegar a un pasillo, casi en penumbra, me besó y yo me derrumbé. La aparté, veloz, cuando sus besos volvieron a enturbiar mi mente.

—Ava...

No sabía cómo decirlo, así que negué con la cabeza y me comprendió. Volví a ver aquel rostro compungido por mi culpa y, antes de derramar ninguna lágrima, me dio la espalda y se fue.

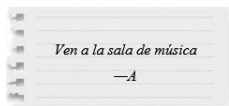
Me senté en el suelo y apoyé mi espalda contra la pared mientras pensaba en ella. Parecía mentira que fuera un profesor y no uno de esos alumnos llenos de hormonas que solo piensan en sus amoríos. Y si yo estaba así, no quería imaginarme cómo estaba ella.

Pasó una hora y entonces volví al baile. No la vi allí. Supuse que se habría ido. Se me encogió el corazón al pensar que era su primer baile desde que su madre hubiera estropeado el último y me sentí un miserable al pensar que por mi culpa no volvería nunca a uno.

Vi a mis alumnas susurrar y mientras algunas se alejaban, otras se acercaron.

—¿Está usted bien, profesor Palmer? —me preguntaron.

Contesté afirmativamente e intenté fingir una sonrisa que no les convenció en absoluto. Quisieron sacarme a bailar para animarme, pero yo no quería saber nada más de bailes. Entonces, una de ellas llegó muy agitada, diciendo mi nombre, y me entregó una nota.



Habría ido donde me hubiera pedido.



La canción

«Quiéreme o lárgate»

La sala de música de Rosewood no tenía nada que envidiar a ningún conservatorio. Una de las cosas que más disfrutaba de aquella academia era la forma en que se cuidaban las distintas materias, sin importar si pertenecían a un eco del pasado o funcionaban como una herramienta para cambiar el futuro.

El aula estaba recubierta de paneles de madera, y aunque había un escritorio, este casi no se usaba, castigado la mayor parte del tiempo contra la pared. En su lugar, Priya Hamid, que era la profesora encargada de impartir las clases de Música, había colocado un piano en el centro, enfrentado a unas cuantas sillas donde se sentaban sus alumnos.

Cuando entré, sin embargo, no vi ningún alumno, estaba todo demasiado oscuro. Mi señorita Rochester había encendido velas por toda la sala e iluminaron su rostro al piano con un recogimiento íntimo. Sorteaba las teclas de aquel instrumento, tocando algo que no llegué a reconocer.

Al ser por fin consciente de mi presencia, me miró y terminó decidiéndose por otra melodía que, si bien no había recordado añadir a mi lista de reproducción durante aquellos meses, ojalá lo hubiera hecho.

♪ *If I fell in love with you*

Would you promise to be true ♪

Ava comenzó a cantar con la misma dificultad con que decía aquellas palabras. Lo hacía pausada, segura de estar por fin diciendo algo que llevaba mucho pensando, insegura también por un gesto romántico que no iba con ella para nada. Pero sincera, sobre todo sincera.

♪ *And help me understand?*

'Cause I've been in love before ♪

Me sorprendió que aquella nada amiga de los cuatro de Liverpool hubiera escogido una canción suya para dedicarme. Comprendí que había pensado en mí como yo en ella cuando elegí mi disfraz.

♪ *And I found that love was more*

Than just holding hands ♪

Empecé a caminar por la sala sin dejar de observar a mi señorita Rochester, más mía que nunca, a pesar de no serlo.

♪ *If I give my heart*

To you

I must be sure

From the very start ♪

Su voz me afectó tanto como lo estaban haciendo sus palabras, a pesar de no ser tuyas tampoco.

♪ *If I trust in you*

Oh, please

Don't run and hide ♪

«¿Y ya está?», me pregunté. ¿Iba aquello a borrar todo? ¿A reescribir un libro que tanto me había costado leer para hacerme leerlo de nuevo? «Volverá a pasar», me anticipé. Porque Ava Rochester no podía haber cambiado de la noche a la mañana. Volvería a aprovechar cualquier excusa para no abrirse, para alejarse de aquello que pudiera hacerle daño o de cualquiera que pudiera hacerla débil.

♪ *If I love you too*

Oh, please

Don't hurt my pride ♪

Pero, ¿qué estaba pensando? Aquello era lo más romántico que había hecho nadie por mí y era precisamente la mujer menos romántica que había conocido la que lo estaba haciendo. No podía ser tan idiota de dejar pasar por mi vida a alguien como Ava Rochester y no hacer todo lo posible por mantenerla en ella.

♪ *'Cause I couldn't stand the pain*

And I

Would be sad if our new love

Was in vain ♪

Me arrodillé tras ella y la abracé por la cintura mientras seguía cantando, pero la voz se le rompió casi enseguida.

—No vuelvas a hacerme cantar algo así nunca más —me dijo, entre lágrimas.

Yo sonreí. Ahí estaba mi señorita Rochester, por fin parecía haber regresado. No obstante, ella no estaba convencida del todo con aquella canción. ¡Qué digo! Aquella declaración.

—Andrew —comenzó, volviéndose hacia mí y cogiéndome de las manos, aprovechando que yo todavía estaba de rodillas—, me gustaría pedirte perdón. No solo por no confiar en ti, también

por todas las mentiras, los juegos, por cualquier momento en el que hayas tenido que sentirte miserable y yo haya sido la auténtica causante.

Ya no era ella sola la única en intentar esconder sus lágrimas.

—Perdóname tú —le contesté—. Porque no es fácil discernir entre intentar ayudar a una persona o intentar cambiarla y durante todos estos meses no me he dado cuenta de que lo que estaba haciendo era intentar cambiarte con la excusa de que lo hacía por tu bien. Pero, ¿qué cojones sé yo sobre lo que es bueno para ti y lo que no?

Entre lágrima y lágrima, Ava se rio de mi forma de hablar. Después negó con la cabeza y me acarició la mejilla.

—Desde que te conozco solo has intentado hacerme las cosas más sencillas y yo me he opuesto a esa forma tuya de ser porque no confiaba en ella como me era imposible confiar en nadie que no fuera yo.

—Da igual, tú no tienes la culpa de eso, Ava.

—Sí, claro, claro que la tengo. Porque es más fácil pensar que, puesto que mi padre se fue, puesto que mi madre no me cuidaba, todo el mundo será igual conmigo. Porque es más fácil levantar un muro cuando estás segura de que no va a llegar nadie que pueda derribarlo. *Militiae species amor est*.

—Pero es que —la interrumpí— una relación no es una batalla y yo no estoy intentando derrumbar ningún muro. No quiero entrar en ninguna fortaleza ni saquearla. Una relación se parece más a dos reinos que se unen en uno solo, disfrutando cada uno de las ventajas que pueda ofrecerle el otro: víveres, mejores estrategias de batalla, materiales para construcción.

—Pero, vamos a ver —bromeó—, ¿estamos hablando de amor o del jodido *Imperium*?

No pude evitarlo y la besé. Había sido tan sincera conmigo que solo quería besarla. Se abrazó a mí y los dos caímos al suelo.

Escuchamos risas a través de la puerta y vimos unos ojos curiosos que escapaban junto a unas coletas. Nos pusimos de pie, intentando salvar la poca dignidad que nos quedaba y volvimos a abrazarnos.

—Estás muy guapo de Jason Dean, pero creo que me gusta más Andrew Palmer.

En efecto, eso era algo que yo ya sabía. Oírsele decir, sin embargo, me llenó de dicha.

—¿No prefieres a Adam III, duque de La Rochefoucault? —bromeé, antes de darme cuenta de algo importante— ¡Espera!

Faltaba algo en aquella epopeya romántica que tantas idas y venidas nos había causado. La hice sentarse al piano y yo me senté a su lado.

—Toca algo alegre —le pedí.

Me miró y me concedió aquel último deseo, que se convirtió en el primero de muchos.

♪ *You should take it as a compliment*

That I got drunk and made fun of the way you talk ♪

Reconocí la melodía de inmediato —mi hermana y su música— y mi gesto debió alertar a Ava al instante.

—Ni se te ocurra contarle esto a nadie —me advirtió antes de continuar.

♪ *And I'm so furious*

At you for making me feel this way

But what can I say?

You're gorgeous ♪

Volví a abrazarme a ella, me apoyé en su hombro y supe al instante que lo que nos deparaba el futuro sería todavía más grande que todo por lo que habíamos pasado, y que si no hubiéramos pasado por ello, no habríamos llegado hasta donde estamos hoy.

Si habéis llegado hasta aquí, he de advertiros que este manual no se ha escrito con ningún tipo de intención dañina y no sirve para conquistar a ninguna mujer.

Yo mismo me sorprendo al pensar que, después de todo lo vivido, nadie ha llegado a conocer a mi señorita Rochester como lo he hecho yo y por eso he escrito este compendio de anécdotas divertidas, de palabras tristes y besos acelerados.

Este manual es el tesoro de todo aquel que busque entender a Ava Rochester, para que sepa quererla y hacer que se sienta querida.

Para saber cómo amarla y ayudarla a amarse a sí misma.

Ava, si algún día lees esto, espero que sepas perdonarme.

En estas páginas hay escrito más sobre ti de lo que cualquier hoja de papel podría soportar sin arder por combustión espontánea. Siento si te he hecho poner los ojos en blanco con mis tonterías o vomitar como hago siempre. También siento haber escrito nuestra historia de amor por encima de mis posibilidades, pero reconozco que si la hubieras escrito tú habría quedado mucho peor, pues leer «joder» cada dos frases rompe la musicalidad de cualquier narración que se precie. Al fin y al cabo, yo soy el de Lengua y Literatura, y siempre se me ha dado mejor jugar con la Literatura que hacerlo con la lengua.

Te quiero, también por encima de mis posibilidades.





Acabé leyendo ese estúpido manual sobre cómo hacer sentir una payasa a Ava Rochester. ¡Y cómo no leerlo, con Andrew dejando sus papeles por todas partes ahora que vivimos juntos!

Reconozco que no me hizo ninguna gracia cuando empecé. Tampoco mejoró cuando se puso estúpidamente tierno. Ni siquiera me gustó el final. Mucho menos que se inventara lo de la sala de música porque yo no he tocado esa canción en mi vida. ¡Ni siquiera me gusta Taylor Swift!

He de admitir que estuve rara con él unos días, valorando si lo que pensaba de mí durante aquellas páginas me dejaba como una imbécil o el imbécil era Andrew. Me enfadé al darme cuenta de que no había más imbécil que yo y hasta lo pagué con él un par de veces, porque detestaba que me hiciera sentir como una niña.

¡Y claro que él habría escrito esta historia mejor que yo! Porque tiene la pluma de una jodida adolescente, con faldita y todo, enfrascada en escribir estúpidas cartas de amor en lugar de hacer los deberes.

No me puedo creer que me casara con él.

Ni lo de Veronica, eso tampoco.



Después de aquel horrible baile de invierno, Andrew se ofreció a dejar la academia, no sin antes encontrar otro puesto de profesor en un instituto aledaño, pues si había algo a lo que no quería renunciar era la cercanía conmigo. ¡Y menudo estúpido! Podría haberse mudado a Daisyfield e ingresado en su misma academia pija, igual de triste que Rosewood, su rival en los torneos de fútbol o los concursos de ortografía. Habría conocido a alguna Eve Chesterfield y su vida habría sido mucho mejor. Sin embargo, se quedó aquí, en Rosewood, y se mudó a mi casa, donde no solo había espacio de sobra para los dos, sino que ya se me hacía raro dormir sin él.

Me acostumbré, muy a mi pesar, a que lavara todo con suavizante y a encontrar mi ropa interior doblada sobre mi lado de la cama. También me acostumbré a sus sorpresas, a sus regalos, a esas muestras de cariño incontrolables en él.

Nos enrollamos por última vez en una excursión al zoo antes de que cambiara de centro. Vigilamos a los críos a través del cristal del acuario. Fue bastante penoso, pero después eché de menos aquello. Nos convertimos en una de esas parejas normales, con la costumbre a cuestas, y

reconozco que me entró algo de miedo. Me lo notó cuando fui a conocer a su familia. Por suerte, él no tuvo que hacer lo mismo con la mía, porque no tengo.

Recuerdo que estábamos en medio de la cena cuando su madre sacó unas fotos suyas de adolescente y yo dije algo como: «Joder, Andrew, te desvirgaría en esa foto». No debieron entenderlo, porque no les hizo demasiada gracia que hablara sobre desvirgar a un niño de dieciséis años a mis treinta y pico —vamos a dejarlo en treinta y pico—, y menos siendo profesora.

Con la excusa del café, salí a fumarme un cigarrillo y Andrew me siguió.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, seguro de que me ocurría algo. Y así era.

—Pues que esto no es para mí. No sé, lo de las familias, vivir juntos...

Noté su mirada. Preocupación, bien aderezada con decepción y unas gotas de cansancio.

—Creía que te gustaba vivir conmigo.

Y me gustaba. A veces.

—Y me gusta. A veces. —Qué bocazas he sido siempre.

—A veces. ¿Cuándo? ¿Cuándo tienes frío por las noches y no encuentras la manta o cuando estás triste y no tienes pañuelos?

Por suerte, aprendí algo muy importante de Andrew.

—Lo siento, perdóname.

A disculparme.

Me abrazó como siempre hacía e intentamos lidiar con las visitas familiares y con mis jodidas inseguridades como mejor supimos. A veces no podía evitar llorar por comportarme como una gilipollas e intentaba que él no me viera, pero, Dios, era como un puto ninja de los mimos. Siempre creía que tenía la culpa de mis lágrimas y eso hacía que yo me sintiera todavía peor.

Ya sabía que le quería. Ese debería haber sido todo el trabajo. Y, sin embargo, terminé por encontrarme con que tenía más cosas que solucionar dentro de mí si quería que aquello saliera bien. Cosas con las que no quería tener que lidiar.

Andrew empezó a sentir que no era suficiente para mí, se le escapó un día y eso me destrozó. Decidí ir a un psicólogo y ocultárselo —todos sabemos lo bien que funciona eso de ocultar las cosas—. Quería luchar porque todo funcionara bien entre nosotros y no hacerle más daño, pero, joder, también tenía orgullo y reconocer que no sé ser tan autosuficiente con mis taras como siempre he creído que lo era es algo que no es fácil de sobrellevar.

Un día le dije que me quedaría a corregir exámenes y, al presentarse en mi clase, ver que no estaba y preguntar por mí, se dio cuenta de que le había estado engañando. Cuando llegué a casa, los dos nos pusimos muy nerviosos. Se había imaginado que me estaba viendo con alguien más. No porque realmente no le quisiera, sino como una de esas válvulas de escape marca Rochester. En parte me enfadé porque pensara así de mí. Yo estaba ahí, en la consulta de un loquero tres horas a la semana removiendo mierda —ya habréis podido comprobar que lo de escribir bonito no es lo mío. Me faltan las coletas que Andrew sí tiene, y la faldita a cuadros— para que pudiéramos ser felices, y él pensaba que me estaba tirando a otro. Así que, ¿cómo me iba a sentir?

Esa noche no durmió en casa. Le escribí un mensaje al día siguiente contándole lo del psicólogo. En una hora volví a tenerlo en la puerta. Me disculpé por ocultárselo y él hizo lo mismo por pensar lo peor. Sé que le gustó que buscara ayuda y, sobre todo, el motivo por el que quería hacerlo, pero es que no pretendía ser la única de los dos que no hacía nada por nuestra relación.

Puedo decir que todo mejoró. Me comí un montón de sesiones con el comeocos —no es que no crea en la psicología, es que no me gusta que alguien tenga que darme clases sobre Ava Rochester cuando yo soy ella. Más o menos lo que ha hecho Andrew con ese estúpido manual—, también un montón de cenas familiares. Al final todo merecía la pena cuando Andrew me abrazaba —no me puedo creer que haya escrito eso.

Todo iba genial hasta que el muy idiota quiso pedirme matrimonio.

Teníamos planeado un estupendo viaje a Atenas, y Annette me lo advirtió: «Andrew quiere pedirte matrimonio». Intenté que lo entendiera antes de cometer un error. Le lancé tantas indirectas que se atragantó con ellas y la noche que se suponía iba a sacar el anillo y hacerme la gran pregunta, con el Partenón de fondo... no soltó una palabra.

Fue raro. Me empecé a sentir rara después de aquello. «Otra vez mi estúpido orgullo», pensé. Pero luego las inseguridades comenzaron a susurrarme al oído: ¿y si no poder ir a más le hacía perder el interés en mí? Pensar que ya estaba, que eso era todo, que no había más. No, al menos, conmigo. ¿Y si saber que no quería casarme con él le estaba haciendo más daño del que estaba dispuesto a confesarme? Me volví loca hasta que tuve que soltarlo.

—¿Te gustan estas cortinas para el baño? —me preguntó una noche en la cama, enseñándome una revista.

—Andrew, ¿por qué no me pediste matrimonio? —Tal vez el psicólogo tenga más trabajo conmigo de lo que piensa.

—¿Cómo? ¿Qué? —Se quedó de piedra, obviamente—. ¿Cómo sabes eso?

—Annette me lo dijo.

—Genial, gracias Annette. No sé. Supongo que vi demasiadas señales que me decían que estaba cometiendo un error.

—¿Casarte conmigo es un error? —¿En qué coño estaba pensando para preguntar algo así de aquella manera? ¡Ni que yo quisiera casarme!

—No, pero preguntártelo si tú no querías podría haber estropeado las cosas. ¿Acaso las he estropeado no preguntándotelo?

—No lo sé.

Mierda.

—Es que... —continué— ¿qué va a pasar ahora? Ya está, ya lo sabemos. Es como si lo hubieras preguntado.

—Pero no lo he hecho, así que no pasa nada.

—¿Seguro?

Dejó la revista y me abrazó. Benditos abrazos.

—No puedes molestarte porque no te lo haya preguntado y, al mismo tiempo, no querer que lo haga. ¿Entiendes?

—Tengo miedo —le confesé.

—¿A qué?

—A que te frustres. A que no veas futuro conmigo y me dejes. No sé, a todo —dije por fin.

Él se rio. Seguía teniendo miedo de no ser suficiente y entendió que yo me sentía igual, así que nos consolamos como dos idiotas.

Al final lo hizo. Me pidió matrimonio y no fue tan mal.

Salvo por la boda, que se convirtió en un completo desastre porque bebí demasiado para calmar los nervios y Andrew tuvo que aguantarme como se aguanta al amigo pesado en una fiesta en la que todos siguen sobrios menos él. Ni siquiera recuerdo la mitad de las cosas que dije o hice. Sí recuerdo el baile. Ese baile que ensayamos durante varios días, pero que yo destrocé nada más comenzar. Él lo salvó cogiéndome de la cintura, como si nos hubiéramos rendido pronto a hacer de monos para el resto. Me miró preocupado, lo noté cansado. Me hundí en su cuello y le dije:

—Esto es lo que te espera para el resto de tu vida. Bienvenido al infierno.

Se rio, me miró de nuevo y después me besó. Yo me puse cachonda y la jodimos. Nos buscaron durante un buen rato para cortar la tarta y, por suerte, a nadie se le ocurrió mirar en el cuarto de baño. O sí lo hicieron, pero no dijeron nada, pues es raro que una boda con tantos invitados no tenga un tropel de mujeres entrando y saliendo de los servicios cada dos por tres.

En fin. Me pasé mi boda borracha y lo hicimos encima de un inodoro. ¿Qué más se puede pedir?

Después de aquello, todo fue a mejor. La costumbre dejó de preocuparme y empezó a encenderme. A los dos. Tal vez demasiado. Tanto que me quedé embarazada.

Durante una semana no le dije nada. Empecé a poner excusas para no verle. Necesitaba asumir lo que había pasado —¿y qué cojones quieres que pase cuando te pasas el condón por los cojones?—. Hablé con Annette y se alegró hasta que vio mi cara. Después se lo contó a Andrew —ya sabéis, *amicus omnibus, amicus nemini*—, que obviamente volvía a pensar lo peor después del desplante de aquella semana y que necesitaba semejante información para poder abandonar sus preocupaciones.

Quiso dejarme sola el tiempo que necesitara, pero a los dos días se le olvidó. Estábamos metidos en la cama, leyendo, cuando me preguntó si estaba bien. Me dijo que podía contarle lo que fuera y yo me callé.

—¿Cuándo vas a decirme que estás embarazada? —me soltó.

Resoplé y quise irme. De hecho, me imaginé cogiendo el abrigo y saliendo por la puerta. Os lo juro, ya no estaba allí, aunque mi cuerpo sí lo estuviera. Así que, en lugar de molestarte por aquella pregunta, absolutamente lícita, empecé a llorar. ¿Qué queréis que os diga? Andrew había abierto ese dique en algún momento de nuestra relación, así que ahora le tocaba vivir con los tobillos encharcados.

—No entiendo a qué viene todo este numerito —me dijo, más comprensivo de lo que suena, asumiendo lo que terminaría pasando—. Sabes que, si no quieres tenerlo, no tienes por qué hacerlo. ¿Por eso me has tenido todo este tiempo preocupado?

—No es tan fácil. —No lo era, ya veréis por qué—. Tú sí quieres tenerlo.

—Da igual, Ava. —No daba igual—. No quiero que tengas un hijo si no quieres tenerlo. ¿Qué clase de persona sería?

Lo tenía bastante asumido, lo vi rápido en aquella sonrisa triste que me dedicó con intención de calmarme y que me preocupó todavía más.

—Me gustaría querer tenerlo —le confesé—. Me encantaría la idea de sentirme feliz por algo así, en lugar de rechazarlo con todas mis fuerzas o morirme de miedo.

—El miedo es normal, lo tienen todos los padres primerizos. Yo mismo lo tendría.

—Ya, pero no me puedo pasar nueve meses teniendo miedo de hacer algo mal y después toda mi vida, esperando no arruinar la suya.

Seguí llorando, no podía evitarlo.

—Ava, creo que ya va siendo hora de que alguien te diga que tú no eres como tu madre. Vale, bebes más de la cuenta y roncas por las noches, pero eres cariñosa y te preocupas por las personas a las que quieres. Precisamente por haber sido criada de la forma que lo has sido, si tu hijo termina odiándote, será por sobreprotección.

Siempre sabía qué decirme.

—Así que terminará odiándome —bromeé.

—Claro. ¡Y a mí también, es ley de vida! —bromeó por igual—. La diferencia es que cuando crezca se apiadará de nosotros porque verá que, al menos, siempre hemos intentado hacer lo mejor para él porque le queremos.

—No estoy preparada para tener hemorroides o que me hagan un tajo enorme en la vagina. Tampoco para no dormir durante días, ni para grupos de WhatsApp de padres, ni para que me oculte cosas, beba, fume, se drogue... No estoy preparada para que no me cuente su vida y verlo un día llorar en su habitación y no tener ni idea de cómo es mi hijo ni por qué llora.

Puso la mano en mi pierna y se apoyó en mi hombro.

—¿Lo ves? Ya lo quieres y todavía no lo has tenido.

Me costó algunos días más valorarlo. También algunas charlas más junto a Andrew. Sentí envidia, no solo de que él lo tuviera tan claro, sino porque sabía que sería un padre como ningún otro. Eso me relajaba, en parte, porque siempre podría apoyarme en él, pero también me añadía la responsabilidad de intentar estar a la altura.

No pude evitar pensar que, si nunca hubiera conocido a Andrew, no estaría en semejante tesitura. Podría haber acabado liada con una escritora llena de canas, una mujer tan interesante que no habría logrado conocerla del todo nunca. No querría hijos ni matrimonio, solo viajar, salir por las noches, beber y tener sexo. Había perfilado tan bien a ese personaje, que también sabía que nunca se hubiera preocupado por mí como lo hacía Andrew, ni me habría dado tanto cariño. Hubiera estado bien un final feliz sin matrimonio ni hijos, solo para variar. Para no ser otro cliché más con patas. No obstante, pensara lo que pensara, había un sentimiento en mí que no se

borraba: el de gratitud. Andrew había hecho por mí más que nadie en el poco tiempo que nos conocíamos. Todas las noches le miraba y lo pensaba. Y yo siempre había sentido que nunca hacía por él lo que tanto se merecía. Por eso, aunque fue un error valorarlo de aquella forma, dije que sí a lo del bebé. Inmediatamente me sentí mal, pues me quejaba de lo mala madre que estaba a punto de ser y ni siquiera supe tomar aquella última decisión pensando en el bien de mi futuro hijo, sino en saldar algún tipo de deuda que yo me había inventado con su padre.

El embarazo fue una mierda, pero también divertido a ratos.

Mis alumnas se rieron cuando lo supieron, sobre todo porque conocían al padre. El cual, además, no dejó de venir a visitarme todas las semanas. Se encargaba de traermé té y unos asquerosos zumos, y prohibió a las cafeterías cercanas que me vendieran café o alcohol. Una vez a la semana —a veces más—, yo me escapaba y compraba café en un sitio donde sabía que no me conocían y así evitaba matar a mi marido.

Empecé a comer demasiado y se me hincharon los tobillos. También las tetas, lo cual aproveché bastante bien unos meses. Compré todos los libros que hicieran falta para convencer a Andrew de que tener relaciones sexuales durante el embarazo no era malo para el bebé, y menos mal, porque mi libido se multiplicó por cuatro. Me encontré a mí misma llorando por todo, pero nos acostumbramos pronto. El sexo no se quedaba a medias por unas tontas lágrimas, y tampoco dejaba a medias mis clases o las reuniones familiares. Todo el mundo se había acostumbrado a seguir manteniendo cualquier tipo de conversación, ya fuera sobre bebés o sobre filosofía, con una mujer que siempre tenía la cara empapada y el rímel corrido por culpa de sus hormonas.

Y Andrew... Oh, Andrew. Se sentía tan frustrado porque estuviera pasando por todo aquello *por su culpa* y no poder hacer nada más que mirar desde fuera. Era tan dulce conmigo que me lo habría comido. Literal, me lo habría comido porque no dejaba de comer.

Veronica nació a finales de junio y yo lo sentí por ella, porque ser un signo de agua es una mierda.

Estaba convencida de que tendría una enorme depresión postparto y que no querría saber nada de mi hija hasta días después de dar a luz, pero no me pasó nada de eso. Quise a la jodida Veronica desde el primer día y Andrew se sintió muy aliviado porque confiaba en el amor que yo era capaz de sentir por aquella criatura más de lo que yo lo hacía.

Un día me preguntó si quería tener otro hijo. Yo me reí en su cara.

—Estás de coña, ¿no? —le pregunté.

—Bueno, no sé. Solo pensé que quizás te apetecería tener un pequeño Andrew corriendo por casa.

—Pero si ya tenemos a Veronica.

—No te engañes. Veronica es igual que tú. El pelo negro, esa mirada profunda. Ya huelo lo mal que nos lo va a hacer pasar cuando llegue a la adolescencia.

Pero Andrew se equivocaba. Sí, reconocía a mi hija —mi hija, ¡cómo suena!— en mí, pero Veronica era mucho más. Tenía la sonrisa de su padre y su mirada no era tan triste como la mía,

sino más benevolente, como la de él. Así me miraba cuando nadie nos veía. Así me hacía sentir cuando estábamos solas, como si fuera hija de su padre. Y, aún con todo, era un reflejo mejorado de lo que yo pude ser alguna vez. Era una sensación extraña, mágica, única.

—Veronica podría haber sido rubia como tú, podría haber tenido los rasgos de una auténtica princesita. Yo misma sé lo ridícula que sueno y que quedarme en el aspecto físico es absurdo, pero que sea como es, que se parezca tanto a mí y, sin embargo, haya aprendido lo mejor de ti, me hace quererla de una forma tremendamente egoísta. Me veo a mí misma al mismo tiempo que la veo a ella. Es esa oportunidad para hacer las cosas bien. Es curar todas las heridas de mi pasado. Veronica no es una casualidad, es lo que tenía que ser, poniéndonos estúpidamente místicos y románticos.

No acostumbraba a ser tan directa hablando sobre la existencia de mi hija con Andrew, pero se conmovió al oír que, pese a que nunca tendía a materializarlo con palabras, suponía tanto para mí.

—No quiero tener otro hijo, mirarle a los ojos y no poder decirle: «te quiero como quiero a tu hermana», porque sería mentira.

Tal vez fuera un monstruo, pero al menos era sincera. Sincera conmigo misma y con los que me rodeaban. Consecuente con lo que conlleva traer un hijo a este mundo en el que si tus propios padres no te quieren como deberían, la soledad te apadrina como nadie y el dolor se vuelve crónico.

No volvimos a hablar de ello y cuando Veronica nos dio a elegir entre que le diéramos un hermanito o adoptáramos un gato, llegamos a casa con una bola de pelo marrón. Eyre había tenido la vida que se merecía, pero terminó dejándonos por el camino, como siempre pasa en los senderos de la existencia.

Reconozco que, pese a intentarlo, no he sido la mejor madre del mundo y he tomado decisiones estúpidas, pero siempre he tenido un compañero a mi lado que me ha ayudado a superponerme. Por ejemplo, quise cambiar el cumpleaños de mi hija porque junio siempre nos pillaba liados. «¿Qué más da? Es un bebé, no se va a enterar. Podemos ponérselo en agosto, que hay vacaciones», me justifiqué frente a la mirada de desaprobación de Andrew, que nunca me dejó ser peor madre que esposa. Y se lo agradezco.



A veces me siento una mala feminista por rendirme al triángulo del patriarcado: hombre, matrimonio, hijo. Después me río por pensar estupideces y me alegro de haber seguido un camino que logró hacerme tan feliz. Estuviera o no pasado de moda, sea o no del gusto de todos.

Catherine Morland decía que quería ser feliz a su manera. Joder, yo me aferré durante años a aquella idea a ciegas y al final la única forma en la que he podido sentirme feliz ha sido haciendo las cosas a la manera de Andrew.

En ocasiones, simplemente, no sabemos cómo encarrilar nuestras vidas, por más que estemos convencidos de que lo estamos haciendo bien. Aceptar una ayuda no es rendirse, no es nada que debería resultarnos vergonzoso. Nos empeñamos tanto en querer coger las riendas de nuestras vidas que no nos damos cuenta de que, si no conocemos el camino, da igual que nosotros seamos los que guiemos al caballo. Y Andrew estaba igual de perdido que yo, a su manera. Él tenía el mapa, pero yo tenía el medio de transporte, y sin mi ayuda tampoco habría podido ir demasiado lejos. Así fue cómo nos cogimos de la mano y nos ayudamos en esa mierda que es superar los puñeteros traumas y desquitarte con aquello que te frena, aquello que te impide avanzar.

Como dijo Andrew, Bukowski mencionó una vez: «Encuentra lo que amas y deja que te mate». No creo que citar a Bukowski ayude mucho tampoco a mi faceta feminista, pero todos somos tantas cosas y hemos sido otras cuantas que es imposible que yo no haya sido una de sus chicas en algún momento, jugando al escondite con hombres que no eran para mí o posturas que tampoco disfrutaba del todo.

Lo que quiero decir y no tengo intención de alargarme más porque lo de escribir manuales no es lo mío —todos sabemos de quién es—, es que encontré sin duda a quien amar y dejé, plácidamente, que su amor acabara conmigo.

Perdí la batalla, pero gané la guerra.

Y nunca, nunca he sido más jodidamente feliz.



LISTA DE
REPRODUCCIÓN



- ♪ Girl – The Beatles
- ♪ If I fell – The Beatles
- ♪ All you need is love – The Beatles
- ♪ Take me to church – Hozier
- ♪ Blue jeans – Lana del Rey
- ♪ Speechless – Lady Gaga
- ♪ Dead girl walking – Heathers, the musical
- ♪ For no one – The Beatles
- ♪ She said, she said – The Beatles
- ♪ Hold me tight – The Beatles
- ♪ I want to hold your hand – The Beatles
- ♪ All my loving – The Beatles
- ♪ I've just seen a face – The Beatles
- ♪ Gorgeous – Taylor Swift

Lista de reproducción

Índice

El incidente	9
La bienvenida	15
La bibliotecaria	25
El beso	29
La agenda	39
El exnovio	43
El funeral	59
Las costumbres	69
El falso novio	77
La casa	85
La noche	107
La pregunta	121
La comida	131
El chantaje	145
La cita	151
Los mensajes	157
El viaje a la nieve	163
La apuesta	173
El baile de invierno	183
La canción	191
Epílogo	199
Lista de reproducción	213